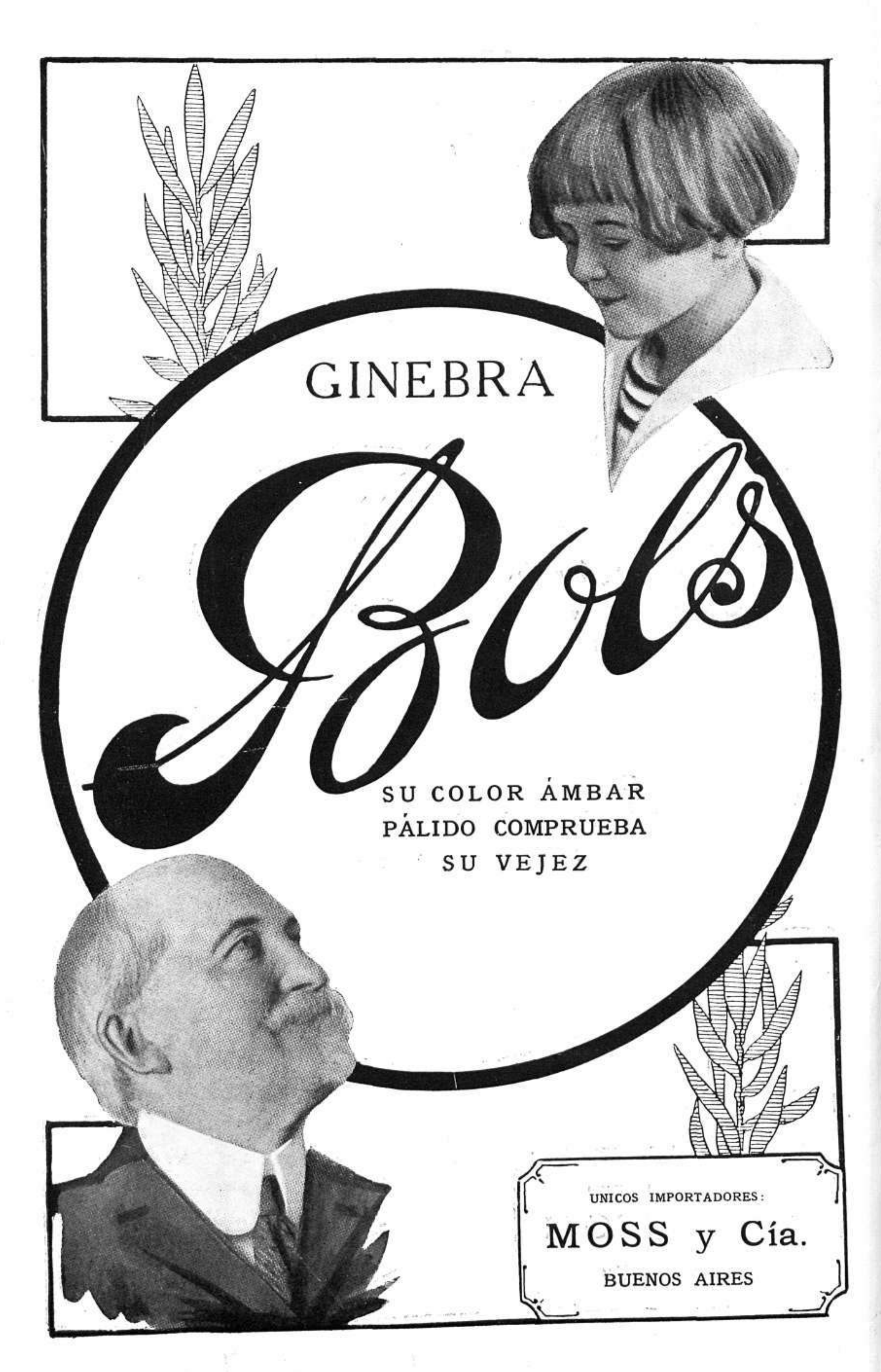


ESFUERZO DE MARTE

stá más duro de lo que creía!...
uise destruir, sin conseguirlo;


GINEBRA
Bols
SU COLOR ÁMBAR
PÁLIDO COMPRUEBA
SU VEJEZ
UNICOS IMPORTADORES:
MOSS y Cía.
BUENOS AIRES

El inventor Edison y un vidente

La expresión *fuerzas psíquicas*, no sirve, en realidad, sino para indicar cosas perfectamente naturales, aunque no las comprendamos todavía. El porvenir nos reserva un campo de estudio muy cautivador. El espacio está lleno de una inteligencia, de la que no conocemos gran cosa. Los mensajes de la telegrafía sin hilos, conocidos únicamente por la persona que los transmite y por la que los recibe, pueden transportar hechos prodigiosos en el mismo aire que respiramos, sin que, al respirarlo, nos apercibamos de nada.

Yo he visto a los rayos Roentgen atravesar un tablón de 36 pulgadas de espesor, — lo que no ha mucho se hubiera considerado supernatural, y hoy se considera naturalísimo. Es más sabio tratar de descubrir algo, aunque sea negativo, que no negar simplemente. Lo inconocido se manifiesta siempre de una manera misteriosa, — generalmente por el hecho de que nos hallamos en presencia de problemas que no pueden ser explicados por las leyes conocidas. Heme yo encontrado frente a frente de uno de esos problemas, y no trato de ocultar que me intrigó muchísimo.

El sujeto de quien voy a ocuparme, me fué presentado por uno de mis más antiguos amigos, quien, a guisa de introducción, me dijo: «Este hombre, Reese, lleva a cabo ciertas cosas extrañas. Deseo que le conozcáis. Quizá llegaréis a explicaros y explicarnos su facultad.»

Reese vino a mi laboratorio el día indicado. Me pidió que llamara a mi despacho a varios obreros, para experimentar con ellos. Le pidió a uno de los que vinieron, a un noruego, que se fuera a la habitación contigua y que escribiera en un pedazo de papel el nombre de su madre cuando soltera, el lugar en que nació y otra porción de cosas. El noruego lo hizo, y plegó en seguida el papel en ocho dobleces, guardándolo en su mano cerrada. Reese dió el contenido tan correctamente, como si hubiera leído el escrito en caracteres de imprenta. Y añadió en seguida que el noruego llevaba en el bolsillo una moneda de 10 coronas. Yo ignoraba la existencia de esa moneda; Reese lo ignoraba también en estado normal.

Después que Reese hubo hecho experiencias parecidas con otros de mis empleados, le pedí que me dejara ensayar. Pasé a otro departamento y escribí esta pregunta:

«¿Hay algo mejor que el hidróxido de níquel, para una batería de materias alcalinas?»

Experimentaba por entonces con mi batería eléctrica de materias alcalinas, y abrigaba temores de no hallarme en buen camino. Después de escrita la pregunta antedicha, me propuse un problema, y empleé mi atención en resolverle, de manera que Reese no pudiera descifrar, por medio de la lectura del pensamiento, lo que había escrito. En estas condiciones volví a reunirme a los demás.

En el momento en que entré, Reese dijo:

— «No, no hay nada mejor que el hidróxido de níquel para una batería de materias alcalinas.»

Había leído exactamente mi pregunta; y puedo agregar que hasta el día, no he encontrado nada mejor que el hidróxido de níquel.

Unos dos años después de las experiencias que acabo de narrar, el muchacho de servicio en la puerta de mi laboratorio entró y me anunció que Reese estaba en la antecámara y deseaba verme. Tomé mi lápiz y escribí en letras microscópicas la palabra *keno*. Doblé el papel y lo guardé en mi sobaco; y cuando esto hube hecho, dí orden al muchacho de que introdujese a Reese. Le dirigí algunas palabras de salutación, é inmediata y súbitamente le hablé así:

— Reese, tengo un pedazo de papel escondido. ¿Dónde está y qué es lo que hay escrito en él?

Sin vacilar un instante, respondió:

— Lo tenéis en la axila y dice *keno*.

El doctor Thompson había negado la posibilidad del poder de Reese, tratando a éste de escamoteador, etc. Tal juicio irritó al vidente, y se hizo rogar mucho tiempo por un amigo del alienista, que le conocía, antes que consintiera en ir a casa del doctor. No me hallaba presente en esta ocasión, pero he sido informado de lo que pasó.

El doctor Thompson recibió a Reese en el salón. El clarividente le rogó que se fuera a la biblioteca, que escribiera lo que le pareciera bien en pedazos de papel y que los ocultara. Mientras, Reese continuó en el salón, conversando con las personas que estaban con él. Al volver Thompson y al decir que todo estaba presto, Reese dijo:

— «En el fondo del cajón de la izquierda de vuestra mesa escritorio, hay un pedazo de papel en el que habéis escrito *Opsónic*. Bajo el libro que tenéis sobre la mesa, hay otro pedazo de papel, conteniendo escrita la palabra *Ambiceptor*. En otro pedacito de papel habéis escrito la palabra *Antigen*... »

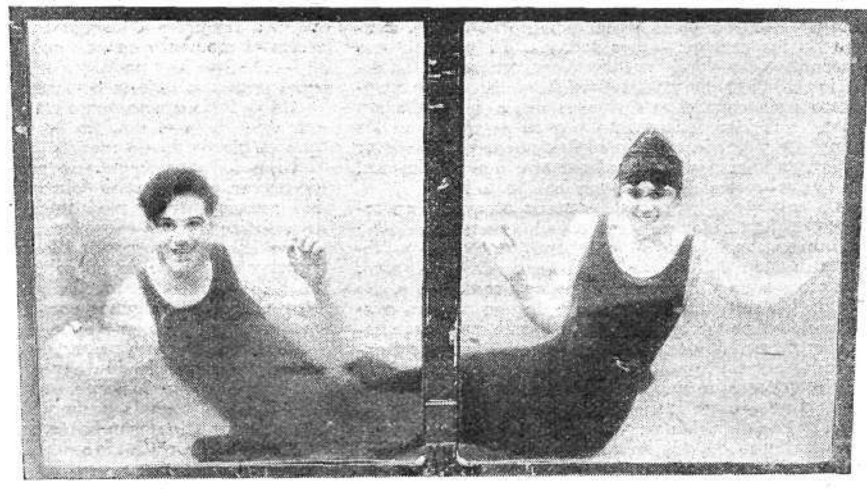
Estas explicaciones, que el vidente dió sin vacilar, eran enteramente exactas. Thompson quedó estupefacto y declaró que el hecho era inexplicable.

Sin duda el cerebro humano llegará un día a la concepción de muchas cosas que hoy no puede concebir, alcanzando con ello un grado más elevado de desarrollo.

Reese, al parecer, no tiene necesidad de ningún aparato, de ninguna condición especial, para obtener su clarividencia. Si es que tiene algún método, y lo sigue, no lo da a conocer. Lo único que me ha prometido, es darme, en testamento, su opinión sobre el particular.

TOMÁS ALBA EDISON.

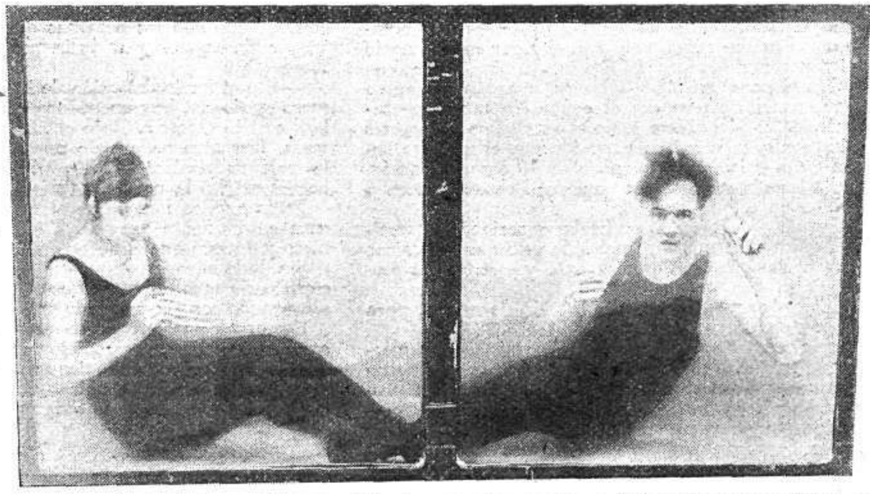
CASINO. — Un número sensacional: Los Troutt, submarinos humanos. — El music - hall de los monos.


Los Troutt, notabilísimos nadadores norteamericanos, sumergidos en el agua al empezar sus ejercicios.

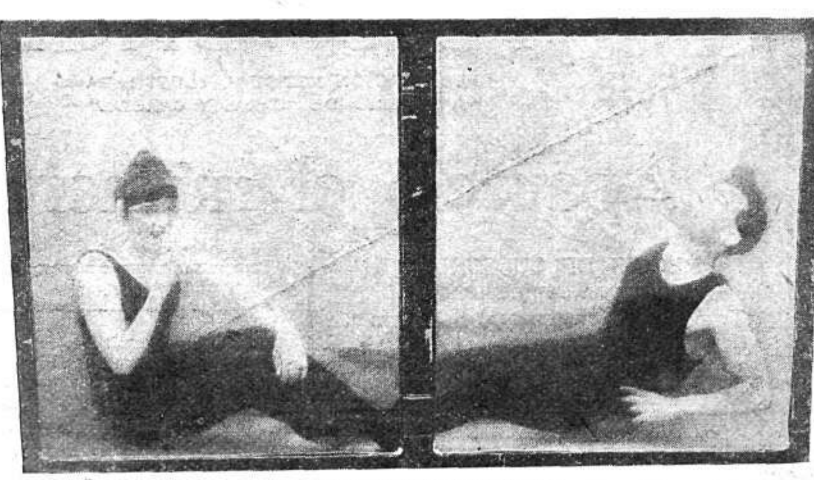
El teatro Casino ha presentado, el sábado último, un número extraordinario y novedoso, que ha llamado justamente la atención del público y de las familias que asistieron a la matinée celebrada el domingo. Se trata de un espectáculo sensacional y desconcertante. Este número compónenlo Los Troutt, un hombre y una mujer que son verdaderos *submarinos vivientes*. Ambos se sumergen en el agua, y bajo ella permanecen durante tres, cuatro y hasta cinco minutos. Y no sólo se concretan a quedarse bajo el agua, sino que realizan pruebas y ejercicios con destreza y seguridad admirables. También comen y beben sumergidos, como lo muestra uno de los grabados que publicamos aquí, y que ha sido sacado con la fotografía que tomó uno de nuestros reporters gráficos. Nuestros lectores podrán apreciar todo lo extraordinario de este número viéndolo en el Casino, en cuyo teatro se presenta todos los días. El público ha prodigado a *Los Troutt* grandes aplausos.

Sigue actuando, con éxito grande y de hilaridad, el music-hall de monos, encanto de los niños y... de los grandes.

Hoy, el sábado y el domingo próximos, habrá grandes matinées para familias.


Los mismos, haciendo juegos malabares y tejiendo sumergidos en el agua. Este notable número debutó con éxito resonante, el sábado, en el teatro Casino, y desde entonces acude numeroso público a verlo.


El ilustre Príncipe Capocal, mono trapecista del notable music-hall de monos.


Comiendo y bebiendo, bajo el agua.

IPERBIOTINA
MALESCI

La preparación de fama mundial que ahuyenta la melancolía; que hace mujeres sanas y vigorosas; que hermosea los contornos y redondea las formas; que da...

Salud a la sangre
y
Fuerzas a los nervios.



VENTA EN DROGUERIAS Y FARMACIAS

Preparación patentada del Establecimiento Quimico Dr. Malesci - Firenze (Italia).

Inscripta en la Farmacopea del Reino de Italia

M. C. de MONACO

Unico Concesionario-Importador en la República Argentina.

VIAMONTE, 871
Buenos Aires.

El elegante teatro de «Unione e Benevolenza», durante la gran función y baile que, en conmemoración de su fundación, celebró el centro «Juventud Internacional».

Durante el gran festival que, en honor del «Centro de Almaceneros» y a beneficio de los empleados subalternos del mismo, dió el «Nuevo Centro España Primitivo», en el salón-teatro del «Centro Almaceneros».

Manera de hacer desaparecer un cutis malo.

(Del "London Fashions".)

Los cosméticos nunca mejoran un cutis malo: con frecuencia son positivamente dañinos. La manera racional es quitar el velo apagado, mortecino de la cara, y dejar que la nueva piel debajo pueda salir y respirar, mostrando su frescura y juventud.

La mejor manera de hacer esto, es de una manera muy sencilla. Póngase en la cara cera pura mercolizada por las noches, lo mismo que se pone el cold cream, y lávese por las mañanas. Cera buena mercolizada puede obtenerse de cualquier botica importante. Absorbe la cutícula desfigurante, de una manera gradual y sin dolor, dejando un cutis natural y brillante. Naturalmente, también quita todas las imperfecciones de la cara, como manchas rojas, palidez, barrillos, tostaduras de sol, etc., etc. Como quitador de pecas y hermoseador general del cutis, este antiguo remedio no tiene rival.

Como hay tantas falsificaciones inservibles de la verdadera cera pura mercolizada, prevenimos que la genuina es solamente preparada por la casa Dearborn, de Londres, cuyo nombre está impreso sobre cada envase.

La Argentina

A. De Micheli y Cía

Avda de Mayo
1001
esq. B. de Irigoyen

nº 1

Progresos de la Industria Nacional

Los sombreros de castor que hoy ofrecemos a precios excepcionales, constituyen la más elocuente prueba del asombroso adelanto a que ha llegado la FABRICACION NACIONAL, la cual compite ventajosamente con **lo mejor** y lo más costoso de la producción extranjera.

Háganos Vd. una visita para examinar los presentes modelos y constatará la verdad de lo que afirmamos.


nº 3

nº 2

PRECIOS UNICOS

Para cualquiera de los modelos de sombreros blandos:
De la más alta calidad, $ 10
De clase muy fina, $ 8.50
Tipo de réclame........ $ 5.90

Galerita, modelo muy elegante y de gran moda.

De muy buena calidad.......... $ 10
De clase fina, $ 8.50
Precio de réclame.. $ 6.50

CREDITOS. - Acordamos créditos en mercaderías, pagables en 10 meses, sin cobrar intereses y sin recargar los precios. - SOLICITEN CONDICIONES.



Bibliografía

«La angelical Manuelita», ópera argentina en 2 actos, por Eduardo García Mansilla. Editado por la empresa de publicidad Paob.

«El porvenir de España», por Unamuno y Ganivet. — «El Otro», novela, por Eduardo Zamacois. — «La isla de la calma», por Santiago Rusiñol. — «La casa de la primavera», poesías, por G. Martínez Sierra. — Ediciones Renacimiento. Rep.: Agencia general de librería y publicaciones.

«La base de una paz duradera», por Cosmos. New York.

«Pose y melodía», 1.ª parte. «La solfa y el clown», por J. M. César. Córdoba.

«Democracia y socialismo», por Enrique Dickmann.

«Fieras y Cárrides, etc.» Tomo III de la Historia natural de Zimmermann y Pérez. Rep.: N. Tommasi.

«Con las alas rotas», drama del señor Emilio Beriso.

«Para América desde España», por Adolfo Posada. — «Don Quijote de la Mancha», por don Miguel de Cervantes Saavedra, comentado por Diego Clemencin. — «Burbujas de la vida», por Manuel Ugarte. — «La ciudad de los suicidas», por Muñoz Escamer. Ediciones Paúl Ollendorff. Rep.: Agencia general de librería y publicaciones.

Un precursor de Jenner

El año de 1776, Jenner, el luego célebre médico inglés, practicando en Chettenham, observó que el *cowpox* (*variole vaccinæ*), enfermedad de las vacas, una vez inoculado al hombre, le preservaba de la viruela.

En Londres hizo nuevos estudios y ensayos, repitiendo experiencias; respondió a las objeciones que se le hacían y tuvo la fortuna de ver aceptar su descubrimiento de inoculación de su virus como profilaxis contra la viruela, hasta aquel entonces una de las más terribles plagas que aquejaban a la humanidad. En 1801, los médicos y cirujanos de la marina real inglesa, entusiasmados con la obra de Jenner, hicieron acuñar una medalla en honor suyo; el Parlamento inglés le vota una recompensa de 10.000 libras (1802). Todas las academias se apresuran a tenerle en su seno, y el mundo entero admira al benefactor de la humanidad, el primero que practicó la inoculación profiláctica del virus antivarioloso. ¿Fué Jenner el primero que en el mundo tuvo la idea que el virus inoculado en el hombre le habría de preservar de la viruela?

Leyendo la notable obra del doctor Félix Garzón Maceda, titulada *La Medicina en Córdoba*, en el tomo segundo, en las páginas 30 y 31, refiriendo quiénes eran los «Hermanos de San Juan de Dios» y su actuación en Córdoba, encontramos las interesantes líneas que a continuación transcribimos: «Un historiador chileno ha dicho que el llamamiento de los Capuchos y su apostolado médico, en estos países produjo cambios extraordinariamente favorables en los servicios que se les confiaron, porque antes de ellos «los enfermos estaban librados a los cirujanos y a los indios, vale decir a los barberos y a los bárbaros», agregando que sus reformas en los hospitales pudieron compararse con las que en la presente edad han producido las Hermanas de la Caridad (1).

« Esos frailes aprendían los rudimentos de la medicina, y lo que por entonces era más provechoso, la ciencia de la vida y de la muerte: a la cabecera de los enfermos hacíanse, forzosamente prácticos, buenos clínicos y aun eximios patologistas, adquiriendo el más completo conocimiento de las dolencias propias de los indios.

« Los Capuchos tenían la ciencia de la vida, como los Padres de la buena muerte tenían la de las tumbas. Llegaron a tener, entre ellos, celebridades ponderadas. Así en la historia de la medicina chilena se recuerda con veneración al *Padre Miguel de Caparro*, que salvó en aquella comarca millares de habitantes, durante la peste de *viruela de* 1774, aplicando el sistema de la *inoculación* directa del pus de las pústulas a los sujetos sanos, de lo que ya había hecho su primer ensayo en 1765 (2).»

(1) Vicuña Mackenna.
(2) R. Briseño. — Repertorio de Antigüedades Chilenas.


Con motivo del próximo traslado al local
de enfrente, Bartolomé Mitre y Esmeralda
Liquidamos
a precios de verdadera y UNICA OCASION, todos
los artículos que tenemos actualmente en venta.
Durante los tres primeros días de la Inauguración, cuya fecha fijaremos en oportunidad, todas las compras al contado gozarán de un 20 % de descuento, y las que excedan de $ 10 m/n., tendrán derecho a un regalo útil y práctico.
EXCEPCIONAL
Liquidamos trajes, de casimires de pura lana, confección esmerada, desde.............. $ 23.—
Liquidamos sobretodos, en casimires de pura lana, gustos de gran moda, desde........ $ 24.—
GRAN OCASION
Medias, para hombres, el par, desde............ $ 0.45
Pañuelos, la 1/2 docena......................... $ 1.45
Camisas blancas, lisas o a tablones, a.......... $ 2.50
Cuellos, de puro hilo, c/u..................... $ 0.60
Tiradores, variedad de modelos.................. $ 1.25
Corbatas de pura seda, forma "Ascot".......... $ 1.25
Calzoncillos, a................................ $ 2.25
OPORTUNIDAD UNICA
Sombreros para hombres, a .... $ 9.90
Acordamos créditos, pagaderos en 10 mensualidades, sin interés. Solicítenos informes.
BARTOLOME MITRE
esq. ESMERALDA
ZABALA



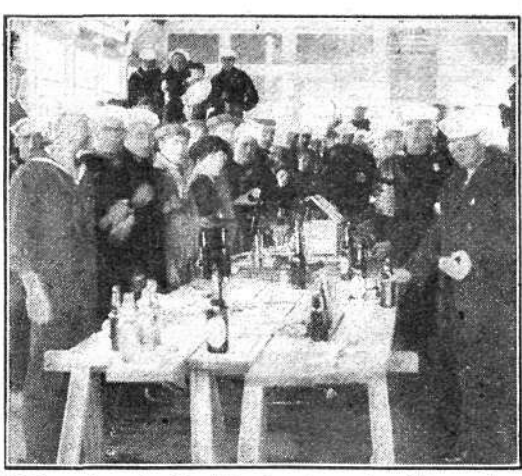
Los marinos norteamericanos, en Quilmes



Los marinos de la escuadra de los Estados Unidos, al llegar a Quilmes en los automóviles que les condujeron en excursión.



Un grupo de marineros, retratados en el balneario de Quilmes, durante su visita.



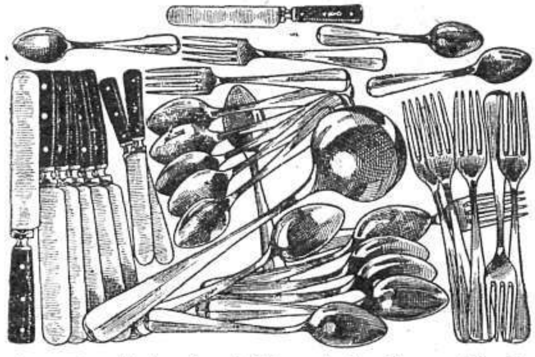
Marinos saboreando el tradicional asado, con el cual fueron obsequiados en el balneario de Quilmes.

GRAN VENTA DE ARTICULOS DE
BAZAR Y MENAJE

DURANTE LOS DIAS 6 AL 31 DE AGOSTO

ILUSTRAMOS ESTA PAGINA, con doce de los artículos más sobresalientes de nuestra actual gran venta, que dada su calidad y a los precios que los ofrecemos, han sido en estos días y serán ahora también objeto de un crecido número de pedidos.

ACONSEJAMOS lean los contínuos avisos que publicará esta casa en los diarios de la Capital, durante su actual gran venta, porque en ellos irán grandes ofertas que a usted le interesarán.



Juegos de cubiertos, de metal blanco inalterable y cuchillos de acero con cabo de madera, compuesto de seis cuchillos, seis cucharas, seis tenedores para mesa, seis cuchillos, seis cucharas y seis tenedores para postre, doce cucharitas para café, un cucharón y un rompe-nueces. Las 50 piezas, a....... $ **21.50**



Juegos de copas, de cristal grabado, con elegantes guardas y dibujos, varios modelos, compuestos de doce copas para agua, doce copas para vino, doce copas Oporto, doce copas para licor, un botellón y una jarra. El juego de 50 piezas, a.................... $ **27.80**



Amasadores de madera, largo 53 ctms., a $ **0.40**

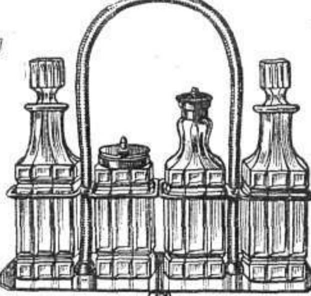
Salivaderas con tapa de bronce niquelado, cada una.......... $ **3.20**



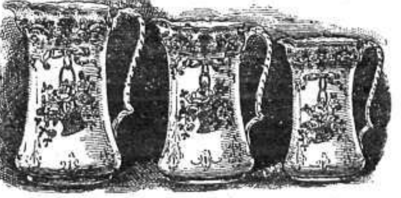
Botellones de cristal «BOHEMIA», para mesa de luz, varios modelos, a pesos 2.50 y.. $ **1.70**



Centros de mesa, pie de metal niquelado y plato de cristal tallado, a pesos............. **7.90**



Aceiteras de metal plateado, con frascos de cristal americano, varios modelos, a....... $ **6.50**

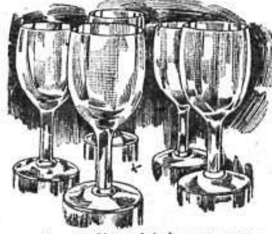


Juegos de jarras, de loza inglesa estampada, sobre fondo blanco en colores verde o rosa. El juego de tres jarras, a....... $ **2.50**



Bizcocheras de porcelana, caladas, con bonitos decorados y filetes dorados, forma ovalada, a........... $ **1.75**

Cuchillos especiales para cortar pan, a pesos........................... **0.40**



Copas de medio cristal, para agua o vino, la docena, a.... $ **1.90**



Paneras de metal niquelado, con fondo de mayólica decorada, a......... $ **1.90**

Los pedidos del Interior, serán despachados con mayor brevedad que en tiempo normal.



La genial inventiva yanqui

El joven Hammond, que apenas acaba de salir de las aulas universitarias, ha inventado, a los veintiocho años de edad, un torpedo que puede guiarse por la electricidad, desde la tierra, un buque o un aeroplano, sin hacer uso de alambres. Camina con una velocidad de más de treinta kilómetros por hora, debajo del agua, y lleva como una tonelada de una substancia altamente explosiva que puede reventar contra el casco de cualquier barco que se encuentre a una distancia enorme del punto de disparo.

Construído ya a la manera de torpedero o de torpedo, según se trate de disparar el proyectil sin sumergir o sumergido, se dirige con todo acierto, sin necesidad de alambres, como se ha dicho, y en la dirección que se quiera, bajo el absoluto gobierno de un individuo sentado en una embarcación, un aeroplano o lugar de la costa, fuera del alcance de los cañones del enemigo, individuo que lleva un telescopio en una mano y en la otra un manipulador eléctrico.

El motor que impele el torpedero o torpedo es de gasolina, funciona a la velocidad que se desee y se para a voluntad del que lo maneja.

El proyectil camina, sin sumergir, a 50 y sumergido a 28 millas por hora. Lleva giroscopio-timón tan preciso que en pruebas efectuadas por el señor Hammond, en Gloucester, Mass., de quince tiros dieron diez en un blanco que consistía en una vara de caña de pulgada y media de diámetro colocada en el agua a tres y media millas del punto de disparo, desde la costa.

La energía motriz se transmite por un procedimiento del inventor, a prueba de interrupción de ondas inalámbricas. Esa energía cambia de onda cuando el enemigo descubre la que lleva el proyectil. Aun más, si el contrario trata de interponer su corriente inalámbrica, el proyectil, dotado al parecer de inteligencia humana, cambia inmediatamente de dirección y se va derecho al punto de origen de la corriente interpuesta.

Se dispara de día o de noche. Para que se vea la dirección que lleva en la obscuridad, va provisto de luces tan bien tapadas con pantallas, que sólo pueden divisarse por el individuo que hizo el disparo.

También el proyectil va provisto de un fanal que enciende o apaga, a su voluntad, la persona que maneja la corriente eléctrica.

Con un aeroplano puede dirigirse el torpedero hasta llegar a doscientas millas de la costa, para atacar en un punto dado, sin haber reducido en nada su velocidad inicial.

En vez de la carga de 150 kilos que contiene el torpedo hasta hoy en uso, lleva más de una tonelada del explosivo más destructor que se conoce. Se gobierna perfectamente por un solo hombre a veintiocho millas, o sea una distancia mayor del alcance de la vista. Para el caso de que la embarcación enemiga se aparte del radio de acción del torpedo, éste puede transmitirse, sin pérdida de instante, de una estación de gobierno a la inmediata, y así sucesivamente, hasta llegar a la zona en que puede atinar al enemigo.

El torpedero puede disparar el proyectil en alta mar, casi a boca de jarro, regresando en seguida al puerto de origen. Si yerra el tiro, el torpedero, que lleva otra media tonelada de explosivos, se lanza en calidad de segundo proyectil, corregida ya la puntería.

Al parecer, la certeza del destructor «Hammond» es mucho mayor que la de los cañones de más grueso calibre que se emplazan en tierra, toda vez que el tiro del primero puede dirigirse con toda precisión en el trayecto íntegro de la costa al blanco, cosa que hasta ahora se ha considerado imposible.

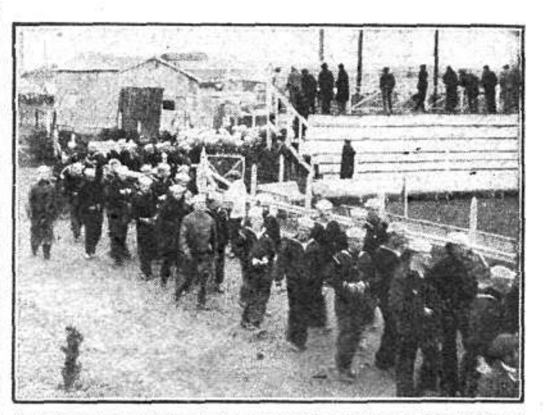
El joven Hammond es hijo del conocido millonario ingeniero de minas.

El diputado Sherley consiguió, en el proyecto de gastos para la defensa y fortificación de las costas, de cuyo comité él es presidente, una partida para el inventor de una defensa eficaz y práctica.

Parece ser que el «Torpedo Radio Dinámico» llena cumplidamente las condiciones exigidas; así probablemente será adquirido el privilegio y el secreto.


Sierras del Tandil.
GOODYEAR
GOODYEAR ALL-WEATHER TREAD
GOODYEAR
El neumático que por su CALIDAD ha superado en forma asombrosa a las demás marcas que existen en la República.
La esmerada construcción, las materias primas empleadas, el grosor del antideraparit, la vulcanización doble y el talón reforzado, contribuye a que los neumáticos GOODYEAR sean los que duran más, los que rinden mayores beneficios y por consiguiente los que no ocasionan dificultades.
GOODYEAR se vende por su calidad y no por el precio. Exíjaselo a su proveedor.
The Goodyear Tire & Rubber Co. of South America
ESMERALDA esq. TUCUMAN - Buenos Aires
Representantes { En Rosario: ARROSAGARAY & AMELONG
En Córdoba: DITLEVSEN & Cía.
GOODYEAR

Los marinos en Avellaneda



Los marineros norteamericanos, entrando en la cancha de «Racing», a la fiesta que habían sido invitados.



Durante la fiesta, los marinos fueron muy atendidos y conversaron amablemente con las señoritas que asistieron al acto.



En la cancha de pelota del «Racing», los marineros fueron obsequiados con un espléndido lunch.

EL PRESENTE Y EL FUTURO...

DE SU BIBLIOTECA, queda resuelto con las Seccionales Thompson. Nada de preocupaciones sobre "dónde colocaré los nuevos libros", otra sección agregada a las existentes y el dilema resuelto . . . y si esto solo, no basta para convencerle de la infinita superioridad de estas seccionales sobre la común biblioteca, reflexione sobre estas otras ventajas:

Construcción sólida, elegante aspecto, inmensa variedad de combinaciones adaptables a cualquier habitación y precio ínfimo.

Si usted tiene Seccionales Thompson, recuerde que las secciones actuales pueden agregarse a las adquiridas muchos años atrás, pues son de igual forma, tomaño y color . . . y si no la tiene, iníciela en seguida con una o más secciones, conforme al número de libros.

CATALOGO GRATIS

833, FLORIDA

BUENOS AIRES



El puente de oro

En un remoto país de Oriente, vivió, hace muchos siglos, una princesa de incomparable hermosura. Sus bellos ojos azules se armonizaban con sus vestimentas de igual color, y en la corte, lo mismo que entre sus pobres que la adoraban, era más conocida por la *dama azul*, que por su lindo nombre de Zelmira. Al cumplir los veinte años, la princesa Zelmira casóse con un sabio famoso. Pasados los dos primeros años de su matrimonio, el cielo concedió a los esposos una hermosísima niña, a quien llamaron Zulayka. A poco de nacer la niñita quedó huérfana de padre. Un día, al hallarse el sabio en su laboratorio, hicieron explosión unos aparatos, ocasionándole la muerte. La forma trágica en que su esposo perdió la vida, llenó de dolor el alma de la *dama azul*. Dejó el palacio en que había sucedido la horrible desgracia y fué a habitar, con su hijita, una casa situada en las afueras de la ciudad. En el sitio en que murió el sabio, hizo construir una capilla.

Todas sus ternuras y todos sus cuidados los reconcentró en la pequeña Zulayka. El mundo había desaparecido para ella. Su templo era la habitación de su hija y su altar la cuna donde ella descansaba entre sedas y encajes. El más leve malestar de la niña hacíala temblar de temor y experimentaba un agudo dolor a la idea de que un día podía serle arrebatada por la muerte.

En medio a la adoración de su madre, transcurrieron para la princesita los primeros años de su vida. Y creció lozana y bella como un ángel.

Una noche su madre habíase arrodillado junto a su camita, donde ella dormía plácidamente. La princesa Zelmira retenía, entre las suyas, las manitas de su hija. Su corazón latía ebrio de ternura, su alma suspiraba de amor frente a la idolatrada infante. Cerró los ojos y deseó escudriñar el porvenir. ¿Qué le aguardaba a su hijita, esa rosada y graciosa flor de carne?...

Su fantasía la llevó lejos. En los dulces años de su niñez, ella había creído en las hadas, en los magos, en los lagos encantados, en las varitas de misteriosas virtudes. Todo eso resucitaba ahora que pensaba en el porvenir de su tesoro. Las zozobras, las dudas, los escollos que salvar, las dificultades que vencer, el estrépito del mundo, sus flechas envenenadas, era lo que esperaba a la hija de su corazón al ascender la abrupta montaña de la vida. Y todo eso, ella, la madre, hubiera querido apartar. Entonces esas hadas que surgían de nuevo, tomaban forma real y atrevióse a interrogarlas. La primera en presentarse ante ella, inspiróle repulsión. Era feísima y cubríala un manto lleno de púas. Sus ojos chispeaban de un modo espantoso.

— ¿Cómo te llamas? — le preguntó, revistiéndose de valor.

— La Envidia — le respondió. — Mis dardos son crueles. Yo reino en las almas pequeñas y ruines...

— He debido adivinar por tu fealdad y por tu vestidura, quién eras. ¡Vete! — prosiguió la *dama azul*, justamente indignada.

Luego, desfilaron hadas buenas y generosas que dejaban tras sí un reguero de luz bienhechora. Mas ninguna pudo suministrar a la dama ilustre el filtro mágico que debía preservar a su hija de los dolores del mundo, especialmente de los que origina la envidia.

Y cuando ya la madre amantísima comenzaba a desesperar, se iluminaron los lagos y ríos encantados, y en uno de ellos vió deslizarse suavemente una góndola de plata cuajada de piedras preciosas. Una hada esbelta y majestuosa navegaba en ella, recostada su noble figura sobre rojos almohadones de terciopelo. Sin saber por qué, la princesa Zelmira se sintió invadida por un gran respeto e inclinándose ante ella le preguntó:

— ¿Quién eres?

— La Sabiduría — respondióle con gravedad.

Y entonces la madre, perseguida por la horrible visión de la Envidia, se postró a las plantas de la Sabiduría, y suplicante la dijo:

— Hada buena, ¿qué he de hacer para que la Envidia no haga sufrir a mi hija?

— Hazla pasar sobre el puente de oro de la Indiferencia, apoyada siempre en el parapeto del Olvido.

. . . .

La *dama azul* puso en práctica los consejos del hada Sabiduría y su hija Zulayka fué una de las señoritas más felices de su época.

ADELIA DI CARLO.

EXTRAORDINARIA EXPOSICION DE

BAZAR Y MENAJE

A PRECIOS SENSACIONALES



SERVICIO PARA MESA, semiporcelana inglesa, decorada en colores rosa, verde o azul, compuesto de 45 piezas, $ 24.50; los mismos, compuestos de 83 piezas, $ 40.— y....... $ **34.50**



PRENSAPAPEL, de cristal americano, a.......... $ **0.20**



BIZCOCHERA de cristal, tapa y aro de metal blanco, plateado fino, a.. $ **2.40**



FRUTERAS de vidrio americano, prensado, muy fuertes, a $ **1.20**



JUEGOS PARA MESA DE LUZ, compuesto de botellón, vaso y plato, de medio cristal blanco, liso, a.......... $ **1.20**



SALSERAS sin tapa, de semiporcelana inglesa estampada, en colores gris o verde, a $ **0.80**



SALSERAS con tapa, semiporcelana, verde o gris, a................. $ **1.40**



MACETAS de mayólica decorada, varios gustos y formas, a pesos 6.—, 4.50 y a pesos......... **3.10**

THE SOUTH AMERICAN STORES — BUENOS AIRES, LONDRES, PARIS.

GATH & CHAVES Ltd.

CASA CENTRAL: FLORIDA Y CANGALLO



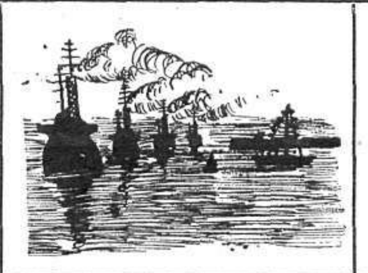
CONCURSO DE DIBUJOS INFANTILES



Los dibujos no han de ser copiados, y serán hechos con pluma y tinta negra, a tamaño de postal. Deberán traer el título de lo que representan y, al respaldo, el nombre y dirección del autor. Cada mes se premiarán los dibujos más interesantes, con libros especiales para niños. Los sobres deben dirigirse: «Concurso infantil», CARAS Y CARETAS, Chacabuco, 151.



214 — El día del árbol.
C. FERNÁNDEZ.



215 — Entrada de la escuadra N. A.
ALICIA FERNÁNDEZ.



216 — Saludando a la escuadra.
MARÍA VICTORIA.



217 — Los niños jugando.
NORBERTO RICA.



218 — Una obra de arte.
JESÚS GARCÍA.



219 — Alsaciana.
B. OCAMPO.



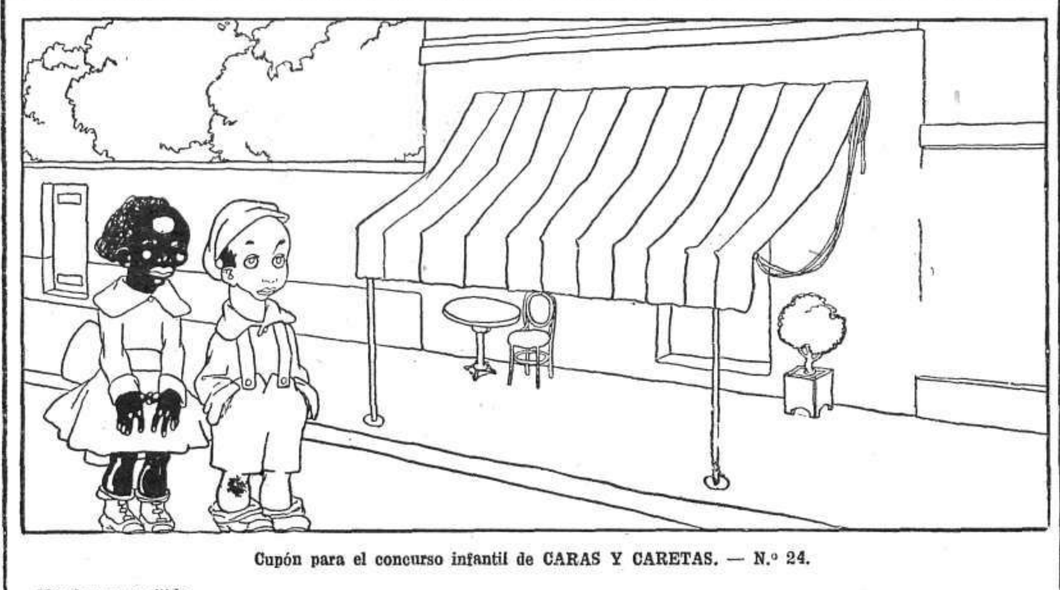
220 — Hermanitos dibujantes
E. GEMIGERANI.

CONCURSO INFANTIL PARA COLOREAR DIBUJOS

CARAS Y CARETAS invita a sus pequeños lectores a tomar parte en este concurso, iluminando libremente a la acuarela, al lápiz o al gouache, el paisaje que publicamos. Una vez terminado, pueden remitirlo, unido al cupón que aparece al pie, a la siguiente dirección:

Concurso infantil de **CARAS Y CARETAS** —— Chacabuco, 151-55, Buenos Aires.

Se otorgarán **CIEN PREMIOS**, que serán distribuídos todos los meses entre los cien niños que más condiciones artísticas revelen.



Cupón para el concurso infantil de CARAS Y CARETAS. — N.º 24.

Nombre y apellido...

Domicilio...

Población...

Escríbase claro y mándese este cupón unido al paisaje coloreado.

Coñac Domecq

Su exquisito bouquet, su excelsa pureza, lo han colocado el primero entre los primeros.

Fabricado a base del más exquisito Jerez.

UNICOS IMPORTADORES:

GONZALO SAENZ y Cía.

MAIPÚ, 29 **Buenos Aires**



PRECIO DE VENTA:

$ 0.25

Nada más confortable, después de la comida, que una copita de **Coñac Domecq** y un cigarro de hoja **Labor Peninsular,** de la Compañía Arrendataria de Tabacos de España. El gobierno español exige, en la elaboración de estos cigarros, que han de contener tabaco habano.

Importadores: GONZALO SAENZ y Cía.



PARA LOS NIÑOS

AVENTURAS DE VIRUTA Y CHICHARRÓN





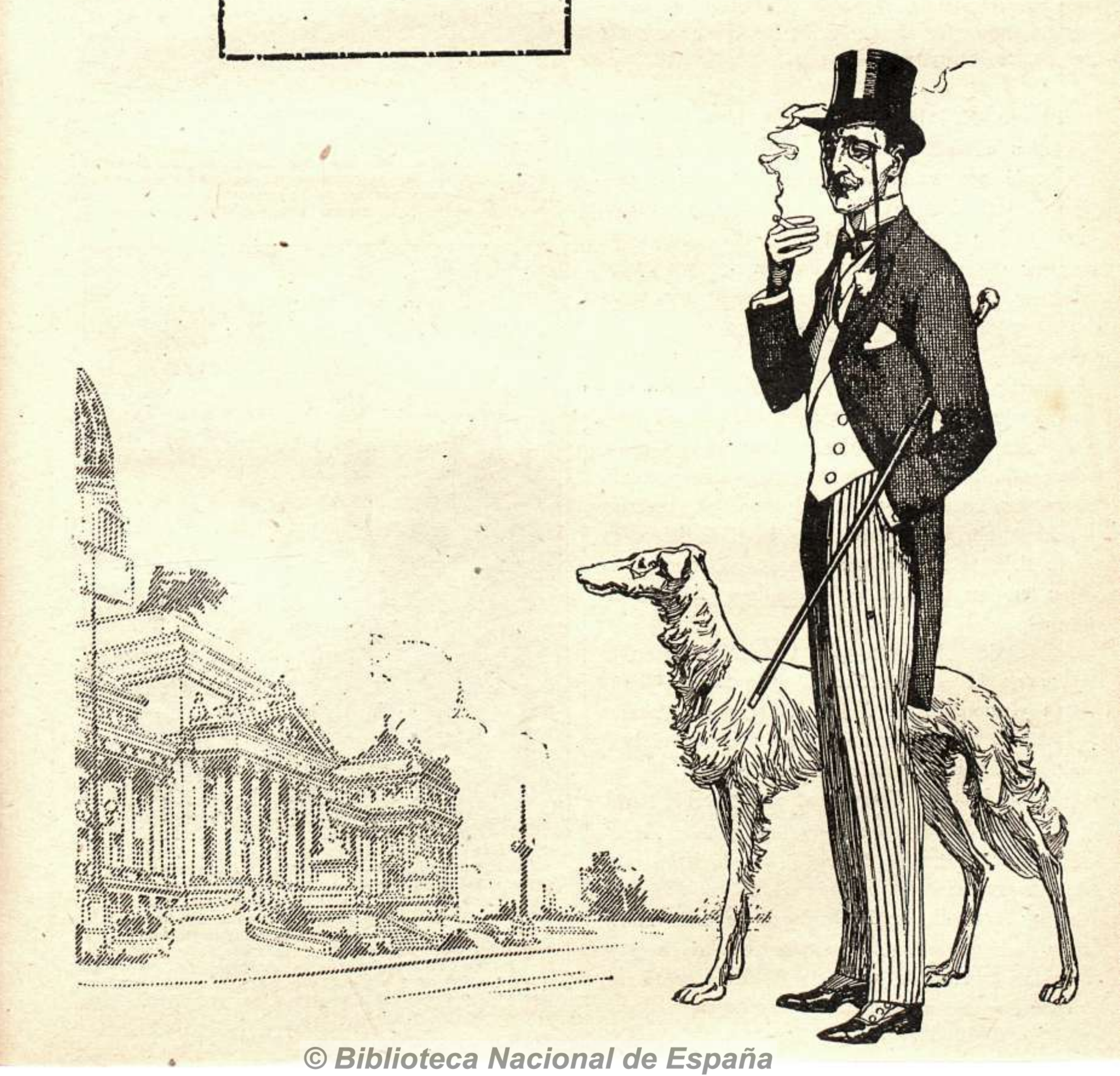












EMBARRADOS EN EL LODO



Es así como se hallan a veces los heroicos soldados en ciertas trincheras. ¿Cómo curar las bronquitis, catarros, toses, resfríos, gripes, etc., que son sus consecuencias? Tomando el remedio por excelencia contra las afecciones de los bronquios y del pecho, el Alquitrán-Guyot.

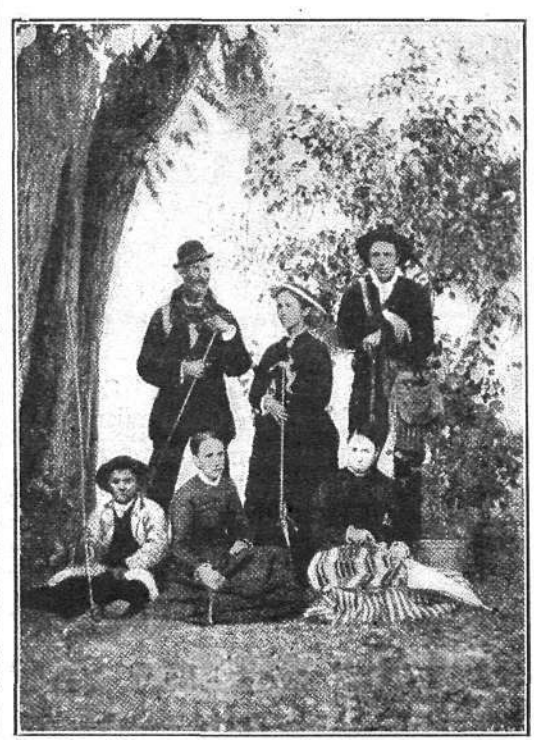
El uso del **Alquitrán - Guyot,** tomado en todas las comidas, en dosis de una cucharadita de café por vaso de agua, basta, en efecto, para hacer desaparecer en poco tiempo el resfrío más persistente y la bronquitis más inveterada. Se consigue también, en muchos casos, detener y curar una tisis bien declarada, pues el alquitrán impide la descomposición de los tubérculos del pulmón, destruyendo los malos microbios, causantes de esta descomposición.

Cuando se os quiera vender tal o cual producto en vez del **verdadero Alquitrán - Guyot, desconfiad, es por interés.** Para conseguir la cura de vuestra bronquitis, catarros, resfríos crónicos por el descuido y a *fortiori* del asma y la tisis, es absolutamente necesario que pidan bien en las boticas el **verdadero Alquitrán-Guyot.**

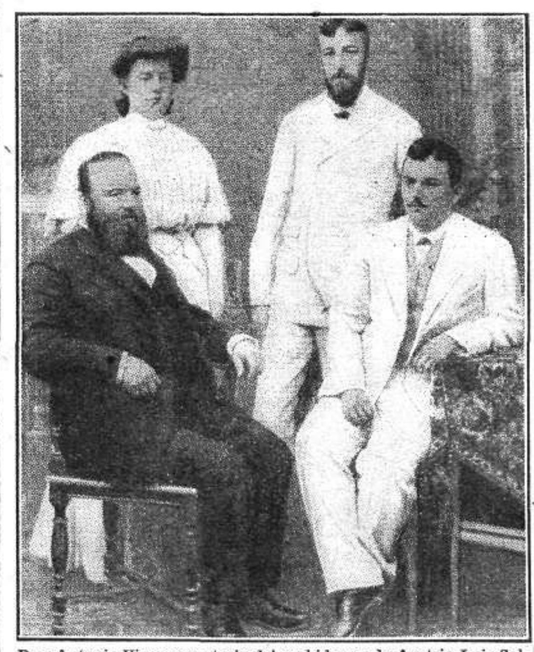
A fin de evitar cualquier error, fíjense en la etiqueta; la del **verdadero Alquitrán - Guyot** lleva el nombre de Guyot impreso en grandes caracteres y su firma en tres colores: violeta, verde y rojo, al biés, como también la dirección: Maison Frere, 19, rue Jacob, París.

P. S. — Las personas que no puedan acostumbrarse al gusto del agua de alquitrán, podrán reemplazar su uso por el de las Cápsulas Guyot, al alquitrán de Noruega de pino marítimo puro, tomando dos o tres cápsulas en cada comida. Obtendrán así los mismos efectos saludables y una cura igualmente segura.

Seres afortunados



La condesa de Bornoz, acompañada del administrador que fué de su madre, el sacerdote don Juan Camarero, del pastor Domingo Alvarado y el pastorcillo hijo de este último, por quien sentía especial predilección, y dos mucamas afortunadas, a quienes, al morir la condesa, deja herederos de su cuantiosa fortuna, que se eleva a muchos millones. Los nobles parientes de la condesa han entablado un pleito, solicitando la anulación del testamento.



Don Antonio Vives, secretario del archiduque de Austria Luis Salvador, con sus hijos Luisa, Antonio y Luis, a quienes el noble prócer ha dejado herederos de su fortuna, que se eleva a trescientos millones de pesetas. El archiduque residía habitualmente en Mallorca, país por el que sentía verdadero afecto. Los mallorquines le retribuían con la misma moneda; el archiduque era algo de ellos, algo propio. Al llegar un turista, de lo primero que se le hablaba era del archiduque, de su artística mansión y se le referían anécdotas y originalidades del gran señor. El testamento causó una sorpresa inmensa al ser conocido en la corte imperial de Austria.

En cualquier punto de la República que Vd. resida, nosotros podemos servirlo como si fuera atendido en nuestro mostrador.

La Sección Despachos al Interior de la Farmacia Franco-Inglesa, ha llegado a tal grado de perfección que le permite atender por carta cualquier pedido, por difícil que sea, con la misma facilidad que si fuera hecho personalmente.

Un servicio de farmacéuticos diplomados, con personal idóneo a sus ordenes, asegura el despacho exacto de las recetas.

Las grandes ventas que realizamos y que cada día van en aumento, nos obliga renovar continuamente nuestros enormes surtidos de medicamentos y específicos, lo que nos pone en condiciones de ofrecer siempre artículos frescos y de reciente adquisición, a precios verdaderamente económicos.

La Farmacia Franco-Inglesa garantiza con su nombre la procedencia y calidad de todos los artículos que expende.

Por insignificante que sea el pedido, merece nuestra más inmediata atención.

Farmacia Franco-Inglesa

569 - Sarmiento - 587

BUENOS AIRES

Apesar del vivir apresurado, la gente se va dando cuenta de la necesidad de examinar lo que le sirven en los establecimientos que expenden bebidas.

XEREZ-QUINA-RUIZ

tiene un aroma inconfundible y una finura de sabor que perdura en el paladar.

Fíjese usted bien en esto para evitar las casas sin escrúpulos que rellenan las botellas de marcas acreditadas.

RUIZ

XEREZ-QUINA RUIZ

MARCA REGISTRADA

Xerez-Quina Ruiz

Vino tónico aperitivo y digestivo

Felix Ruiz y Ruiz

Jerez

MARCA REGISTRADA

ÚNICO AGENTE EN LA REPUBLICA ARGENTINA

LUIS DUFAUR

BUENOS AIRES

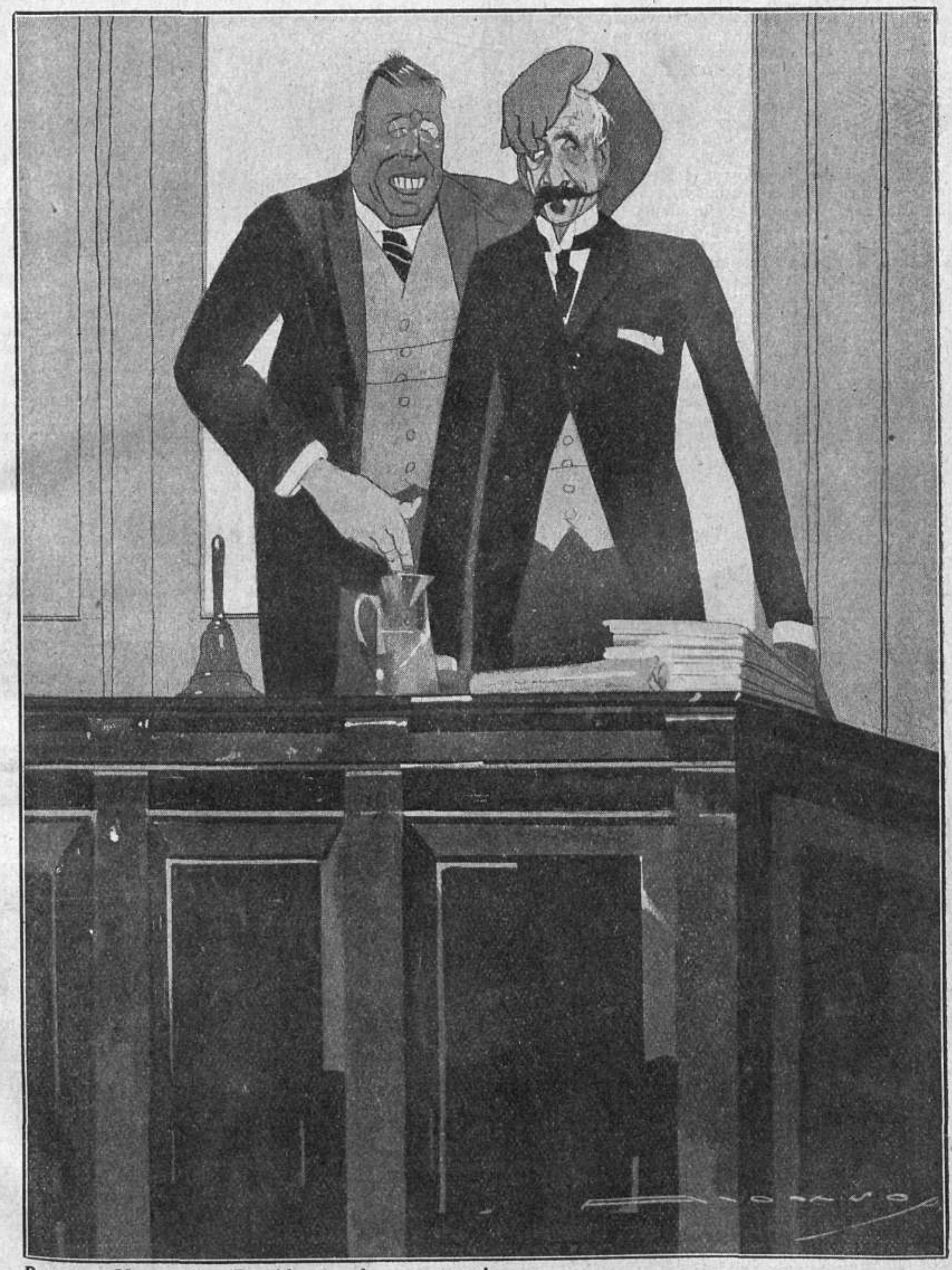
CARAS Y CARETAS

REVISTA SEMANAL ILUSTRADA

JOSE S. ALVAREZ, Fundador

Año XX — BUENOS AIRES, 11 DE AGOSTO DE 1917 — N.º 984

Gajes del oficio



Posse. — Vea, señor Presidente, ¡lo que pasa!...
Pelagio. — Invito a la Cámara a pasar a cuarto intermedio.
Posse. — No, señor; usted no se va. No le dejo. ¡Tiene mucho que ver en este espectáculo!

Dib. de Alonso.

IDA Y VUELTA

Todo el mundo habrá observado la cara alegre que llevan cuantos viajan con pasaje oficial para dirigirse a una fiesta; la razón es que tienen asegurada la vuelta y, lo que es más agradable, sin tener que sacrificar sus finanzas.

Por eso, tanto a la ida como a la vuelta, se les ve caminar por todo el tren contentos y chacotones, sin que protesten por las demoras, y sin que les inquiete que el tren salga o no retrasado.

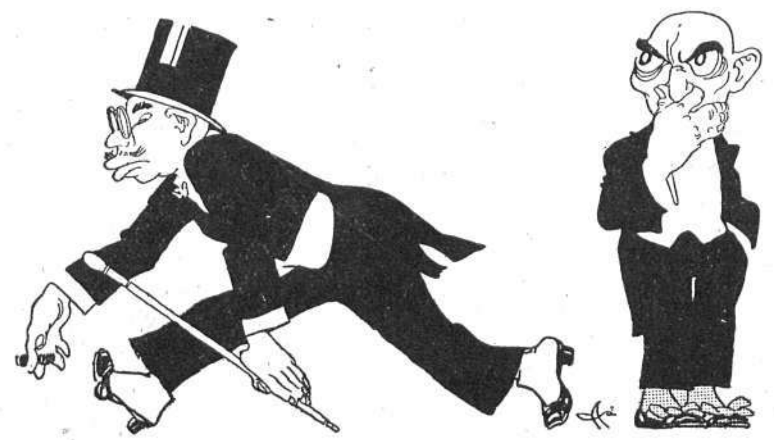
Algo parecido ha ocurrido con los concejales que nos deparó la providencia, capitaneados por el doctor Beiró.

A raíz de su repudio por el Senado, se dieron el lujo de renunciar, y acataban la decisión del alto cuerpo por creerla ajustada a los preceptos constitucionales; pero hoy que el Presidente les invita a continuar en sus tareas, se olvidan de todo, y se acomodan tranquilamente en los sillones edilicios, dispuestos a no dejarse arrancar de ellos, ni por la fuerza pública.



Hacen como que se van... pero vuelven apenas se les hizo la menor indicación, y en vista de la «honrosa solicitación del Poder Ejecutivo, no tienen inconveniente alguno en continuar cumpliendo la comisión de honor que les ha sido confiada.»

De lo cual se deduce, que aceptan el cargo con heroísmo, dispuestos a sacrificarse por la comuna.



Ellos podrían tener escrúpulos sobre sus nombramientos; pero el doctor Beiró, apoyándose en varios testimonios, tranquilizó aquellas conciencias, y celebraron una reunión privada para elevar una nota al Ministro del Interior, nota que firmaron, aceptando los cargos.

Muchos, ante el temor de que se les pueda sacar de algún modo, proponen vivir adheridos al sillón; otros, exclaman en trágico: ¡Sólo saldremos de aquí por la fuerza de las bayonetas!

Y para ser concejales en el hecho, ya que se les discute el derecho, proyectan la ordenanza de impuestos y presupuesto, pidiendo a los distintos gremios que les provean de luces, y en realidad que necesitan de ellas, pues sólo a ser políglota puede uno entender a esos señores que, aunque venidos al Concejo de todos los rumbos del Municipio, por sus idiomas representan al orbe entero.

Hasta el japonés y el ruso, aseguran que tiene representación edilicia.

Cuando ellos hablan, se creería estar en la bíblica Torre de Babel (torre en la que, según la leyenda, no pudieron entenderse por hablar distintas lenguas); en ésta parece que sí, pues cuando se trató de volver a ocupar el cargo y el doctor Beiró dijo por señas que podían sentarse, todos entendieron, y se acomodaron como la cosa más natural.

Como resultado del sacrificio aceptado por los ex concejales, las casas de compra y venta subieron los precios a los trajes de etiqueta. Desde hoy va a ser difícil encontrar un traje de jaquet o de frac en los cambalaches.

Se nos dice que están acaparados.

Algunos malevolentes aseguran que la primer visita de los concejales fué al teatro Colón, y en vista de que aun continuaba en pie, y la compañía lírica funcionando, ellos para demostrar que no son tan torpes de oídos como se les supone, decidieron concurrir bien paquetes a sus espectáculos, y esto explica, que algunos abonados hayan sentido el conocido olor a naftalina en algunos palcos.

La conservación de la indumentaria, exige sacrificios de farmacia.

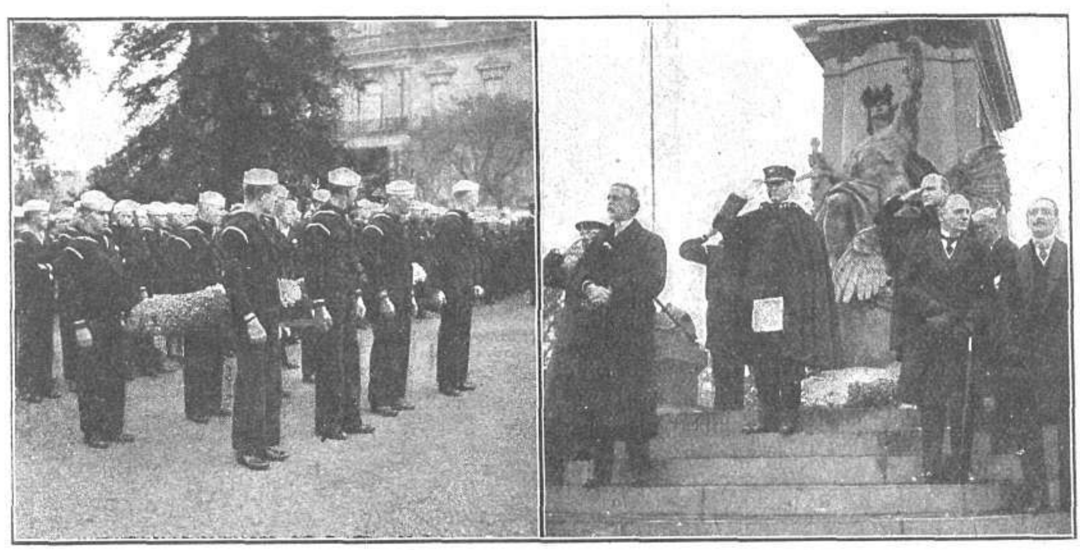
Por lo demás, nuestros concejales no lo notan, y así como no oyen, ni ven, ni sienten, y son concejales como podrían ser vigilantes, aceptan complacidos cuanto se les pida.

RAÚL ALLENDE.

Dib. de Sirio.

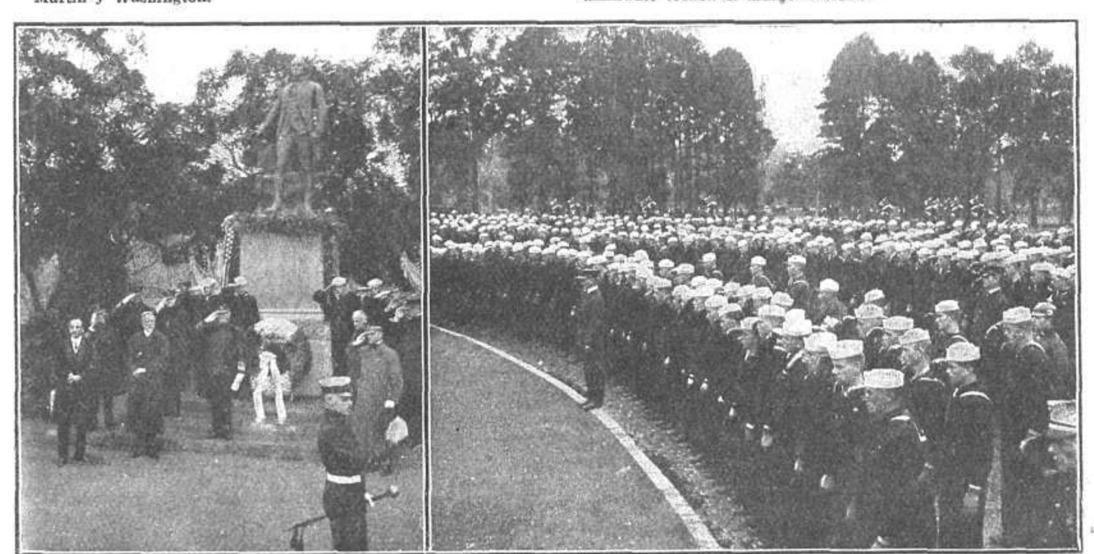


La visita de la escuadra norteamericana



Marineros de los buques americanos conduciendo las coronas de flores naturales, para ser depositadas en los monumentos de San Martín y Wáshington.

El almirante Caperton, con el embajador Mr. Stimson y jefes de la escuadra, al pie del monumento, mientras la banda del buque almirante tocaba el himno nacional.

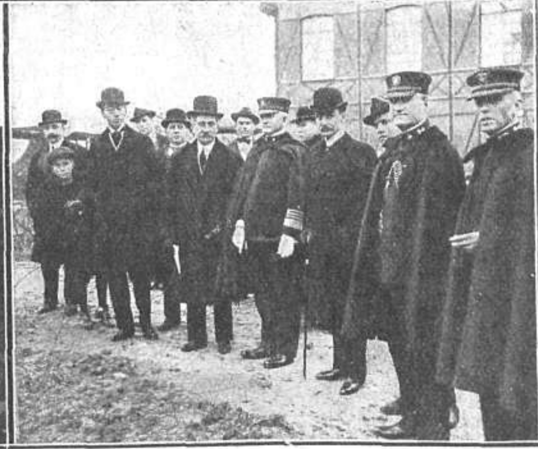


Ante la estatua de Wáshington: el almirante, el embajador y jefes de la escuadra, después de haber colocado una corona de flores.

Los marinos de los cuatro buques de la escuadra que, en número de mil, concurrieron a rendir el homenaje, ante la estatua de Wáshington, escuchando la ejecución de los himnos americano y argentino.



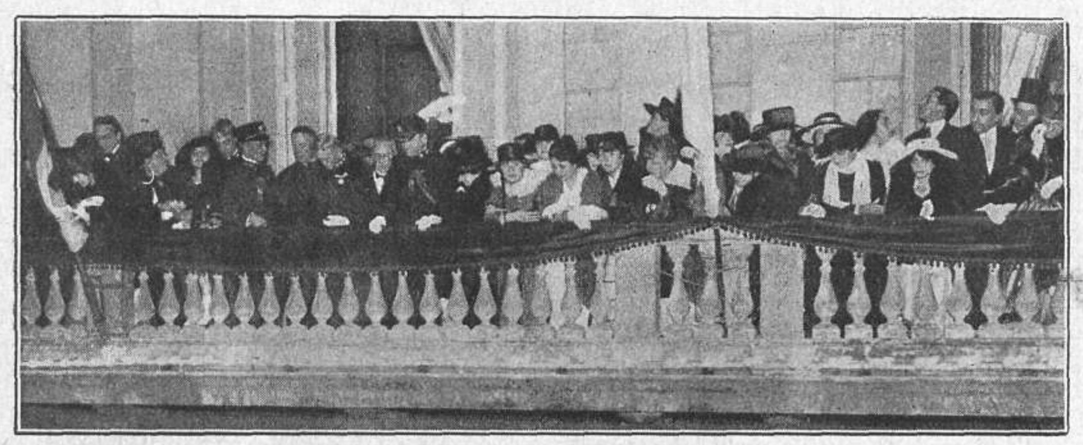
La delegación de la «Lega Navale», que, presidida por el señor Luis Vaccaro, fué a saludar al almirante Caperton. El cav. Vaccaro hizo entrega al almirante del distintivo de la Lega.



El almirante Caperton y los jefes del estado mayor de la escuadra, acompañados por los doctores Madariaga y Anchorena, visitando la exposición militar aliada, en Palermo.



Desfile de la manifestación italiana, organizada como coronamiento de los festejos tributados a los marinos. La gran bandera norteamericana, llevada extendida, es saludada, a su paso, por la concurrencia con salvas de aplausos.



El balcón del «Círculo Italiano», desde el cual el almirante Caperton presenció el paso de la grandiosa manifestación italiana.



El almirante Caperton, en los salones del «Círculo Italiano», durante la recepción efectuada por la colonia italiana en honor del almirante y su estado mayor.



El jefe de la escuadra, cambiando los últimos saludos con los senadores doctores Villanueva y Roca y los jefes de la marina argentina.



El almirante Caperton, saludando desde la cubierta del «Buenos Aires».



El buque insignia y unidades de la escuadra norteamericana, saliendo de la Dársena Norte.

UNITED STATES PACIFIC FLEET
U. S. S. PITTSBURGH, FLAGSHIP

Rio de la Plata,
1 August 1917.

The Editor,
Caras y Caretas,
Chacabuco 151 al 155,
Buenos Aires

Dear Sir:

Please accept my best thanks for the copy of Caras y Caretas for the 28th July, which you were so kind as to send to me.

Wishing you all success and good fortune,

Yours very truly,

W. B. Caperton

Admiral U. S. Navy,
Commander in Chief,
United States Pacific Fleet.

Flota Norteamericana del Pacífico. — U. S. S. «Pittsburgh», Flagship. — Río de la Plata, 1.º agosto 1917. — Señor editor de CARAS Y CARETAS, Chacabuco, 151. — Muy señor mío: Ruego a usted acepte mis mejores agradecimientos por el ejemplar de CARAS Y CARETAS del 28 de julio, que tuvo usted la amabilidad de remitirme. Deseándoles completo éxito y buena fortuna; muy sinceramente. — Firmado: W. B. CAPERTON, Almirante, U. S. Navy.

LOS AUTOGRAFOS DEL ALMIRANTE CAPERTON

La galantería que el almirante Caperton ha tenido para nuestra revista, lo demuestran la carta y tarjeta de despedida que publicamos, y que guardaremos como un valioso recuerdo de la visita de la escuadra norteamericana y de la gentileza de su jefe.

Para Caras y Caretas
W. B. Caperton
Admiral U. S. Navy
August 1. 1917

En el País Vasco

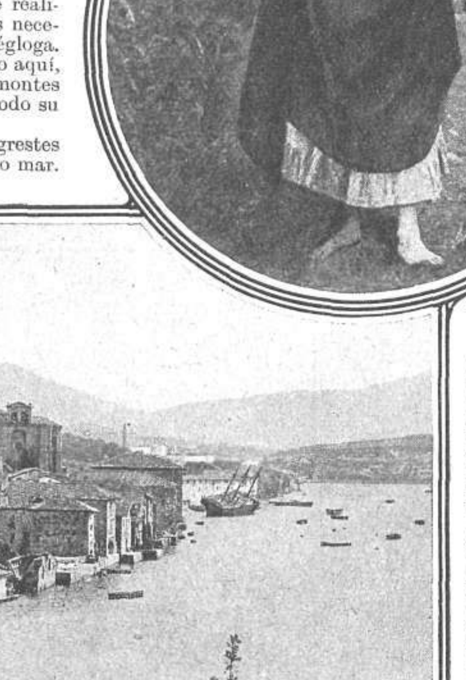
Horas virgilianas

Hay placeres y venturas que podemos realizar sin gasto, sin vergüenza y sin vilipendio; que nos producen alegría y bienestar; que nos entonan y ennoblecen. Estos placeres los despreciamos, sin embargo.

El placer del campo es un regalo de los dioses. Para mi gusto hay pocas cosas tan deseables y afortunadas como internarme por un sendero y caminar caprichosamente, sin prisa y sin rumbo, poniéndome en contacto íntimo con los objetos más simples e ingenuos: las plantas, las hierbas, las fuentes, los insectos alados.

Esta inmersión amable en el seno de la Naturaleza es aquí, en el país vasco, donde mejor puede realizarse. Tiene este paisaje todas las condiciones necesarias para el cumplimiento del idilio y de la égloga. El puro y amado Virgilio se encontraría dichoso aquí, entre estas verdes colinas y estos selváticos montes que ahora, bajo el sol canicular, muestran en todo su vigor sus galas.

Son remedio para la neurastenia los cerros agrestes que caen, plantados de pinos, sobre el rumoroso mar.



Tipos vascos.— Una aldeana.

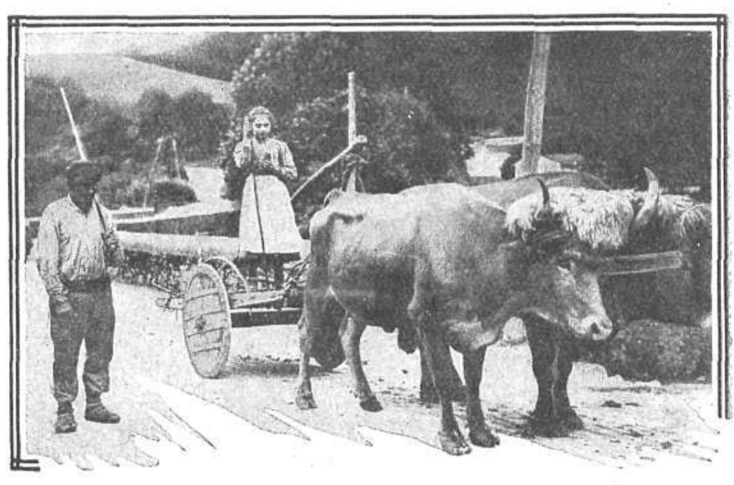
Población vasca.

¡Cuántas veces ha buscado el ánimo, para olvidar inquietudes ciudadanas, el caro camino que conduce a la cumbre!... Desde allí arriba, el alma suele pretender desbordarse, como el agua plena de un vaso, y confundirse en la onda panteística de la Naturaleza.

Desde allí arriba se columbran a lo lejos los pueblos pescadores, los cabos y promontorios de la costa, las mansas ensenadas donde duerme, tal vez, un blanco bergantín, todas las velas desplegadas e inmóvil, como anclado, por culpa del viento esquivo. Un vapor humea remoto, en la línea del horizonte, marchando quién sabe a qué peligroso destino. Las barcas pescadoras reman en el inmenso mar. Hay una calma de mediodía ribereño que despierta en nuestra fantasía todas las ansias errabundas, toda la codicia de las largas e inéditas navegaciones.

Entonces, tumbado a la sombra de un pino, es cuando acuden las más grotescas sugeriones. Quisiera entonces ser contrabandista, para vagar por las malezas y los acantilados; o ser pescador, y estarme las horas muertas pescando peces de oro, peces brillantes como joyas, en las aguas limpias y profundas de los remansos; o ser piloto de una goleta, con las barbas hirsutas y el aire de un lobo de mar, el pecho velludo y la mente limpia, ingenua, como la de un niño...

Otras veces mis pasos me conducen tierra adentro y acabo por extraviarme entre las colinas. Entonces me considero un poco Robinsón, otro poco Livigstone. Hago descubrimientos bizarros, como los grandes exploradores cuyas hazañas ha leído uno allá lejos, entre los doce y los quince



Después de las faenas agrícolas. — El retorno.

años. Descubro, por ejemplo, un bosque de castaños, y para cruzarlo hasta su fin realizo notables acciones de vigor, de orientación y de cálculo. Durante media hora he permanecido en plena selva, ignorado del mundo... Es poco tiempo, lo sé, comparado con la exploración de una selva africana o amazónica; pero a los efectos de la ilusión, ¡qué importan las dimensiones o las latitudes!

Mientras tanto, la permanencia en el bosque me ha procurado el gozo de oir a las aves, a los insectos, a la brisa, — voces inefables, ciertamente, que nadie podría reproducir y cuyo encanto es sutil, aéreo, imposible de sujetarse en el radio de la palabra.


El baile popular.

Después, cuando he salido del bosque, un arroyo obstruye mi paso. La sombra de Robinsón acude a mi memoria. Y como un náufrago, en efecto, que no puede contar más que con los recursos de su ingenio, me lanzo a la empresa. *Un tronco de árbol, unas piedras, un salto...* ¡El arroyo está dominado ya!

Busco entre la maleza el fruto del avellano. Algo verde está todavía, pero no importa; lo como con entusiasmo, con el entusiasmo que ponen los chicos merodeadores en comer la fruta agraz. Y bebo agua del arroyo. Y me tiendo sobre la hierba. Y fumo un cigarrillo, beatíficamente, amorosamente.

Otras veces me complazco en seguir la línea blanca de una carretera, por el retorcido valle. Sorprendo a los labradores en sus faenas. Les veo segar el heno oloroso, y amontonarlo bajo la lumbre del sol; les veo escardar los maizales, o conducir los lentos bueyes hacia el prado. Me gusta detenerme en una sidrería, y compartir el agridulce licor con los boyerizos, los peones y los trajinantes. Gentes hercúleas y sosegadas que hablan del tiempo, o de los sembrados, o de la ternera que ha vendido últimamente José Ignacio, el mayorazgo de Errotachiqui... Cosas vulgares y anodinas, seguramente, pero que entonces, en mitad del campo, adquieren un alto sentido de realidad y transcendencia, y que concluyen por interesarme a mí mismo.

En cambio los domingos se significan por su alborozo y su música. Las sidrerías se llenan de voces y de cantos. Las plazas de los pueblitos retiemblan bajo los pies de los bailarines. Brincan las mozas, vestidas de fiesta. Los toneles, en las tabernas, escancian sin cesar un chorro de ardiente vino. Suenan las charangas rurales; el trombón y el clarinete, junto con la corneta irritada, trenzan las notas de un vals o de una mazurka.

Pero lo más lindo es el tamboril, combinado con la flauta. Su música pastoril, verdaderamente campesina, concierta de un modo divino con la serenidad de estas tardes de verano. Y al crepúsculo, cuando el sol se ha ocultado, cuando el campo comienza a ingresar en el sueño, entonces, ¡qué dulcemente armonizan el son monótono del tamboril, la voz amorosa de la flauta y el canto del cuclillo!...

José Mª Salaverría

San Sebastián, julio, 1914.


Un idilio.

De París



El doctor Lorenzo Moss, compatriota nuestro, que acaba de ser nombrado director del Hospital Argentino, en París, institución debida a la humanitaria iniciativa de nuestro ministro en aquella Capital, doctor Marcelo T. de Alvear, y de otros distinguidos compatriotas.

Se trata de un nombramiento tanto más acertado cuanto que el doctor Moss, radicado en París desde hace unos 17 años, esto a raíz de recibirse de médico en Buenos Aires, ha acometido y llevado a feliz término la ardua tarea de rivalidar su título en París, a pesar de las innumerables dificultades que tuvo que vencer para ello, lo que le ha permitido abrir su consultorio en la gran ciudad francesa.

Los ex alumnos de San Patricio



Durante un descanso del baile, en la brillante fiesta anual de los «Ex alumnos de San Patricio», que se celebró con gran éxito en los salones del «Savoy Hotel».

En el "Laurak Bat"



Comida vasca celebrada en la cancha de la sociedad; uno de los actos que formaban parte del grandioso programa de las fiestas conmemorativas de San Ignacio de Loyola.

Festival filantrópico



Regocijado grupo de niños rodeando a Frank Brown, en el festival que, en obsequio de los pupilos del Patronato de la Infancia y otros asilos, realizó en el Hipódromo el popular payaso, quien distribuyó juguetes y bombones donados por las casas Bagley, Escasany, Gath y Chaves y Cabezas. El Patronato de la Infancia le otorgó el título de socio honorario, en mérito a su actuación filantrópica.

Enlaces



Señorita Camila Adela Cuman, con el señor Agustín Andrés Devoto.



Señorita Pierina Meriggi, con el señor Antonio Zumárraga.



Doctor FRANCISCO A. BARROETAVEÑA

SARGENTO CALZADA

El populacho, en las fiestas patrias, admiraba aquella figura voluminosa que arqueaba el lomo del frizón al cabalgar, dando en decir «encontrarle parecido al general Levalle». Y el sargento Calzada, saboreando con sorna esos halagos de la popularidad, acariciaba con fruición su larga pera, blanca cual ampo de nieve, cayendo sobre la bruñida coraza metálica, confundiéndose —si el viento mediaba — con la crin albea del casco-coracero.

Hubo empresa tabacalera que costeó el retrato como reclamo.

Los que hemos conocido de cerca al general Levalle, no reparábamos «dejando correr la bola...»

Pero, el sargento Calzada vivió feliz, mientras vivió en tal ambiente, — no hace muchos días, el pobre, entregó su alma a Dios en el cuarto del conventillo, ausente de parientes, que a estar al tradicional adagio «son los peores»; — y lejos de la patria, despojado de la vanidad que en él hizo carne la alucinación de las multitudes, originada por la sutilidad de un funcionario que mandaba el «Escuadrón de Seguridad», — título éste, con el que el jefe superior de la Repartición ejecutó a sabiendas «un plagio».

Cuando el general don Domingo Viejobueno estuvo a cargo de la Policía por segunda vez, el año 1893, restando algo por satisfacer al pueblo con la voz de la prensa, — porque el público se aficionaba a novelería, — se preguntó: «¿Qué innovación aportaré...? — desde que tales magistrados están obligados a iniciativas, aunque no resulten; basta que parezcan buenas, sancionándolas los subalternos *dans petit comité*, que ríen, si el superior lo hace; y llorarían por complacerle.

Falcón creó los cadetes que se han extinguido. Y cada improvisación provinciana es copiada en la capital, trasplantándola al terruño. El flamante Jefe Político llega, se satura, y regresa cosechando algo; recibe allá orondo las felicitaciones consagrantes, calurosas, del oficialismo, por sus «Cadetes», por su «Escuela para Vigilantes», por la de «Investigaciones y Técnica», con sus «pesquisas» que se les denominará «Vichadores»; y los «Comisarios uniformados y de espadín», ahuyentando «cacos» después del robo; — haciendo llorar a gritos el flaco presupuesto provincial, paupérrimo de nacimiento, apuntalado por la subvención nacional.

Regresado de Europa aquel general del arma de artillería, e improvisado Jefe de Policía, distinguiéndose, demostró habilidad «responsabilizando a los comisarios seccionales en sus respectivas funciones», lo que le resultó; evitando lo de las *reorganizaciones* a cada trique-traque, que es grave inconveniente, y «el mismo fraile, con las mismas alforjas».

— He visto funcionar — refería el general — la «Garde Municipale de Paris» o «Garde Republicaine», detalle de la «Gendarmerie», y puedo suplantar la «Caballería de Policía», dándole esa organización francesa.

Tal es el origen del «Escuadrón de Seguridad».

Hasta allí hubo caballería uniformada igual a las demás unidades, comandada por un oficial, «Guerrero del Paraguay» — don Guillermo Straw — que, posteriormente llega a comisario, se jubila y fallece. Entre sus proezas recuérdase su altivez, en que, en instante aciago, un famoso coronel de caballería del antiguo ejército de línea reputado como «primer lanza», le agrede a balazos en el «Circo Arena», — teatro hoy «Politeama», — contestando aquél con tres tiros certeros.

Ya ha sufrido algunas alteraciones el uniforme francés, por nacionalismo. Se le puso penacho azul y blanco en vez de la crinera. Otro jefe, general de tropa montada, proveyó de poncho-patria, grueso, con forro franela roja; y últimamente, el jefe civil que de comisario asciende deja al Escuadrón con capote ruso.

Retomando el hilo desviado por la divagación, añadiremos que el sargento Calzada fué figurativo improvisado; — despertaba interés en las multitudes que regresando de la «parada militar», lo que más había llamado la atención, comentándolo con satisfacción «¡era haber visto aquel sargento del Escuadrón que se parecía al general Levalle!...»

¡Por Dios!... ¡Calzada se asemejaba a ese personaje «como un huevo a una castaña»! Maturrango, carecía de la apostura del general, y hasta el caballo de su silla heredaba la mansuetud de su ancestral *Rocinante*, rememorándonos el caballero, la simulación con el Cid Campeador, cuando, difunto, cabalgó, en su fiel *Babieca*, y ganó la batalla a los musulmanes!

Conociendo la ingenuidad del parecido de marras, nos asalta el remordimiento de no volver las cosas a su lugar, máxime, habiendo leído recientemente en una gacetilla policial dar persistencia al error, que lo haría sustentar en el futuro. Calzada era vasco-español, ingresó al cuerpo de vigilantes nacionalizándose como condición previa, por oficiosidad nuestra. Hablaba poco, contestaba; y leía menos, porque para leer mucho es imprescindible saber leer y... «quien mucho habla, mucho yerra», y «en boca cerrada, no entran moscas».

Lo que no querría afirmar, es, cómo fué, que el comisario Belisario Silveyra, encargado del «Escuadrón de Seguridad», le hizo montar a caballo, insinuándole dejarse la barba en forma de «pera, y si él y no otro, de travieso, fué divulgador principal de que «Calzada se parecía a nuestro general».

LAURENTINO C. MEJÍAS.

La orden del histórico convento de San Lorenzo

Como a su favorecedor tiene la orden de San Francisco del Convento de San Lorenzo a Carlos III de España, por autorización de quien se instaló la misión, y en honor de quien lleva el convento y colegio anexo el nombre de San Carlos.

Desde la época de su establecimiento en aquel lugar santafesino, hasta la fecha, su labor ha sido intensa. Un siglo y medio atrás, la región elegida era selva. Favorecíale el río navegable y la relativa proximidad de Santa Fe. Fué misión de la orden civilizar las tribus, de manera de hacer posible la vida del mismo pueblo, que pronto se agrupó junto al convento.

Silenciosa y eficaz la tarea de los frailes, no hubiese merecido la curiosidad general que mereció después, si los acontecimientos del



Claustro que conduce a la celda que ocupó el general San Martín, y que recorrió aquél al ir a la torre, desde la que divisó las fuerzas españolas.



Aspirantes a frailes franciscanos, en clase de literatura, que dicta el poeta y músico fray Mariano Mussa.

año 13, no hubiesen llevado la revolución libertadora hasta sus puertas, con los granaderos a caballo de San Martín.

El convento de San Carlos fué desde entonces el convento de San Lorenzo, y su nombre se ligó a la historia y al sentimiento nacional, como algo indiscutiblemente nuestro.

En la visita que hicimos al convento, pudimos apreciar la parte histórica de la casa, de que dimos cuenta en una nota anterior, y la labor de la orden, de singularísima importancia también, puesto que ha sido y sigue siendo, la contribución de los religiosos al progreso del país.

En efecto; ha recorrido enormes extensiones chaqueñas, llegando hasta el Bermejo y el Pilcomayo, en tarea civilizadora. Ha fundado colonias, escuelas, industrias, etc., y ha evitado matanzas militares. El sistema de los religiosos para la reducción del indio, está basado en la libertad en que se deja vivir a los reducidos, al punto de que todo indio, antes de considerarse totalmente entregado a la civilización, escapa y regresa de las misiones repetidas veces.

Los franciscanos han conseguido hasta disciplinar en la música a los indios. A ellos pertenecen las bandas militares indígenas que visitaron Buenos Aires hace años.

En San Lorenzo, el convento ha sido siempre la escuela, la iglesia y la representación real de la población. Se puede decir que San Lorenzo vive al amparo de la histórica casa. Por eso ofrece la contribución de sus hijos para aumentar las filas de la orden.

Asistimos a la preparación de los futuros religiosos, hijos todos de colonos y habi-

Fray Santiago Barilaro, actual guardián del convento, lleva 17 años dentro del mismo.



Fray Carlos Amundoray, que hace treinta y cuatro años que es portero del monasterio.

Fray Marcelo Venenzetti, que lleva 58 años internado en el monasterio y que fué uno de los principales agitadores en la campaña que la iglesia sostuvo contra el gobierno de Oroño, a raíz de haber dictado aquél la ley de Registro y Matrimonio Civil. Actualmente tiene 82 años; dice ser el que bautizó al general Ricchieri.

tantes de los alrededores. Y nos fué posible presenciar una clase de literatura dictada por fray Mariano Mussa, poeta y músico, que forma parte de la guardia joven del convento, en contraposición de la que podíamos llamar guardia vieja, y la constituyen veteranos como fray Marcelo Venenzetti, de 82 años de edad y de 58 de servicios en la orden; fray Carlos Amundoray, que lleva 34 años en la casa, y el mismo guardián que nos acompañaba, fray Santiago Barilaro, que lleva 20 años en la orden.

La guardia vieja es la que ofrece mayor campo a la observación: Fray Marcelo Venenzetti, por ejemplo, según propia manifestación, fué quien bautizó al general Pablo Ricchieri, sanlorencino y ex discípulo del Colegio San Carlos. Tuvo este fraile su hora de popularidad, cuando se discutía en Santa Fe la ley de matrimonio civil.

F. DEFILIPPIS NOVOA.



Lugar que ocupaba la capilla, el año 1813, donde se ofició el Tedéum y los funerales en memoria de los muertos y heridos en la batalla de San Lorenzo. Actualmente es sacristía.

TIPOS POPULARES DE LA REPUBLICA

"Don Pablito". — El vate para toda oportunidad

¿Quién no lo conoce en Gualeguaychú a don Pablo Costa? ¿Cuántas, hoy señoras, no recuerdan haberle oído años antes sus versitos, que por lo ingenuos o disparatados a veces, hacía que lo animasen por caridad, dándole la seguridad de que era un Olegario Andrade o un Gervasio Méndez? ¿Cuántas no despertaron azoradas a medianoche, al oir que una voz trémula por la libación, les gemía a sus ventanas algún estribillo como éste?:

Si tú pensabas que yo era un tigre
Que te venía a devorar,
Era tu amante firme y constante
Que te vénia a saludar.

Por fortuna se tranquilizaban al saber que era don Pablo.

— Dígame amigo, — le dije, — ¿usted es argentino y poeta, no?

— ¡Qué esperanza!, señor. Soy oriental hasta la muerte, y de poeta es cierto, soy bastante; todos mis versos los tengo escritos y se los voy a mandar para que los lea; ha de saber también, que cuando vino aquí, lo conocí al amigo Almafuerte; me hizo unos regalos y yo le dí unas poesías mías.

— ¡Caramba que había sido suertudo!

— Ya lo creo; ¡y viera como me mostró aprecio! Ahora es muerto el pobrecito. Que Dios lo tengo en su santo descanso.

— Y dígame, don Pablo, ¿por qué se vino del otro lado?

— Que quiere, mi amigo; estaba cansado de pelear y después de la batalla de los Manantiales me despedí del padre del general Galarza, mi amigo, y me vine para acá; como no había que hacer, me puse de cortador de paja, y cuando descansaba hacía versos en compañía de mi llorona; ¡usted viera!, cuando se corrió la voz de que yo sabía cantar, todos los platudos me pleiteaban para llevarme en coche a dar serenatas y a parrandear juntos; y como ellos tenían plata!...

— ¿Y ahora, qué hace, mi amigo? — le dije por último.

— ¡Qué quiere; hago changas para el Apolo, doy consejos sobre los gallos que van a pelear; además mi hija, que va al taller, me ayuda; que más va a hacer uno cuando llega a viejo!...

J. L. C.



"Don Pablito", poeta de los tiempos viejos.

Historias cortas de prisioneros alados

EL CACHAFAZ

«El cachafaz» llamamos en casa, al más montaraz y bohemio de los pájaros, que contra todas mis convicciones, pero acorralado por el ambiente salvaje y el placer de gozarlos, tengo en relativa prisión en el jardín y amplia pajarera de mi puño, pala y martillo, es decir, que yo mismo cultivo o he fabricado.

Es un «tero» que vive separado casi siempre de sus otros tres compañeros y que no hace liga ni con los dos mirasoles, — pequeñas garzas b ancas, — ni con la gaviota que hace diez años me acompaña (murióse la otra, días pasados ¡ay! ahogada), ni con la martineta, ni con el zorro de agua o «General Pau», como también se le llama por ser manco de un ala...

La mencionada condición montaraz o bohemia le lleva a realizar excursiones que no se permiten los otros. Así, días pasados, encontrando abierta la puerta de mi puño y martillo también, que completa la verja divisoria del jardín-huerta y del jardín-patio, escabullóse del primero, picoteó y cantó en el segundo, y así que atisbó que se abria el portón de hierro de la calle, patitas y alitas para qué os quiero, se dijo, y salió de paseo.

Nadie se dió cuenta de la escapada. ¿Quién se la iba a dar? Mi esposa, la única que se ha contagiado con mi manía, estaba indispuesta; los sirvientes son algo indiferentes al respecto, y los hijos se solazan con mis preocupaciones pajarísticas. Pero hice yo el recuento de mi hacienda al día siguiente; bramé ante la pérdida de aquel cachafaz que me era simpático, y salimos, a pesquisarlo, mirando jardines colindantes, averiguando, en fin, al vigilante de la esquina, quien, en efecto, me hizo saber que... ¡estaba detenido en la comisaría!

Dadas las condiciones que lo caracterizan, — cachafaz y bohemio, — el hecho se explicaba fácilmente y, acompañado de un amigo, para dar más seriedad al acto, a la comisaría me dirigí y un subcomisario, muy amable, ratificó el dato, y prometió remitirme al detenido, después de amonestarlo, supongo. Poco más tarde, dos agentes entregábanme mi cachafaz, quien, creo, ruboroso y mohino, con la colita entre sus largas piernas, se reintegró al hogar abandonado, en el que sigue comiendo la fresca y bien cortada carne que le sirvo diariamente, y las lombrices que salen de la tierra cuando en ella meto la pala o la azada.

Y la moraleja es ésta: que hemos adelantado mucho en el cariño y respeto hasta para con estos animalitos inferiores, puesto que en vez de destruirlos, apropiárselos o regalarlos, como sucedía antes y sucede aún, la policía los guarda, los cuida y los devuelve a sus dueños. Se acerca, pues, el momento en qué, en nuestro país, como en los Estados Unidos y otros, no sea necesario tener prisioneros a los pájaros y a las aves; en que no haya jaulas ni pajareras, porque ellos vivirán en libertad y anidarán y cantarán en los jardines públicos y privados, en las calles con árboles, en todas partes, como sucede allí.

Para eso nació, entre otras cosas, la *Protectora de Niños, Pájaros y Plantas*, y ya se palpan sus resultados.

EL ZORRO DEL AGUA

Es una especie de garza, — soy ignorantísimo en materia de nombres científicos y aun en vulgares de pájaros y plantas que tanto amo, cuido y cultivo, — de veinte centímetros de alto, cuyo cuerpo está cubierto de un plumaje gris claro que se torna blanco en la parte superior de las patitas, siendo grises las alas y casi negra la chata y vivaz cabeza que termina en un largo pico de color amarillo, en la parte inferior.

Se alimenta como las garzas y los teros, de carne cruda, aunque no desdeña la cocida, ni el pan mojado en sopas o en leche, que prodigamos entre ellos.

Vino a casa en condiciones especiales. Golpearon la puerta; salí yo, y una especie de malevo me saludó, agregando: ¿Es usted el presidente de los pájaros? Me han dicho que usted compra pájaros y toda clase de bichos, y le traigo éste. Por supuesto, ante el desconocido y lindo bicho alado, no pude contenerme y exclamé: ¡qué lindo!

— Y no vale más que dos pesos, — agregó el pillete que lo traía, — porque estoy necesitado.

Preguntéle si estaba sano, y me respondió afirmativamente; mas no quise comprarlo... porque era fin de mes. Sin embargo, no pude resistir y le tomé entre mis manos.

— Este pobre pájaro está herido, — exclamé al notar en mis dedos manchas de sangre. Quizás, señor,— me contestó el bandido, — porque le dí un palo y puede ser que lo haya lastimado... o le haya roto el ala...

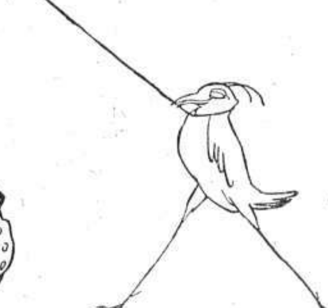
No vacilé más: lo compré. Llamé a mi esposa; le vendamos la herida, previa amputación definitiva del ala: pusimosle árnica y yodo; dimosle de comer... y ahí le tienen ustedes en casi plena libertad convertido en un general Pau, que persigue los ratones como aquél a sus enemigos en las trincheras.

Mi zorro del agua es un filósofo solitario que vive bajo de una planta hermosa, mueve la tierra en que se posa y descansa, duerme, come, observa, se inquieta y sueña para protestar de su estado o prisión o para desmentir la soñada fraternidad y armonía de todos los seres; arremete contra las garzas, teros y gaviotas, cuando de comer se trata, o cuando está, — lo supongo así, — de mal humor.

Mas ya se va domesticando y no dudamos hacer de él un buen cristiano.

MIS CHARRUAS

Enriqueta se llama mi tercer tordo o charrúa. Se ha incorporado recién a mi no rica, pero sí selecta colección de pájaros y de aves, no menos de treinta, que bien gozan de casi completa libertad en mi jardín, bien vuelan, juguetean, cantan y exhiben todas



sus bellezas y bondades, sin excluir sus comentadas picardías contra sus similares, en la amplia pajarera, en el gallinero — una garza blanca, un chajá, una gallineta roja y una gallareta negra; — en dos pajareras portátiles, dos pirinchos, urracas o piriríes y un caburé, y en las sólo tres jaulas que aún, con todo dolor, tengo, dos canarios y el más antiguo de los dos charrúas, cuya habilidad principal consiste en decir «bicho feo» cuando eso se le silba, en prestarse a que le rasquen la cabecita, en hacerse el dormido y en dar un fuerte picotón si se le ofrece el dedo... Enriqueta es pudorosa o huraña. Extrañando la amplitud de la pajarera en que se la alojó después de haber vivido en la diminuta jaula en que la trajeron, metióse en el más obscuro rinconcito de aquélla, y se albergó después en un cajoncito adecuado que está en el fondo de su prisión. Subióse más tarde al piso alto y obscuro, debido a las cortinas que dan sombra y evitan el frío en dicha pajarera. Desde su cielo, atisba lo que sucede en la tierra y, tímida o cautelosamente, baja a picotear la comida que se le lleva. De índole mansa o misantrópica no se mezcla en los gritos ni charlas de sus compañeros, a quienes, no obstante, da los buenos días muy temprano, a las cinco y media o seis en invierno, con su estridente chillido, que parece un llamado o una protesta.

Mi tercer charrúa hace vida más salvaje en la pajarera grande, donde vive en grata comunidad con tres zorzales de pecho blanco, dos palomitas de corbata, dos cardenales, dos cardenillas, dos tordos y dos zorzales negros de pico amarillo, criados por mi hija y por mi nieto primogénito.



Todo ese pequeño mundo se solaza en un espacio de ciento veinticinco metros cúbicos.

«Los pájaros son los auxiliares de la agricultura: protejámoslos», — dice un lema de la Sociedad *Protectora de Niños, Pájaros y Plantas*, fundada en Belgrano, hermoso barrio de la Capital Federal, el 14 de mayo de 1904, y es indudable que la mejor protección para ellos consiste en dejarlos en completa libertad. Para conseguir esto, necesario es no usar jamás las mortíferas hondas con que se los persigue y acosa ahora, ni cazarlos con redes, trampas, pega-pega, cimbras, etc., ni arrojar contra ellos pedradas, con todo lo que se les impide cantar, vivir, pernoctar en los árboles de las plazas y las calles; ni destruir sus nidos que son a veces artísticas obras de paciencia e ingenio; ni consentir que se los mate despiadadamente, sino cuando, por su número y cualidades, se conviertan en nocivos a la agricultura, lo que sucederá raramente, probado como está, que son mayores los beneficios morales y materiales, que los daños que ocasionan, para vivir y perpetuarse. Y en esto no hacen más que imitar a los humanos. Y si nosotros defendemos nuestra vida y libertad, ¿por qué hemos de quitársela a ellos, que son hermanos menores?

J. B. ZUBIAUR.

Dib. de Centurión.

Margarita Carré, en la Cruz Roja

La distinguida artista de la Ópera Cómica de París, Margarita Carré, queriendo servir a su patria, se ha enrolado en la Cruz Roja, y ha organizado un tren-ambulancia, al que son trasladados del frente todos los heridos graves que necesitan ser internados en los hospitales para una pronta curación.

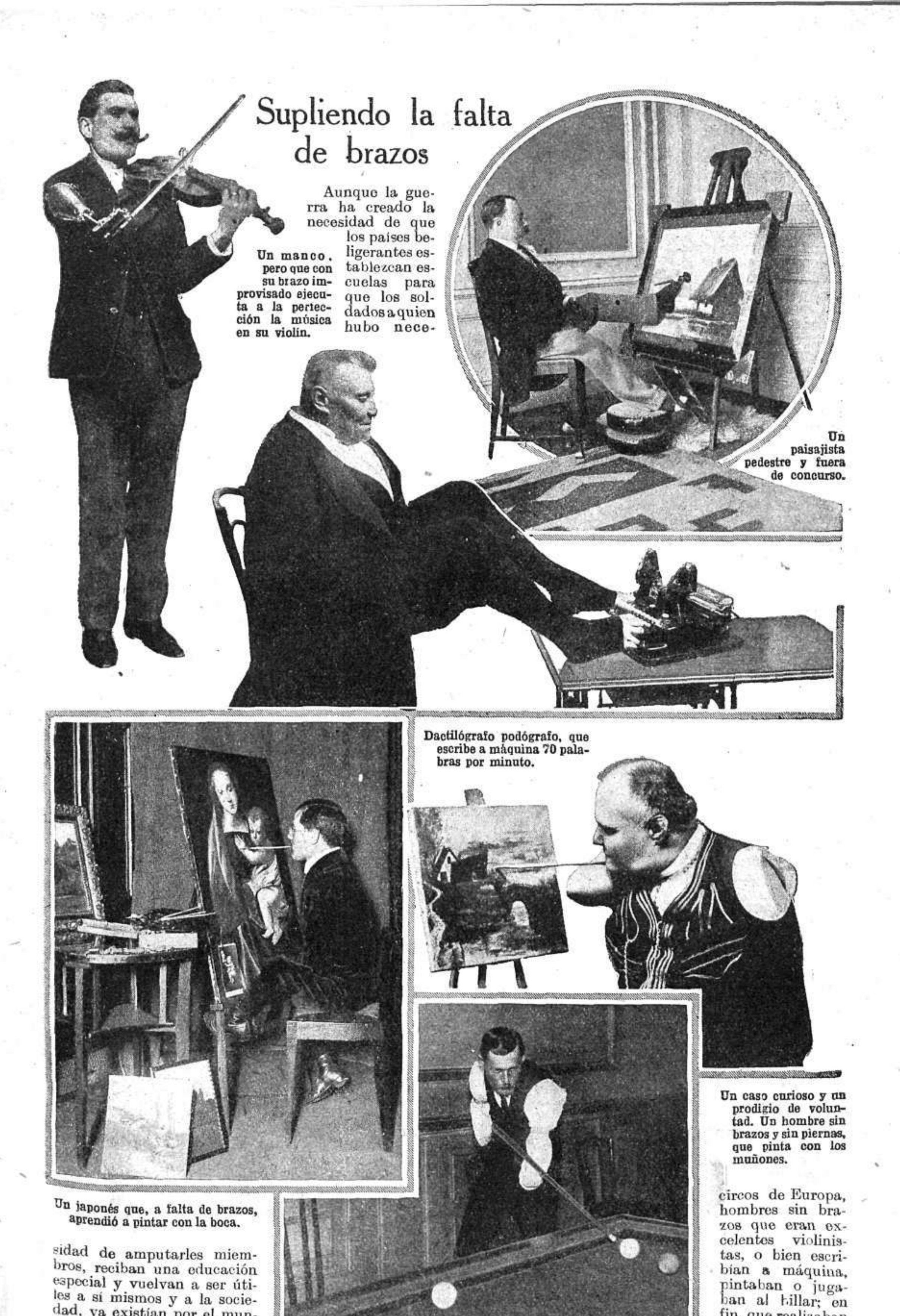
La genial creadora de Melisanda, la dulce heroína del drama de Maeterlink, hace ahora en la realidad, derroche de ternura para con los pobres heridos, siendo una de las más fieles y activas enfermeras.

Madame Carré, es jefe de un tren-ambulancia, el que, debido a sus cuidados, es un modelo de orden y disciplina.



La celebrada cantante de la Opera Cómica de París, en el tren-ambulancia que dirige.

Supliendo la falta de brazos



Un manco, pero que con su brazo improvisado ejecuta a la perfección la música en su violín.

Un paisajista pedestre y fuera de concurso.

Dactilógrafo podógrafo, que escribe a máquina 70 palabras por minuto.

Un caso curioso y un prodigio de voluntad. Un hombre sin brazos y sin piernas, que pinta con los muñones.

Un japonés que, a falta de brazos, aprendió a pintar con la boca.

Un carambolista a fuerza de muñón.

Aunque la guerra ha creado la necesidad de que los países beligerantes establezcan escuelas para que los soldados a quien hubo necesidad de amputarles miembros, reciban una educación especial y vuelvan a ser útiles a sí mismos y a la sociedad, ya existían por el mundo seres que, aunque sin brazos, habían llegado a ingeniarse para suplir su falta; y así se vió por los cabarets y circos de Europa, hombres sin brazos que eran excelentes violinistas, o bien escribían a máquina, pintaban o jugaban al billar; en fin, que realizaban con los pies lo que muchos suelen hacer mal con las manos.

De mi carnet de repórter

El peor enemigo de un repórter es el portero. No hay excepción en esta regla. Se trata de un fenómeno muy difundido, que produce, además, otro de refracción. ¿Me explico? Quiero decir que los repórters profesamos la misma cordial antipatía a los porteros.

Preguntar en casa del más insignificante político: «¿Está el doctor?», es exponerse a la mirada investigadora del fámulo que analiza de pies a cabeza la estética del que se presenta.

— *¿Usted qué quiere?* — suelen interrogar a su vez.

— Como no es posible tener un incidente en cada caso y no es lógico exigir cultura a quienes están obligados a fregar pisos, es necesario parlamentar.

— *Deseo hablar con el doctor dos palabras... Vengo de...*

— *Non me parece qu'estea. En fin, voy a ver... ¿Usted cómo se llama?*

— *Me llamo Rey; pero vea, dígale; mejor que está el repórter del «Ilustrado».*

— *¿Un repostero ilustrado? Ya lo tenemos en casa. Vaya usted con Dios.*

Los celosos peninsulares suelen ser los que más se ajustan a la letra en las órdenes verbales que reciben de sus patrones.

— *Oiga, José* (el 99 % de los porteros y mucamos se llaman José), *si vienen a buscarme, diga que he salido.*

— *Está muy bien.*

Pero se da el caso que el repórter necesita una información cualquiera y llama previamente por teléfono, para ahorrarse el viaje.

— *¿Hablo con la casa del doctor Peñaflor?*

— Sí, señor; dice la voz de la señora.

— *Usted habla con «La Lucha».*

— *¡Ah! Sí; ayer he estado llamando por teléfono y me dijo la empleada que ya se habían ido. A ver si pueden mandar esta tarde misma...*

— *¡Pero, señora! Sin duda usted se confunde. Usted habla con el diario «La Lucha»...*

— *¡Ah! Disculpe, pero también hay una empresa higiénica con el mismo nombre y utilizamos sus servicios porque su dueño es un buen radical, lo mismo que el director de ese diario. ¿Usted quiere hablar con mi marido?*

— *Sí, señora. Me dicen que es candidato a ministro de Relaciones Exteriores.*

— *¡No me diga* (hablando hacia el interior de su casa). *Romualdo... Romualdo... te habla el director de «La Lucha» y dice que tiene una buena noticia que darte.*

Romualdo, que está en el escritorio leyendo los diarios, grita:

— *Decile que estoy en el baño, que lo esperó.*

No importa que el distinguido político no tenga la buena costumbre de bañarse todos los días; pero resulta de efecto hacérselo conocer al director del diario oficial.

Cuando el cronista llega triunfante a la casa, a los cinco minutos de haber tocado el timbre, aparece, malhumorado, el portero.

— *Buenos días,* — suele decir el repórter para endulzar el ceño adusto de su futuro interlocutor.

— *¿A quién busca?*

— *Al doctor Peñaflor...*

— *Ha salido.*

— *¿Cómo? Si hace un momento hablé por teléfono... me contestaron que estaba en el baño.*

— *Yo no sé... el doctor ha salido.*

— *¿Quiere tener la bondad de preguntar a la señora? Con ella he hablado por teléfono.* Vengo del diario «*La Lucha*».

— ¡Ah! Hubiera usté empezado por ahí.

La faz del repórter se ilumina y obedeciendo a un impulso instintivo, avanza.

— *¿Trae usted los recibos?*

— *¿Cómo dice?*

— *Los recibos de la subscripción...*

— *No, hombre; yo vengo a hablar personalmente al doctor Peñaflor.*

— *Lo siento: el doctor ha salido.*

Una palabra más puede dar lugar a incidentes desagradables y es menester optar por una honrosa retirada.

Hay, sin embargo, aunque parezca mentira, porteros más... duros, diré así para usar un término blando.

— *¿Está el señor?* — pregunta a veces el ingenuo cronista y agrega en seguida para que no lo confundan con el cobrador — dígale que es un redactor de «*El Imparcial*».

El portero, hace como si pensara y luego de un momento de pausa, interroga:

— *¿Del «Imparcial?» Voy a ver.*

— Luego de larga espera, reaparece y con una seguridad desconcertante, afirma:

— *Dice el doctor que no está en casa...*

Pero estas son flores. Si llegar hasta un personaje es tarea complicada, no menos difícil resulta la de alejarse de su lado. Así se le haya recomendado premura al repórter, porque la información es de urgencia y debe cerrarse el diario, el político es como un pulpo cuyos tentáculos fueran absorbiendo gota a gota sus energías.

Este ha ido a preguntarle el origen que tiene la versión sobre un «comisario apaleador» en su provincia, según lo ha publicado el diario opositor.

— *Le diré, señor;* — dice repantigándose en la silla. *Esto tiene una historia larga. En las elecciones de 1904, el oficialismo fué derrotado por nosotros. Fué una campaña política llevada con inteligencia. Nos habíamos reunido los hombres de mayor prestigio...*

Una hora más tarde:

— *Aquel gobernador no perdonaba la derrota. Había tocado todos los resortes para vencer y a pesar de ello, el voto popular le había sido adverso...*

A la hora y media:

— *Y ahí tiene, amigo, sintetizada la historia.*

— *Pero... ¿y el comisario apaleador?*

— *Mentiras, amigo. Este comisario votó con nosotros y lo quieren hacer saltar. ¡Pero qué poca perspicacia la suya!*

Entrevistarse con un político en «relache»... ¡He ahí los éxitos del cronista!

Por teléfono:

— *¿Está el doctor León?*

— *Yo soy.*

— *¿Cómo le va, doctor? Habla con el repórter de «La Chacota».*

— *¿Qué dice amigo, periodista? ¿En qué puedo serle útil?*

— *Tengo que verlo, doctor, por ese asunto de la intervención; el diario quiere conocer su manera de pensar.*

— *Con mucho gusto... pero vea, yo iré por el diario... no es necesario que se moleste. Y le escribiré el reportaje.*

— *Me parece muy bien; no se olvide de hacerse preguntas.*

— ¡Oh! Déjelo por mi cuenta. Voy al momento.

....

— Y así sucesivamente... Q. E. I. D.

JOSUÉ A. QUESADA.

Apuntes Gremiales.

Dib. de Petrone.

Los yelmos

Para Caras y Caretas

Antes que estallase la guerra europea, nadie habría ciertamente pensado que los yelmos volverían a usarse entre los combatientes. Estábamos habituados a considerarlos objetos fuera de uso, propios para ser vistos por curiosidad en los museos y nada más. La pregunta — ¿para qué sirven ahora que la muerte llega de improviso desde varios kilómetros de distancia? — era formulada por numerosas personas.

Pero los franceses, después de los primeros meses de la guerra, notaron que el número de heridos en la cabeza era enorme, especialmente los habían producido las astillas de granadas y los cascos de piedra de los proyectiles estallados.

Se ensayaron yelmos rudimentales; se vió inmediatamente que no podían detener las balas que herían en pleno, al menos salvaban la cabeza de los proyectiles que herían en dirección transversal y por los trozos de piedra. Fué necesaria una verdadera lucha para inducir a los soldados a



Casco moderno usado por los franceses e italianos.

Armadura de hombre de armas del siglo xv, particular, existente en el Museo Stibbert, salón de las cabalgatas (Florencia).

Yelmo turco del siglo xvi (Museo Stibbert).

Yelmo de parada con cimera (siglo xvi), del R. Museo Nacional. (Florencia).



tuvieron los yelmos en la antigüedad, cuando la armadura de metal batido, cubría en los tiempos caballerescos el pecho, los costados, las espaldas, descendiendo desde el cuello hasta abajo de los riñones, donde se alargaba de aquí y de allá para dejar libre movimiento a las piernas. Pero poco a poco la coraza fué acortándose. Aquéllas, hechas todas de metal, se adoptaron de un modo general en el siglo XIV. En los dos siglos siguientes la fantasía de los constructores se manifestó de mil maneras, como aparece en la colección de fotografías que publicamos. Entre las ciudades italianas se hizo famosa Milán, que fabricaba corazas excelentes en un local de la calle que todavía hoy se llama de los Armorari (Armeros).

Entre las corazas de parada, es necesario recordar aquellas que tuvieron los carabineros franceses, las cuales estaban recubiertas de una lámina de latón con un escudo de acero en la parte de adelante.

Los zapadores franceses tienen en cambio corazas de acero a prueba de fusil.

Dr. Alfonso Serpi.

Roma, 1917.

Yelmo con dragón y cimera, del siglo XV, que se conserva en el R. Museo Nacional de Florencia.

llevar el casco. Lo mismo sucedió más tarde en Italia. El combatiente poco confiado, tenía casi vergüenza de llevar el casco; pero después la experiencia habló un lenguaje elocuentísimo...

El casco de los modernos guerreros tiene una forma que se aproxima mucho al yelmo con dragón que se conserva en el R. Museo Nacional de Florencia. Si quitáis el dragón, el perfil del yelmo en uso en el siglo XV, de poco se diferencia con el yelmo usado más de cuatro siglos después.

Basta dar una ojeada a las curiosas fotografías que acompañan esta nota, para tener una idea de las variadas y bizarras formas que

Almete francesa repujada, del siglo XVI (Museo Stibbert, Florencia).

Yelmo y máscara japonesa de hierro batido, del siglo XVI (Museo Stibbert).

Casco trabajado por Cesello, artista imitador de Miguel Angel (siglo XVI). (Armería del Palacio Real de Turín).

AL POETA MARTIN CIRES IRIGOYEN.

PASTORELAS

POR

EDUARDO TALERO.



Montañas azules con franjas de hielo,
Rebaños que bordan confines celestes,
Nubes cual vellones en zafir de cielo
Son de la morena Patagonia vestes.

Las tribus más fuertes que hoy forman im-
| perios,
Los pueblos más libres y más sabidores,
Cuidando rebaños sondearon misterios
Y en reyes tornaron sus rudos pastores.

De tantos blasones, las águilas viejas,
Dragones, leones y regios leopardos
Serán abatidos ante las ovejas
Que tornan sus lanas en vendas de nardos.

Loemos, cantemos a las ovejitas
Que en las soledades remotas del Sur
Hilan placideces, cual dulces monjitas
En sus monasterios de nieves y azur.

Buscan insaciadas el azul espacio
Y de Patagonia dominan las cumbres,
Porque en sus pupilas de rubio topacio
Les filtren los cielos sus místicas lumbres.

Son en la aspereza de los grises campos
Notas suaves, blancas de consolación,
Son de los eriales los alegres ampos,
Son del pavoroso silencio canción.

Porque se rediman los hombres impuros
Ellas buscan, buscan su alimento pobre,
Buscan en las zarzas y los pastos duros
Los filtros de gracia: lo amargo y salobre.

Si en los riscos fingen ser constelaciones
Esas heroínas de las soledades,
Es porque a las nubes para sus vellones
Piden el secreto de las suavidades.

Del cósmico fuego son póstumas ascuas
Cubiertas de nieblas y frescor pradial,
Por eso sus carnes son rosa de pascuas,
Por eso es su albura sagrada y ritual.

Para que tengamos fuerzas purpurinas
Hacen el eterno prodigio de amor,
Cuando la amargura de pastos y espinas
Trasmutan en dones de abrigo y vigor.

De la pampa libre son los incensarios
Cuando entre las brasas sus carnes humean,
Y allá nuestros cerros sugieren Calvarios
Cuando de vellones dispersos albean.

Su lana es espuma del rojo torrente
Que riega el abismo de los corazones,
Pañal o mortaja, su lana clemente
Merece ser nido de las religiones.

Su lana es el tibio y amoroso abrazo
Que da a nuestras carnes desnudas el sol,
Su pulpa es arcilla feraz hecha vaso
Del vino en que exprime la luz su arrebol.

Ellas comunican a las cabelleras
Y a las pubescentes pomas de los senos,
El olor a fiebre de las primaveras
Y el olor a azúcar de maduros henos.

Para que nos paguen los tiernos tomillos,
Las gramas, los musgos y el líquen agreste,
Nosotros usamos contra ellas cuchillos
En nombre de un rito piadoso y celeste.

Son esas miradas dagas asesinas
Dirán al mirarnos, las pobres ovejas,
Mientras que nosotros, libras esterlinas
Vemos al mirarlas en las corralejas.

Su sangre es el bíblico vino de razas
Prístinas que vieron la cara a los Dioses,
Sus carnes bendicen y enjoyan las brasas
Que aplacan las iras de genios feroces.

Ellas nos infiltran en la sangre acerba
El sano perfume del vital aliento
Que entre las raíces de la humilde hierba
Dejan al besarse la tierra y el viento.

Hay en sus balidos la trémula pauta
Donde canta el niño su primer afán
Y es de sus balidos la miel de la flauta
Que endulzó los ritmos divinos de Pan.

Cuando sus telares sutiles de plata
Ponen las estrellas entre los rebaños,
La oveja a la luna sus copos desata
Para que la luna los unja en sus baños.

Como tumbas blancas tras las lejanías
Suelen en las lomas verse las manadas...
Mas luego advertimos que esas tumbas frías
Caminan y tienen piadosas miradas.

Entonces las piedras y los arenales
No inspiran nostalgias al mudo viajero
Que en esas pupilas ve los ideales
Amores de su alma con la del Cordero.

Y allá van sacando de las pampas secas
El lirio fragante de las redenciones,
De la luna plata para nuestras ruecas
Y del sol el oro para los toisones.

Allá van — novicias vestidas de olanes —
Mordiendo corolas de lirios silvestres,
Corolas de lirios que allá en los volcanes
Parecen retoños de estrellas terrestres.

Pensémoslas blancas, humildosas, finas
Bajo la negrura de soberbios troncos;
Pensémoslas quietas, masticando espinas
Bajo los rujidos de huracanes broncos.

Y allá van sacando de las nieblas grises
Finura y terneza para su humildad,
Allá van mordiendo dulzores de lises
En los blancos senos de la soledad.

Blancas ovejitas con traje de monjas;
Albas ovejitas de alma sororal,
Con vuestros vellones tejed las esponjas
Que enjuguen las llagas bermejas del mal.

¡Níveas azucenas de la penitencia,
Cándidos crespones de la santa cruz,
Vellocinos áureos de la independencia,
Gasas nebulares de fecunda luz!

¡Nada de soberbias! Sigamos el trote
Lento del rebaño por la soledad,
No es la dura selva sino el dulce brote
Lo que robustece nuestra tierna edad.

Loemos al criollo y al indio y al vasco
Que con mimo crian cada corderillo,
Loemos la nieve que ablanda al peñasco
Y endulza las brisas en el caramillo.

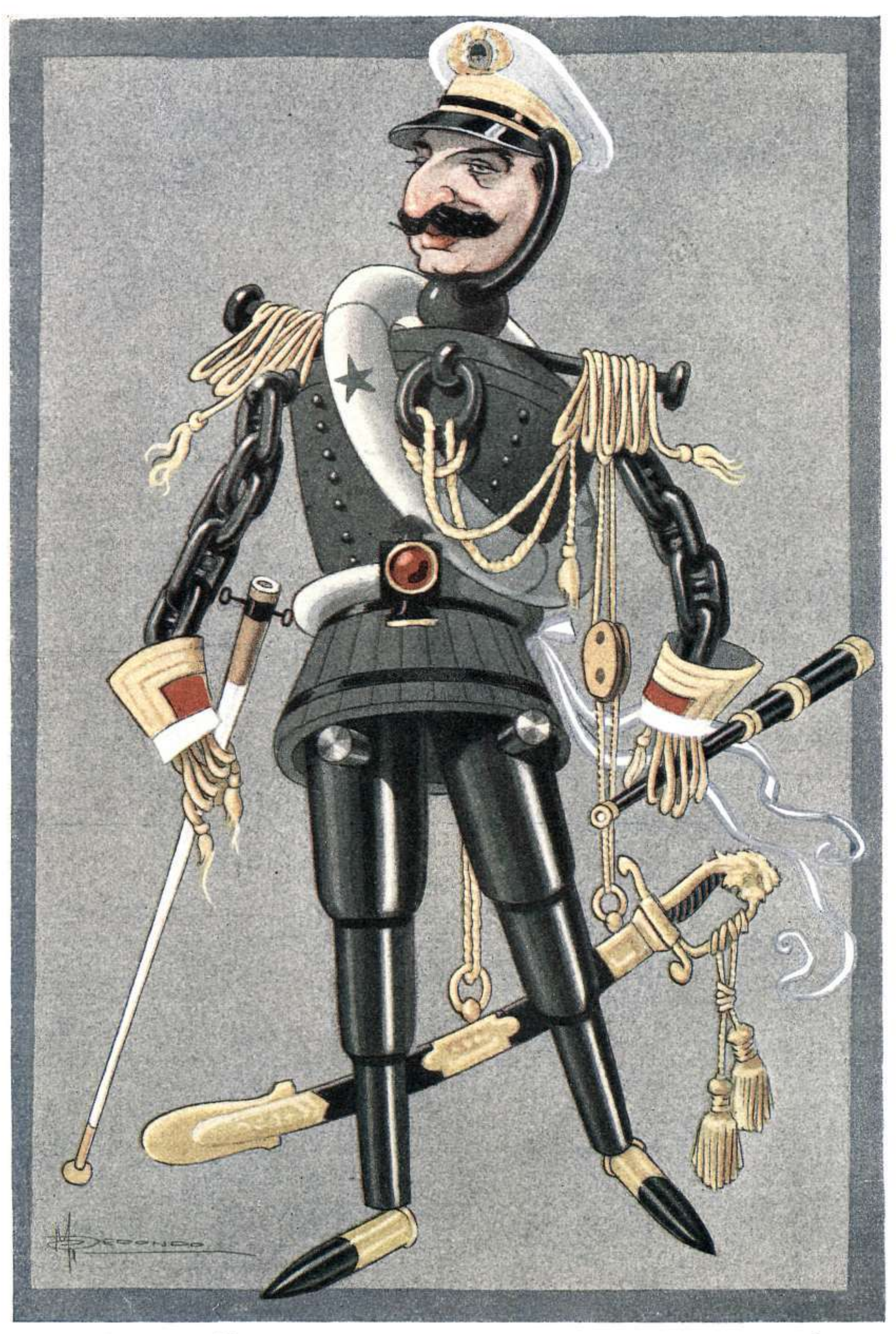
Loemos aquellos pujantes varones
Que abrigos nos bajan de hielos andinos
Para la tibieza de nuestros salones
Y los abandonos de cuerpos divinos.

Loemos los verdes, remotos *mallines*
Y los ventisqueros de la Patagonia
Cuando nuestros labios vapor de jardines
Sientan bajo el beso de senos de Jonia.

Hagamos al cuerpo sentir gratitudes
Cada vez que sienta del abrigo el roce,
Que ame ovejas, prados, pastores y aludes
Cuando allá en los nervios se estremezca el
[goce...

Dib. de Sirio

EL HOMBRE HEROICO



El Ministro de Marina con el uniforme de gran parada, de su invención.

Dib. de Redondo.

"Caras y Caretas" en el frente francés

Por las regiones reconquistadas. — Desenterradores de aldeas



Convoyes pasando por las ruinas de Lassigny, reconquistada.

Recorrer los puntos más importantes de la zona reconquistada por el ejército francés, era cosa que nos tentaba desde hace un tiempo; y la hemos logrado por concesión especial, en obsequio de nuestros lectores argentinos.

Un tren militar nos lleva hasta Compiegne, y aquí el Estado Mayor del Tercer Ejército, que comanda el general Humbert, de quien publicamos en CARAS Y CARETAS una fotografía especial, hace año y medio, — aquí, — decimos, el Estado Mayor nos facilita un automóvil para nuestra jira.

Desde la salida de X... hacia el noroeste, las planicies de tierra gris presentan un aspecto volcánico. Diríase que ríos de lava han arrasado los campos que hoy trata de revivir la primavera. Es como si el infierno principiara en estos contornos, distantes sólo unas pocas decenas de kilómetros de la siempre pomposa y populosa Villa de París.

Para dar una idea de estas visiones, los periodistas y escritores que las han contemplado han formulado todas las metáforas del horror y del espanto. La tierra desgarrada y revuelta se parece a la luna. Es el mar o el desierto; pero un desierto de lodo, un mar sombrío y sólido, de olas detenidas de contornos violentos.

Hasta donde llega la vista todo es deforme y espantoso. Una flor, un arbusto, una ruina, darían algo como una nota alegre... No hay nada sino la tierra calcinada y medrosa, hasta donde, en otro tiempo, se levantaban bellas florestas y existían maravillosos boscajes poéticos.

Pasamos, sin apercibirnos, por los lugares en que estaban emplazadas las aldeas de D... y de P... No queda ni un pedazo de muro. Ninguna línea geométrica y regular se advierte por esta inmensidad caótica de horizontes esfumados.

Sobre este lugar no pasan ni los pájaros. Los cuervos mismos huyen espantados de estos terremotos en cuyas entrañas hay tantos cadáveres. El aire es, sin embargo, extrañamente vivaz. Tiene alas silbantes que sugieren un vuelo de ángeles de muerte. Se queja, amenaza, asusta. Y en verdad, pensamos que el fuego de maldición que lloviera sobre Pentápolis, no debió ser nada comparado con los diluvios de metralla que han caído por acá.

En una de las luchas titánicas que han tenido por escenario esta comarca, decía un combatiente:

— No es posible sin un guía seguro, — de día, — o sin dos guías, — de noche, — recorrer estos campos donde las explosiones cambian constantemente los aspectos. Perderse, extraviarse, es correr a la muerte y al entierro.

Sin embargo, las magníficas tropas de ingeniería francesa han hecho practicables los caminos, con gran premura; y es indudable que las otras tropas laboriosas, — las agrícolas, — realizarán el milagro de la siembra en estos terrenos abonados con tan caro abono...

Saliendo a tierra menos mutilada y doliente, visitamos las ruinas de Jussy. Aquí, por lo menos, se ven ruinas, escombros, restos de otra vida...



Un aspecto volcánico.

Muchas secciones de ingeniería reconstruyen casas y abren calles; y la aldea parece que va resucitando poco a poco, con aspectos lamentables y macabros. Pero las reconstrucciones tienen sello de improvisación, semejante al de los acantonamientos de la inmediata retaguardia. Son casuchas para trogloditas modernos, donde los «peludos» viven su vivir heroico y laborioso de desenterradores de aldeas. Son como tropas arqueológicas las que encontramos por aquí, cual si anduviésemos por el Egipto prehistórico o por la Grecia vieja.

Pero hay vida y movimiento, como lo prueban los convoyes





de víveres y municiones con que nos cruzamos a menudo. Es la vida que trata de volver a estas regiones, en una reacción de bayonetas y granadas!

Más tarde pasamos por Lassigny y por Thiescaut, entre otras poblaciones dolientes.

De Lassigny quedan algunos muros y algunos árboles que aun no echan hojas. De Thiescaut, quedan las ruinas de la iglesia, — como si la fe hubiera sido la más resistente en el cataclismo.

EDUARDO CARRASQUILLA.

Jussy. — Paso de un convoy. — Albañiles militares.

Frente francés, junio, 1917.

Un marinero, que en sus ratos de ocio, se ha hecho bordador.

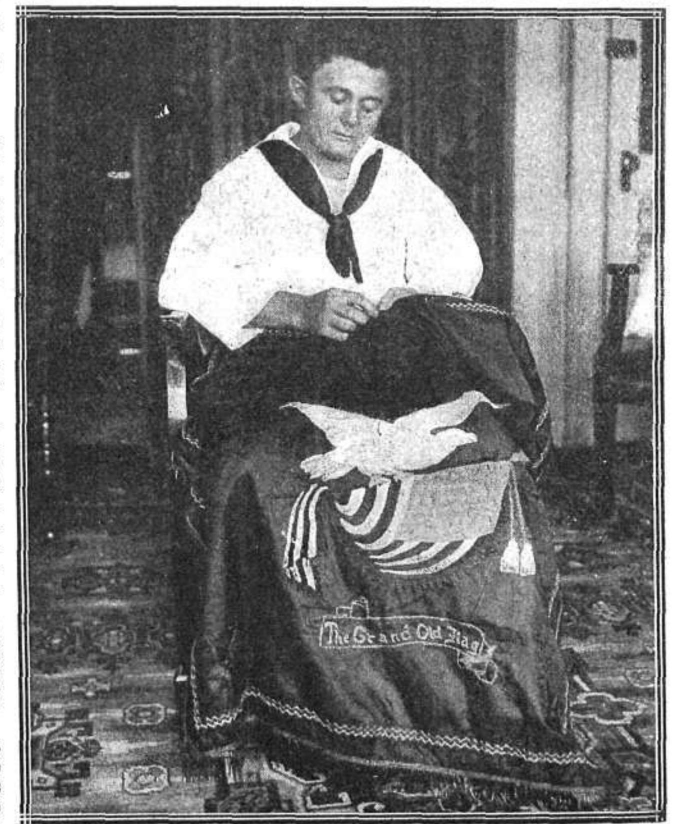
El marinero de la escuadra yanqui en el Océano Pacífico, señor Schunaen, durante su permanencia en Nagasaky, Japón, para distraer sus ocios aprendió de una muchacha japonesa el arte de bordar a la antigua, y lo hace con tal perfección y esmero, que el marinero con su nueva profesión ha encontrado un nuevo método de ganarse la vida.

A su retorno a Norte América presentó varios de sus trabajos, los que fueron muy estimados por sus compatriotas, pues tienen toda la gracia y la perfección de los buenos bordados japoneses.

Las obras presentadas estaban bordadas según el estilo antiguo japonés, trabajo que requiere mucha paciencia y buen gusto, pues, como se sabe, tiene dos fases, y debe ser hecho con un verdadero derroche de color, esto en cuanto a los dibujos, pues respecto de la factura, para ello se requiere que el bordado sea ejecutado con mucha minuciosidad.

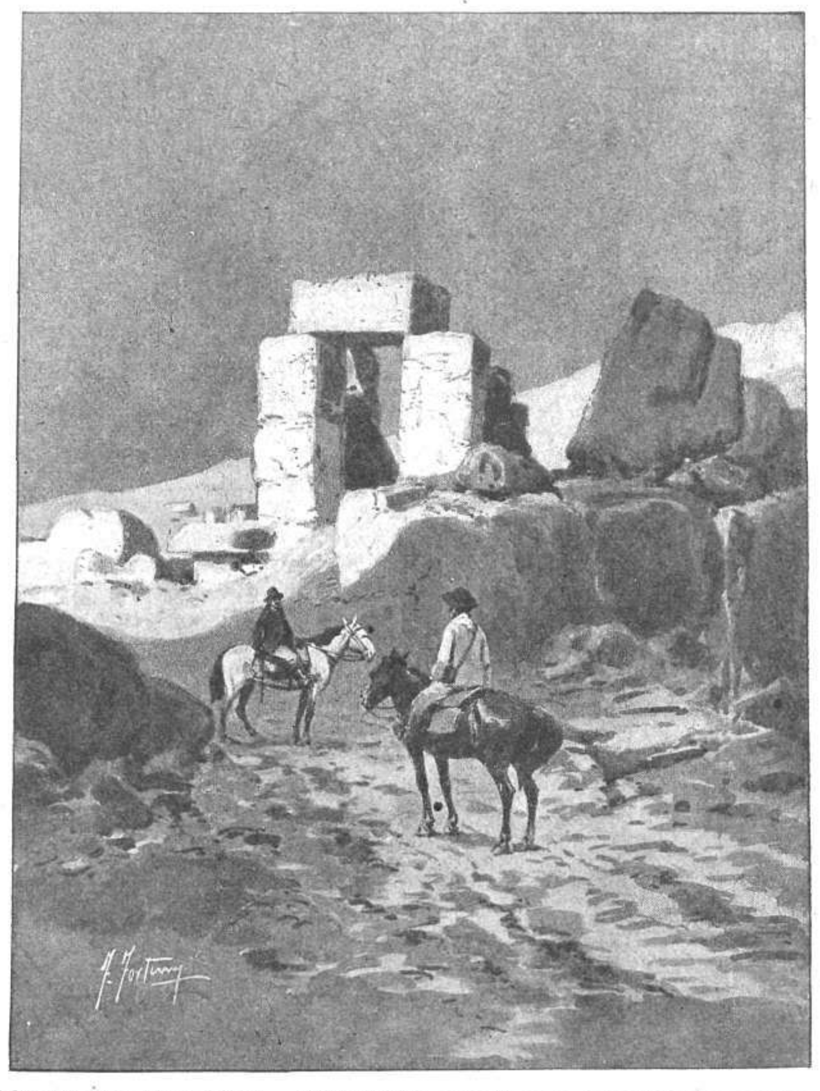
Como es natural, se le encargaron varios trabajos, ganando al primer año 150 pesos oro y al segundo 300. Hoy, casi puede decirse que no puede atender los pedidos que se le hacen, por ser muy numerosos.

Una de sus obras más estimables es una carpeta bordada con las armas de Norte América. Para ese trabajo tiene varias propuestas, pero no desea desprenderse por nada de una labor para él tan estimable.



Un experto bordador, marinero de la marina norteamericana.

LAS PIEDRAS DE AIMOGASTA



Para tomarnos un descanso después de largo viaje, en días de bravos calores, resolvimos pasar la noche en la pequeña aldea de Aimogasta, que quiere decir población de las mieses, y en verdad que lleva bien su nombre, pues la agricultura está gratamente representada, viéndose por doquiera grandes trigales, viñedos y olivares.

Jurisdicción de La Rioja, consérvase allí el recuerdo atroz de las huestes de Facundo, cuyas tropelías se cuentan y pasan de padres a hijos, abundando los relatos de saqueos y sangre derramada de ancianos, mujeres y niños, con detalles horripilantes para enardecer e inculcar a las generaciones presentes y venideras odio profundo a la memoria de injustos mandatarios. Todavía se cantan por los trovadores de esas solitarias regiones las vidalitas que compusiera una de las víctimas de Facundo, el señor José del Morral, que gobernó a La Rioja, allá por el 1829:

« Religión o muerte
dice tu pendón:
tú robas y matas
y es tu religión.

Las arenas mismas
de tu patrio suelo,
ahogadas en sangre,
claman al cielo. »

Pero no todo ha de ser lúgubre, pues hasta en los rincones más apartados de la tierra, el amor tiene también sus cantores y es así como pudimos celebrar algunas vidalitas tiernas y elocuentes, de las que recuerdo ésta, que la ofrezco como ejemplar:

« Dos mariposas blancas
que van volando,
van en busca de flores
de los naranjos,
para tejer con ellas
cordones blancos,
ensartando azahares
de los naranjos. »

Habiéndonos levantado muy temprano, y antes de emprender la nueva jornada, jinetes en nuestras cabalgaduras, dimos un rodeo o vistazo al pueblo de Aimogasta, no porque creyéramos encontrar nada que pudiera impresionarnos e interesarnos, pero sí para llevar un recuerdo de su aspecto urbano, ya que nos había servido de albergue una noche, después de penosas alternativas y zozobras. Al retirarnos, y tomando el sendero vecinal, divisamos un montón de piedras, como restos de edificios indígenas, colocados en direcciones distintas y presentando un conjunto extraño, que de noche seguramente ha de contribuir a fantasear la imaginación; algo así como pircas, distribuídas simétricamente, y supimos que se las llama las «apachetas» y constituían el altar del culto de la Pachamama, antigua deidad de aquellos parajes.

La tradición ha conservado algunas costumbres y usos entre los descendientes de los que rendían homenaje a esa diosa, y aun se ve a algunos viajeros indígenas depositar sobre aquellas piedras, para ellos sagradas, ofrendas o reliquias, a veces hasta coca mascada, y sacan de allí pequeños objetos, «illas», que guardan como amuletos. El espectáculo de esas ruinas, quizás de algún templo, me recordó las piedras que existen en Karnak, en la Bretaña francesa, y que en la época de los galos, antes de la conquista de Julio César, formaban una especie de altar para los sacrificios humanos, que al canto de los bardos y cubiertos de cintas y flores, los druidas ofrecían a su divinidad para aplacar la cólera celeste. ¿Serían también para eso mismo las que contemplábamos en Aimogasta? No es de extrañarlo, desde que en el imperio azteca tenían también la célebre piedra de los sacrificios humanos, sobre la cual se colocaba a la víctima para arrancarle el corazón y colocarlo luego, humeante, al pie del dios sanguinario (Huitzilopochli). ¿No era éste semejante, en tal capricho, al Melkart de los antiguos fenicios?

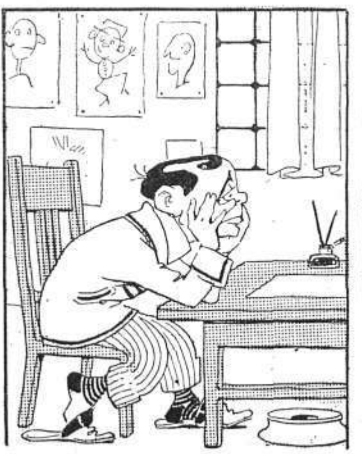
Carlos Alberto Carranza.

Dib. de Fortuny.

Sarrasqueta en el Salón de los humoristas



Sarrasqueta es galantemente invitado, por una humorística comisión de artistas de buen humor, para que exponga sus obras en el Salón de humoristas, a ver si consigue hacer reir.



Pero Sarrasqueta no quiere exponer sus obras a correr peligros, y está muy mal humorado, y por más cosquillas que se hace en la planta de los pies, no consigue atraer el buen humor y no quiere exponerse a despertar el malo del público.



Lo que más le pone de un humor pésimo es hablarle de rectas, curvas, gouaches, óleos y acuarelas, de lo que ya sufre una indigestión, y sólo se alegra algo cuando le hablan de pasteles.



Si le nombran los dibujos al carbón, se pone de un humor muy negro: si a la tinta china, muy fúnebre; y si tiene que hacer uno a todo color, cree estar ya infectado de humor herpético.



Como no tiene guitarra ni castañuelas, que es lo que más despierta el buen humor para poder pintar cosas humorísticas, al primer rato de buen humor irá a comprarlas a un cambalache.



Gastar plata en instrumentos alegres, para hacer reir a los demás, le pone de humor de mil diablos, y aunque ahora está bajo el valor de los marcos, hay que gastar mucho para tantos cuadros.



Ve que el objeto de la exposición humorística es borrar el mal humor que produce en el ánimo público las catástrofes de la guerra, la escasez de azúcar con que endulzar la vida, la falta de pan y de columnas en la Avenida.



Para lo cual pide repartan más programas de la exposición, porque sus cien humorísticos artículos en bilingüe, son el mejor específico para humorizarse alegremente y reir, si se puede.



Y como Sarrasqueta está mal humorado y sin ganas de hacer monos risueños, transmite su invitación al ilustre Cónsul IV, del Zoo, que es el mono más humorista que existe y el que más hace reir en Buenos Aires.

Dib. de Redondo.

Una nueva artista nuestra

La poetisa y bailarina Srta. Dowskavina

¿Sabremos alguna vez cuántas cosas interesantes e insospechadas nos oculta Buenos Aires? Su vida exterior es generalmente, — lógico es que así suceda, — la que primero nos choca y ella se expande en los diarios, los periódicos y el teatro, manifestaciones que aspiran a reflejar fielmente la existencia colectiva, y, sólo por una casualidad, cuando no por deliberada investigación, ha de mostrársenos algún hecho ignorado, alguna persona cuya actividad intelectual o material nos dé una visión distinta o más completa de nuestro pequeño mundo. Aparentemente pudiera creerse en un acontecimiento de excepción, por su falta de antecedentes, de un caso o de un sujeto exótico. Pero no siempre es así, porque si bien, como en el caso que me ocupa, se presenta éste con caracteres que revelan una raíz extraña, se trata de un producto original del medio, muestra primera de un rumbo de la superior cultura, a la que, decididamente, nos encaminamos.



Señorita Lys Dowskavina.

En efecto, hasta ayer no habríamos podido contar con este ejemplar de artista, que se justificaría más en un ambiente ultramarino, ejemplar artístico único aquí, y lleno de pristinos valores. Hablo de Lys Dowskavina, una joven que es un puro y delicioso espíritu de poeta, una alma temblorosa de tantas emociones de belleza como aquilata y de que es rica fuente, al mismo tiempo, una Musa y una sacerdotisa del ritmo.

Poesía y danza son las expresiones de este espíritu, y por ellas trasunta el bello temperamento que, si no es extraordinario, es raro y noble.

No son sus versos el balbuceo poético de la adolescencia, son ya nota de buen gusto y arte refinado, son una cosa dulce, pura, suave, delicadamente emocionada, que hay que leer con una alma pequeñita y fina, muy blanca, mejor si es muy ingenua. Ella dice: «la intensidad de mis emociones no ha sido aún concretada en un solo objeto, sino que se esparce, y, al dividirse, se disminuye». Pero no; hay allí exquisito sentimiento, la aurora y la mañana de una alma de mujer, lista a amar y ser amada, y que se estremece al pensar en ello. Contempla su belleza, su corazón, «abierto en la sombra solitaria», su pensamiento «tembloroso y que no puede aquietarse, errando sobre el horizonte de los eruditos jardines», su boca «orgullosa en su grave desdén». Se sabe «exaltada de ser serena y pura», y se pregunta: «¿Cómo daríais vuestra dulzura futura, vos que habláis de ciencia y de austero saber? ¿Qué aspecto tendrías, oh infantil ser mío, ante la inesperada, la idílica aventura?»

Todo lo presiente; pero su alma todavía está sola. «Se nutre de melancolía y de secreta emoción escuchando, en el parque, las palabras que no son para ella. Llora, víctima de vivo dolor, al soñar en las palabras de amor palpitando en una voz. ¿Acaso, — se dice, — preferiré la altanera desolación de mi estoica, casta y tímida juventud? Y se callan las voces, y cae la tarde como un manto sobre el mudo y tranquilo pueblo de las esta-

Si l'on me disait...

Mes bras qui se tendaient vers d'ardentes visions
Et qui n'ont èprouvé des humaines tendresses
Que le reflet pâli de leurs illusions.

Mes lèvres qu'ont scellées une étrange sagesse,
Mais qui savent si bien le geste qui sourit
Dans la candide joie où s'étend ma jeunesse.

Mon coeur aimant l'automne et son parfum flétri,
Mon coeur épanoui dans l'ombre solitaire
Devant le ciel rempli de regrets et de cris.

Ma pensée fremissant et ne pouvant se taire,
Errant sur l'horizon des érudits jardins,
Ignorant les espoirs par qui l'on desespère...

Et ma bouche orgueuilleuse en son grave dédain...
O pensée exaltée d'etre sereine et pure!
Quel visage auriez-vous, ô mon être enfantin?

Comment donneriez-vous votre douceur future
Vous qui parlez de science et d'austère savoir,
Devant l'inattendue, l'idyllique aventure?

Mais vous seriez craintive et faible sans espoir,
Vous baisseriez le front haussé d'orgueil suprême,
Si l'on disait le mot eblouissant: «Je t'aime!»

Mais il ne sera pas, mon doux rêve éperdu...
Mais il ne viendra pas, le doux Prince inconnu!...

Lys Dowskavina.



En una «pose» de una danza griega.

tuas del jardín». Tiene no obstante esta alma impecable una falta de que reprocharse: de una mirada. La suya y otra, una única vez, al pasar, «se estrecharon como dos manos. Esas miradas eran viviente fuego cruzando sus chispas, ardor que se exaltaba de mutuos esplendores, — dice, — miradas que eran un darse uno al otro. Es el único pecado de su adolescencia; mas por el cual se le reveló la exaltación del universo».

Pero, la poesía no le basta para manifestarse a este ser ardoroso y armonioso. La música la embriaga, la posee, es de ella su esclava: y danza. Expresa así lo que no podría expresar con el verso ni de otro modo. La palabra, que parece ser capaz de traducir toda belleza, no le basta. «Suspiros melodiosos, dolores, gemidos de la música, los ve exhalarse en el ardor divino de una página de Grieg. Su canto ha entrado en su ser, y la herida, como la de un puñal florentino, ha puesto en el fondo de ella misma, el éxtasis fatal. No tiene otra pasión su juventud. Es la sierva de la música, de ese universo tembloroso, es ella el ritmo eterno e inmenso. Y su aspiración suprema es ser una alma danzante, ser aquella que canta y que flamea: expandir así el dolor y volver a dar la alegría; ser un día el secreto de todo destino; el alma melancólica de la tarde, la risa de la mañana; la voz múltiple y tierna de las cosas; la belleza de la vida, y su apoteosis.»

La Dowskavina en la «Danza árabe», de Grieg.

Tal es el ensueño, el ideal que domina a este espíritu de artista. ¿Llegará a realizarlo? Sí. Ya ha triunfado en las primeras pruebas. Sus versos están ahí para demostrarlo, y, no hace mucho, se ha presentado por primera vez ante el público porteño y ha danzado bellamente. La ha elogiado la crítica. Luego se retiró, ha compuesto nuevas danzas, ha concebido nuevas formas, y ha de ofrecer pronto sus gracias jóvenes y su virtud rítmica al público de Montevideo. Ayer en el Odeón, mañana en el Solís, son los primeros pasos en su carrera. Su aspiración es grande: ella quisiera presentar algo desconocido, donde ella volcara toda su sensibilidad, algo tan original y tan nuevo que admirara a las personas de selección. Ha imaginado así danzar poemas, expresar, danzando, el sentido de sus propios versos, los de Verlaine, de Rubén Darío, de Herrera Reissig... No hay que sonreir. Una biznieta de Lamartine, fuerte escritora, poetisa y pintora, madame Valentine de Saint Point, inventó no hace mucho, con repercusión mundial, la «metachorie», las «danzas de ideas» y bailó en París sus «Poemas de amor y de guerra». Pero nuestra Dowskavina quiere, aplicando a su danza música de grandes maestros, traducir, interpretar lo recóndito de ciertas composiciones poéticas. Acaso consiga producir la nueva emoción de belleza que anhela, y, por pequeño que sea su acierto, ya habrá dado un paso adelante en el arte moderno de la danza.

Dowskavina es muy joven. Sus floridos diez y ocho años miran hacia un porvenir lleno de promesas, de goce estético suyo y del público. La artista nos pertenece, si no ha nacido aquí, — es una joven de buena familia francesa de largo tiempo radicada entre nosotros, — aquí se ha formado, su espíritu se abrió aquí a la claridad de la poesía y recibió las primeras enseñanzas de su arte ligero.

Muestras de su joven talento lírico, he ahí dos poemas suyos, un pensamiento sobre la danza, también, y varios retratos en sus caracterizaciones para distintas danzas de su repertorio en que descuellan una «Pastoral griega», de Massenet, una «Danza árabe», de Grieg, y bailes sobre músicas de Chopin, Rubinstein, Schumann. Respeta Dowskavina las leyes clásicas, es una bailarina de escuela, y en ella se buscaría en vano interpretaciones antojadizas de las obras maestras, propias de artistas insinceras e improvisadas, a quienes interesa particularmente el aspecto teatral y la «pose» de danzarinas originales.

Para completar el esbozo de su personalidad, diremos que Dowskavina ha ensayado el periodismo, durante cinco años, en el artículo crítico, la recreación estética y las reflexiones sobre temas actuales. A esta serie pertenece «El jardín de la sensibilidad», que daremos a conocer en las «Páginas literarias.»

EVAR MÉNDEZ.



Los ocios de la guerra

Un sacerdote serbio, que por su ministerio se ve obligado a permanecer en el frente aliado en Salónica, durante el tiempo que le queda libre, distrae sus ocios esculpiendo objetos artísticos que después entrega a la Cruz Roja, para que sean rifados en beneficio de los heridos.

Tal sacerdote llena de un modo ejemplar su misión, y por todos los medios a su alcance socorre a sus compatriotas, esperando con verdadera fe de iluminado el día de la reconstrucción de su patria.

Su bondad es tal, que han llegado a quererle todos los soldados aliados, aunque no pertenecen al rito ortodoxo.

Además, se trata de un artífice, que a pesar de los pobres medios de que puede disponer en las trincheras, sabe improvisarse recuerdos, para hacer obras que los técnicos reputan notables.

Su arte es del más puro estilo bizantino, y su especialidad es hacer copas y cálices, de una belleza encantadora, debido a los motivos decorativos que emplea, que son realmente ornamentales y vistosos.



Reconciliación

por Raúl Doria

La plaza, el parque, a esa hora temprana del día tenía toda la torva característica de los más crudos inviernos. Sobre el suelo barroso de las avenidas y el luminoso verdegay de la hierba en los canteros, los aromos y las tipas corpulentas lloraban rocío melancólicamente. De tarde en tarde desprendíase del ramaje una última hoja seca y llegaba en lentas parábolas a la tierra sin el menor ruido. No osaba profanar la quietud del ambiente el solo canto de un pájaro, ni desafiar la intemperancia el más aleve trasnochador en retirada. Por el contrario, poco después atravesó no lejos, tiritando mal envuelto en un viejo gabán de niño rico, un pobre canillita a recomenzar la lucha y un vigilante lo corrió porque pisaba el sembrado. Luego otros, medio dormidos en los asientos de un tranvía cuyo conductor blasfemaba entre dientes por el dolor de sus manos ateridas; luego otros y los primeros artesanos y empleados a su diaria obligación.

Despertaba la ciudad. Sobre un banco, un desocupado, un bohemio, procurábase un reparo más bien imaginario al frío reinante y miraba la vida, comparando. El afán de parangonar es inherente al desventurado: no se oye decir jamás que el feliz compare su vida con la de los miserables.

Como amasada con la desgracia de todos los que luchan y sufren, de todos los que iban pasando a reemprender la batalla ante sus ojos preñados de tristezas, era su propia vida. Ya no le quedaba a él nada que esperar... Un vencido. Procuró en el mundo lograr su parte en la posible felicidad, tal como la concebían sus anhelos sincerísimos y estrelló su buena fe contra inconmovibles conveniencias. Orgulloso de altivez, de rectitud, quiso llegar a la consecución de un fin honestamente y lo explotaron peor que a un niño, pues que a los niños les queda a lo menos la reputación de inocencia. Blasonando nobleza, todo corazón, ambicionó sobre todas las cosas el amor de una mujer y... ¿la verdad de aquello quién la sabía? Así fué cayendo, — y ahí estaba, habiendo sólo salvado, — quizás para perjuicio — en el derrumbe vertiginoso, la innata distinción que se le adivinaba en la mano fina, en el andar altivo y era como si se le saliera a despecho sobre el raído traje de elegante corte.

Ya no le quedaba a él nada que esperar. No tenía a nadie, puesto que no tenía nada. Amargura... Un dolor inmenso que no le alentaba siquiera la virtud de rebelarse ni le dejaba tampoco la pobreza de alma necesaria para hallar resignación.

— ¡Si muriera, así, inesperadamente!... De todas maneras no dejaría el más insignificante vacío, como tantos. Verdad que no estorbaba, pero tampoco hacía falta, ni mucho menos, bien a nadie Ni lo retenía nada... Ni tenía un cariño... Ni...

Se le confundían las ideas, vencido de cansancio de tanto vagar azarosamente por las calles, y le dominaba el sueño, al amparo de los primeros rayos de sol.

— Sí; debía morir. Para colmo estaba viendo en esa misma plaza, — exponentes de mal gusto, — dos lúgubres cipreses apuntando al cielo como si quisieran enviarle sus preces por los muertos.

Se durmió. Cuando calentó el sol comenzaron a cruzar los transeuntes eternamente apurados de la ciudad; llegaron los lisiados guardianes; después, de todos lados, niñeras de relucientes túnicas y niños, muchos niños.

— ¡Eh! no se puede dormir. Y lo despertaron de un puntapié. Se incorporó, y a tiempo, un astroso chiquillo de ocho años que ya se ganaba la vida se acercó á él como un sarcasmo:

— ¡Le lustro, señor, por cinco!

La plaza, el parque, con el correr y bullicio de los niños tenía toda la alegría de un jardín lleno de flores y de pájaros. Corrían dando al viento risotadas musicales, desgreñadas las rubias melenas, plenas de malicia las pupilas y flotantes los sedeños vestidos como inquieta bandada de mariposas blancas, azules, amarillas. La infantil invasión había desterrado la hosquedad del frío, o más bien, dominado la gris definición de la mañana imponiéndose un nuevo y bien distinto aspecto de alegría con la inapreciable complicidad del sol. Imperaba el lado bueno de la vida. Caricias, sonrisas, inocencia. No imaginaban los chiquillos rivalidades de lucha ni diferencia de clases; eran todos iguales: niños, solamente niños. Unos muy blancos, muy limpios, con abrigadas polainas que rechazaban la baja temperatura y correctas niñeras cargadas de juguetes; otros también muy blancos... pero ni tan limpios ni tan protegidas las ágiles piernitas y librados a su propio cuidado, sin niñeras ni juguetes. Mas, ¿qué importaba? Tenían todos idénticos derechos a los mismos juegos que no eran propiedad de nadie; podían pensar y decirse iguales cosas confundidos en una real y expresiva felicidad, mientras quedaban momentáneamente relegados al olvido insolentes palacios y sucios conventillos.



Por allá rodó uno sobre un arco, por el suelo y ya se insinuaba el lastimero llanto cuando alguien le dijo:

— ¡No! los hombres no lloran — y se contuvo, en triunfo de amor propio.

Una caída... Aun cuando resultara maltrecho podía siempre rehacerse el hombre. De lo más hondo se yerguen las voluntades, inevitablemente.

Hablaban los chiquillos; gritaban, discutían; cada cual observaba o proponía algo. Algunos más grandecitos, más compuestos, mirando a los otros con afectación de personas muy serias, formaban apartadas parejas de *uno* y *una*, como novios. El bohemio los

miraba. Pasó a su lado, volviendo de compras, un provincianito ya más entrado en años, que sin duda extrañado ante el invariable traje negro de todas las vendedoras en las grandes tiendas, le observaba a su acompañante:

—¿Has visto, tía, que aquí en las tiendas sólo «conchaban» a las viudas?...

Se rió la «tía» y hasta el mismo desocupado,— mientras se acercaban dialogando dos preciosas mujercitas que no llegaban juntas ni a doce años. Y porque la hermana mayor de una de ellas, requerida ya por la hora en el diario quehacer de su humilde vivienda resolvió llevársela, para que no llorara abandonando los juguetes, la otra, la rica, le dió un beso y le puso una blanca colombina entre las manos y se volvió corriendo hacia el enjambre de sus compañeras. Pero le impidió llegar la madre que había visto la escena. Una señora joven que la puso en las rodillas y dejó traslucir su infinito amor hacia esa hija y hacia el padre de esa hija en el abrazo contra el corazón y los besos de ternura que fué dejándole en los ojos, en la boca, sobre el pelo...

—¡Hija mía!... Había allí todo el proceso de una vida. Su infancia misma, las caricias de la madre, su amor de novia, su amor de esposa, palpitando y renovándose incesantemente en el cariño a estos seres de inocencia que iban naciendo de su propio ser.

Sí; era el «lado bueno de la vida». El bohemio se vió a sí mismo compañero de una mujer, no aquella del amor perdido, sino alguna como esa, como otra cualquiera, pero que fuese bella y buena como era bella y debía ser buena esta joven madre que estrechaba a su hijo con intensa manifestación de dicha. Y él era feliz. Había en su casa llena de luz, —un apartado «cottage» de sobrio estilo inglés,—floridas enredaderas en la galería y adentro sencillos cuadritos de finas siluetas sobre la tenue tonalidad de las paredes; un mullido sillón para fumar su pipa junto al hogar de recios troncos hechos brasas; uno, dos chiquillos en el suelo destrozando las muñecas y la alba mano cariñosa de su mujer en torno a su cuello, sentada ella en un brazo del mullido sillón y casi juntas las dos cabezas amorosas... Una paz infinita, una dulce serenidad de amor compensando el duro bregar de puertas afuera. Sería feliz, y así la vida era posible...

Posible... en algún «bello país de cinematógrafo!»

Como ante la observación del chiquillo provinciano, de nuevo volvió a reirse, esta vez de su propia y absurda ingenuidad. Pero algo le había hecho ganar la emoción de esa mañana con la alegría de los niños: ya no pensaba en morir.

Y firme, resuelto, sin averiguar a quién se lo debía, comenzó a caminar con rumbo al centro a «buscarse la vida», con quien acababa de iniciar su reconciliación.

1917.



Dib. de Kupfer

Llegada del general Pershing, a Francia.

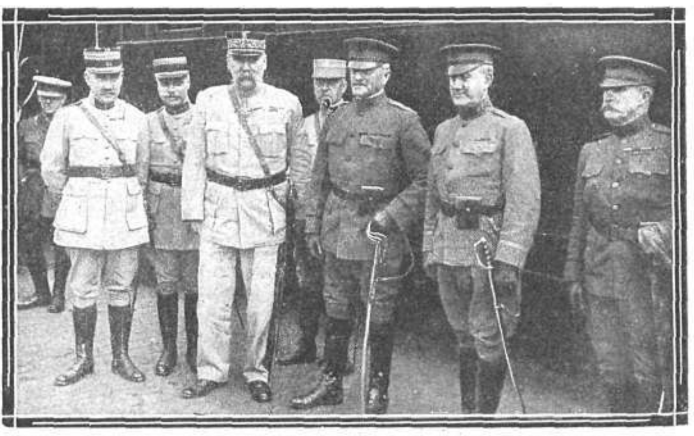


El general Pershing.

Hace ciento cincuenta años, los soldados de Rochambeau y de Lafayette, los marinos de D'Estaing, derramaron su sangre por la independencia norteamericana; ahora, son los soldados norteamericanos los que van a Francia a derramar su sangre en defensa de la Francia misma y de la causa que defiende. Esa confraternidad de armas y de ideales entre las dos más grandes repúblicas del mundo, es un ejemplo reconfortante para todas las democracias, que ven en los soldados del general Pershing nuevos campeones de la causa común a todos. Los manes de Wáshington y de Lincoln les auguran la victoria.

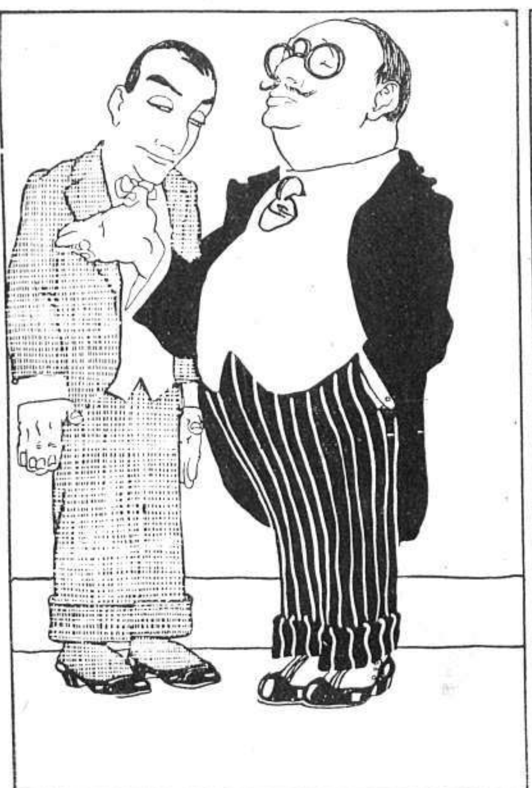


El pueblo de París aclamando al general Pershing, a su llegada a la Estación del Norte.



El general Pershing, a su llegada a Boulogne, recibido por el general Pelletier, representante del Ministro de la Guerra.

Emisión menor



— Doctor, ¿y ese puestito de comisionado?
Cantilo. — Veremos, veremos; todavía no he consultado con Ferreira



Iturraspe. — Usted es el causante de estos escándalos.
Crotto. — No, señor; esos no son mis correligionarios.
Iturraspe. — Tal vez, porque no hablan en cocoliche.



Torino. — Ya he visto que ha protestado usted por los desmanes de la barra.
Melo. — Usted también lo ha hecho.
Torino. — Estábamos en el deber, como radicales.
Melo. — ¡Y como universitarios!



— Nos reunimos como Concejo sin acuerdo de nadie; pero en igual caso están las sociedades recreativas y los centros criollos, y meten ruido.

Dib. de Polimani.

La historia de un mono

Don Antonio — ¡dejémosnos de apellidos! — tiene casa de comercio en la calle Florida.

Es de aquellos cristianos que han nacido con una suerte loca. Hace dinero cuando los demás se funden y revienta de salud en los días precisamente en que todo el mundo pelea con influenzas, colitis, bronquitis y demás calamidades humanas.

Hace cuestión de unos días me pareció triste, molesto, nervioso, con cara de pocos amigos:

— ¿Qué te pasa?... Si tú andas con esa trompa, quiere decir que estamos cerca de algún diluvio universal, de...

— *No tengo* nada absolutamente...

— ¡Cómo nada!... ¡No te reconozco!...

— ¡El Mono no está bien!...

— ¿Tu perro?... ¡Caramba... ¡Bueno, pero la cosa no será para tanto!... Habrá comido como un buey... Una purga...

— ¡Si ya le hice de todo!... ¡Se me va a morir!... ¡Tan cariñoso!...

— ¡Pero... no seas así!... Parece que estás por llorar...

— ¡Y..., amigo... raras veces he llorado en mi vida! Sin embargo...

Público sacando la boleta para consultas médicas, en «La Sarmiento».

— ¡Ni si se tratara de un cristiano!

— *Cuanto más conozco a los hombres, tanto más* quiero a los perros...

— Te agradezco por lo que me toca. Somos amigos viejos y... en fin, no deja de ser un consuelo saber que me pospones a tu perro...

— ¡*Dejate de historias*!...

— Hombre, seas razonable... ¿Por qué no lo llevas a la «Sarmiento»?...

— ¿A la qué?

— Al Hospital para animales.

— ¿Y me lo van a sanar?

— Por lo menos te van a decir qué es lo que tiene, y por lo menos lo harás ver por una persona competente...

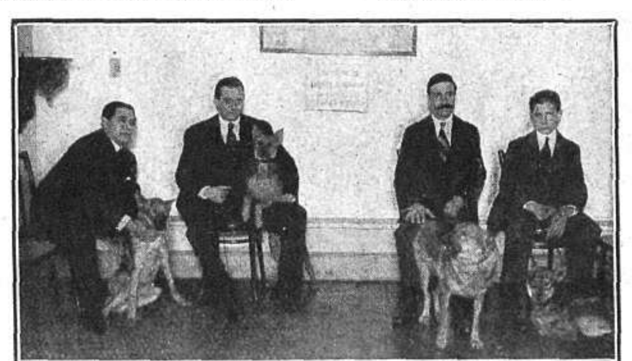
— ¿Y... para llevarlo hasta allá?

— Un automóvil, amigo... No hay otro remedio.

La escena de la despedida fué emocionante. Los de casa besaban y abrazaban al animal, como si partiera para el frente:

— ¡Ay, pobrecito! ¡Monito!... ¡Monito!.. Parece que se da cuenta, ¿verdad?... ¡Pobre!... ¡Sí, sí, Monito, quedate quieto! ¡Te vamos a visitar a la «*Sarmiento*», *no* tengas cuidado!

Tuvimos que cargarlo en coche, a brazos. El animal no estaba acostumbrado y claro, desconfiaba. Cuando Dios quiso, el auto se puso en marcha y el perro, medio asustado... escondió la cabeza debajo de nuestras piernas. Don Antonio vió en esto una especie de desesperación por el hecho de que se alejaba del hogar, pero para mí se trataba sencillamente de un vulgar mareo, debido a falta de costumbre.



Esperando turno.

Creo de haber dicho ya, que se trataba de un perro provinciano, oriundo, si no me equivoco, de Pehuajó.

Con el objeto de confortar al enfermo, don Antonio le prodigaba palabras afectuosas y cariños sin cuento, tanto que a la altura de Lacroze y Cabildo, Mono, algo más despejado, se hizo atrevido y más de una vez creí que iba a tirarse del auto en los esfuerzos que hacía para alcanzar a besarnos.

Llegamos en calle Santiago del Estero al 649, con unas caras que debían ser lustrosas por las caricias de Mono.

Una hilera de autos estacionados delante del Hospital, nos hizo comprender que no era el caso de tener apuro para que nos despacharan pronto. ¡Quién sabe cuántos otros enfermos esperaban desde mucho antes que... nosotros!

Bajo la sonrisita insolente de unos *chauffeurs* ociosos, que contemplaban la escena recostados a la pared del edificio, bajamos a Mono del coche, primero invitándolo suavemente, luego arrastrándolo con dulce violencia por el collar.

Tuvimos que insistir en la violencia porque ese terco animal no quería saber de hospitales. Tal vez pensaba que el Hospital para animales estaba hecho para perros mendigos, indigentes, como los hospitales para hombres.

Pasamos por la administración y, previo pago de los dos pesos de la consulta, nos hicieron entrar en la sala de espera.

Es curioso que ninguno de los perros que están allí ladra o mira de reojo a los que llegan. La mayor parte vienen en canastos de los más diferentes tamaños y acompañados por lo menos por dos personas. Prevalecen los perros de policía de toda edad, y no faltan gatos.

El dolor hace fraternizar a los hombres. ¡Y, efectivamente, así es! Sin conocernos por nada, después de un momentito, los que estábamos allí nos comunicábamos nuestras impresiones:

— Qué lindo perrito... ¿Es suyo?

— Mío...

— ¿Qué tiene?...

— Una espina en la garganta. Yo mismo procuré sacársela; pero, como no he podido conseguirlo, vengo a verlo al veterinario.

— El animal está muy triste...

— Claro, no come...

— Tiene la cola muy baja...

— Pobrecito, no tiene gana de nada. Pero le garanto, que un perro como éste no se *encuentra*... Le prevengo que es purísimo. Hijo de padres importados... Si hubiera tenido que comprarlo me habría costado un dineral... Me lo regalaron...

— Más vale así.

— Le falta la palabra... ¡Hace cosas!... ¡Y luego se dice los animales!... ¿Este?... Sabe la hora que llego en casa y viene a esperarme a la estación... Usted no lo va a creer...

— ¿Cómo no? Si el nuestro también no queda atrás... Todas las mañanas me trae el diario a la cama y no sabe qué hacer...

Me besa, sube sobre la cama, corre como un alocado...

— ¿Y qué tiene? Es lindo animal...

— Ya lo creo... Me han ofrecido doscientos pesos cuando era cachorro...

— Se ve que es bastante puro...

— Tanto como el suyo...

— No... Que... Tengo todos los papeles en forma... No hay comparación...

Antes de que se iniciara una discusión enojosa, un empleado del consultorio llamó los números 15 y 16, es decir, el nuestro y el del perro purísimo.

El doctor León Villa Monte, un simpático señor, que tiene ya sus veinte y pico de años de práctica en clínica veterinaria, atiende al público con una paciencia que no sería capaz de imitar de ninguna manera.

¡Hay que saber lo que es el público que concurre a los consultorios veterinarios!

Considera al médico veterinario poco más que un herrero, refinado al efecto de cobrar honorarios algo más crecidos de los que cobra un vulgar zapatero de caballos.

Ignora que los veterinarios contribuyen con precioso material de preparaciones microscópicas al estudio de las enfermedades que afectan al hombre.

Y hay que ver cómo se sorprenden cuando oyen que a un perro, a un caballo, a un gato, se le recetan las mismas substancias que al hombre:

— ¿Bromuro?... ¿Le da bromuro?... Nosotros también tomamos bromuro, ¿verdad?... ¿Qué raro, eh?

— ¿Y cuándo los operan, les dan cloroformo también como a los cristianos? Morfina... lo mismo que... ¡No lo sabíamos!... ¡Pero!...

¡Ahorrarles un sufrimiento inútil, parece un lujo tratándose de animales!... ¡Pero dejémonos de filosofía!

Un anciano traía, envuelto en un par de frazadas, un perrito faldero, maltés... Los dos, perro y dueño, estaban muy tristes. El viejo evidentemente temía un desenlace fatal, pensaba en la famosa guadaña de la muerte y, para él, no estaba lejano el momento en que habría tenido que separarse de su diminuto compañero y tal vez único. Por lo menos, único verdaderamente fiel.

— ¿Sanará mi perro, doctor?

— ¡Hombre, primero sáquelo de las frazadas, déjemelo ver!

— ¿Pero, sanará?

— Todos lo mismo. Siempre la misma pregunta...

— ¡Pobre Tití! ¡Una monada!... Tantos años que vivimos juntos...

— Debe dejarlo en asistencia.

— Está acostumbrado a tomar leche todas las mañanas.

— Aquí también se le da...

— Pero no será como la que le doy en mi casa...

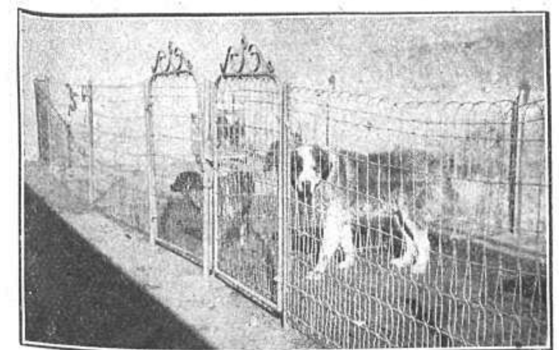
— Sepa usted, señor, que ni usted toma la leche que toman los enfermos de acá... Sepa usted, que el tarro de la leche viene sellado de la Vascongada y que aquí tengo aparatos para conocer si la leche está aguada o no, y usted no los tiene seguramente en su domicilio... ¿Comprende?

El doctor Villa Monte se dirigió hacia el señor que traía el perro con la espina en la garganta.

— ¿Qué tiene su perro?

— No come... Debe tener una espina en la garganta. Debe haber comido pescado.

— Vamos a ver... Este animal tiene la rabia blanca,



Convalecientes tomando aire. El magnífico San Bernardo que se ve en el grabado, pertenece al señor Onelli.



Una parte del pabellón para felinos y caninos.

muda... Hay que sacrificarlo inmediatamente...

— ¡Qué va a tener!... No muerde a nadie...

— No hay que esperar que lo haga... Un perro como éste, que no parece nada más que triste, y está con la boca abierta como si algo lo molestara en la garganta, constituye un peligro terrible. Ustedes, al contrario, tienen miedo de las convulsiones y de los brincos del que sufre de lombrices.

Don Antonio miraba al animal rabioso con ojos azorados, como si el mismo aire pudiera transmitir la enfermedad a su Mono. Hizo más. Por las dudas, cambió de asiento, y se colocó, remolcando al Mono, un par de metros más lejos; todo lo que daba el ambiente.

— ¿Qué tendrá este policía?

Por fin llegó nuestro turno:

— ¿Y éste?... ¿Qué tiene?...

— Usted sabrá, doctor... No come nada. No tiene gana de saltar.

— Colóquenlo aquí arriba. ¡Nada!, un poco de infección intestinal. ¿Va a dejarlo? Es mejor... Pásenlo al Hospital.

En cuanto entramos en el gran salón, flanqueado de jaulas, los pensionistas armaron un alboroto descomunal.

Al ratito entró el doctor Villa Monte, y en voz alta dijo un: — ¡Qué es eso? — que tuvo la virtud de hacer callar a todos los distinguidos huéspedes, que pasaban de cincuenta o sesenta.

— ¡Qué obedientes son!

— Me obedecen en cuanto me ven vestido con el guardapolvo blanco. Si me ven de particular no me obedecen.

— ¡Curioso!... Y diga, doctor, ¿son agradecidos estos animales?

— Bastante. Lo que es notable, es que los perros que regresan al Hospital conocen al personal y le hacen fiestas.

El Mono fué alojado en una preciosa jaula baja, con su patiecito de recreo atrás. Como en los trenes hay camas bajas y altas, así en el Hospital hay jaulas bajas y altas.

Salimos de allí, y don Antonio empezó a repartir propinas y recomendaciones:

— ¡Cuídenlo como un chico!... ¡Luego sabré mi deber!... A más, voy a venir todos los días... ¿El horario?...

— ¿Para visitas?... De 9 a 11 la mañana, y de 4 a 6 la tarde.

Despacio, como si a cada paso fuera dejando trozos de corazón, don Antonio se fué alejando de la sala del Hospital.

Nos metimos en el corredor que da al portón de salida, los dos callados y cabizbajos. Don Antonio subió al auto, dejándose caer pesadamente en el asiento. Yo subí después, y cerré con fuerza la portezuela.

— ¡Florida 300 y pico!

El auto arrancó; pasé un brazo detrás de las espaldas de mi amigo y suspiré, mirándole bien en los ojos, húmedos por la emoción:

— ¡Pobre Mono!

Y es claro que me refería al otro... digo al que había quedado en asistencia.

Dr. A. Vaccari.

Facultad de Agronomía



El doctor Joaquín S. de Anchorena, al tomar posesión del decanato, cargo que le fué transmitido por el decano saliente, doctor Schatz.

Asociación Cristiana de Jóvenes



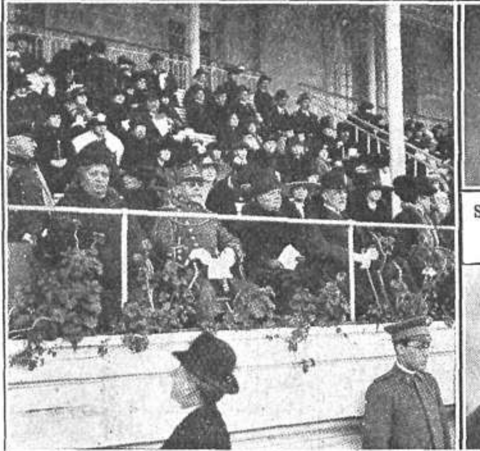
Recepción íntima, celebrada en el local de la Asociación, en honor de los señores Clintor, Galland y C. J. Ewald, fundador este último de la Asociación, en ocasión de su estada en esta capital.

Bodas de plata comerciales



La señora Antonia A. de Escasany, con sus hijos don Ramón y don Manuel Escasany, y una parte del numeroso personal de la «Casa Escasany», después de la hermosa fiesta, celebrada en el «Hotel Carapachay», en ocasión de las bodas de plata comerciales de tan importante establecimiento.

Pro huérfanos de militares



El palco oficial, durante el festival efectuado en la Exposición Rural, a beneficio de los huérfanos militares; asistió el cuerpo diplomático, especialmente invitado.



Señorita Yole Luchina.



Señor Juan B. Luqui.

Necrología



Señor Antonio Lanusse. — Fué director del Banco de la Provincia, diputado y fundador de la firma comercial, Pedro y Antonio Lanusse, de esta plaza. La muerte le sorprende en el cargo de miembro de la comisión arbitral con Estados Unidos.



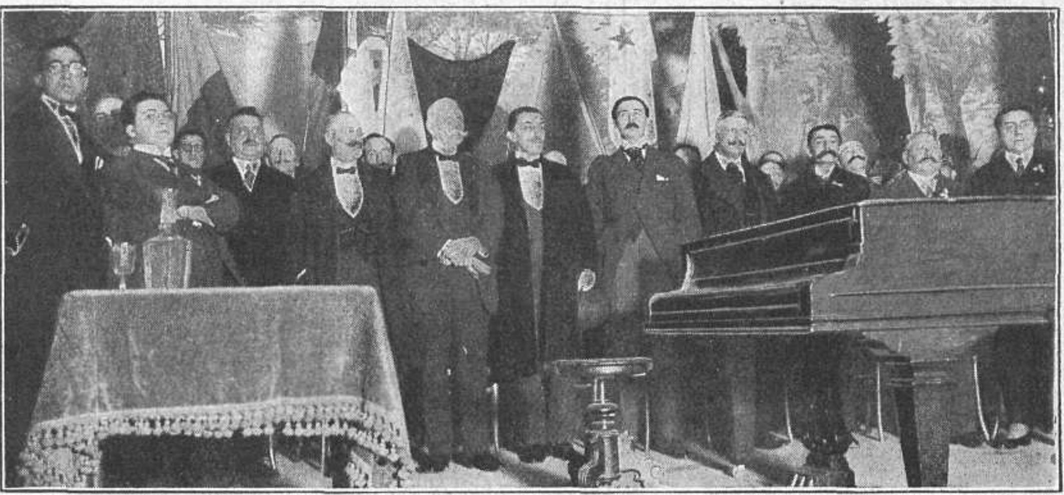
Alejandro R. Dumont. — Por su carácter y acrisolada honradez, gozaba de merecidos prestigios en nuestros círculos mercantiles y sociales, por los servicios consulares prestados a la patria, España, le habia conferido varias condecoraciones.



Señora Matilde Ferrari de Trebino.

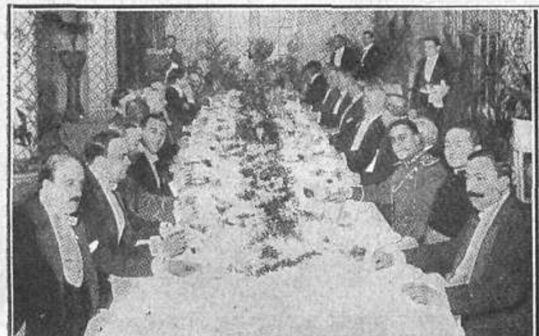
Señorita Evangelina del Carmen Pérez.

Homenaje a Bélgica

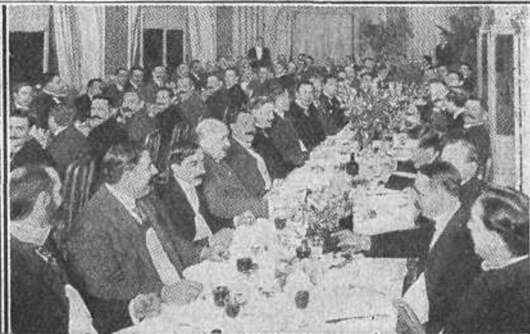


Los ministros de Bélgica, Italia y Francia y ciudadanos de la comisión, en el escenario del salón «Unione e Benevolenza», durante la fiesta popular organizada en honor de Bélgica.

Demostraciones



Comida que ofreció el doctor Villazón, ministro de Bolivia, al doctor Fernando Saguier, con motivo de su designación para representar al P. E. en la transmisión del mando en Bolivia. Asistieron el doctor Luna y altas personalidades políticas.



En la «Confitería del Aguila» fué servida la comida que los condiscípulos y amigos del señor Argentino Lafuente le dedicaron, para festejar sus éxitos como cantante. Ofreció la demostración el doctor Adolfo Rivara.

"Caras y Caretas", en la Exposición de San Francisco



El diploma correspondiente al gran premio y medalla de honor, conferido a «Caras y Caretas» en la Exposicion Universal de San Francisco de California.



Anverso de la medalla de oro.



Reverso de la medalla.



Cosmópolis ha estado de fiesta, a pesar de la persistencia de sus nieblas y chubascos... y durante ocho días, la ciudad ha pretendido protestar de las inclemencias del tiempo, agasajando en toda forma a los representantes de la nación hermana; creíamos perdida, esfumada ya en la penumbra de nuestra tradición, aquella hidalga hospitalidad de nuestra tierra, que supo captarse la sincera amistad de las numerosas personalidades extranjeras que, atraídas por el ambiente del hogar argentino, se vincularon para siempre en nuestra sociedad... y en esta ocasión, pareció reaccionar en medio de nuestra existencia febril, y hasta un tanto... *egoísta*, aquella generosa modalidad, propia de la sociedad de antaño...

Pasadas esas horas fugaces, de bullicio y de alegría, sólo nos queda el comentario, ¡y hay tema para rato!

Con decirles a ustedes, lectoras amigas, que no pude escuchar con el recogimiento debido la plática de un prestigioso orador sagrado, ni dejarme abstraer más tarde, por el interesantísimo programa de uno de los más importantes conciertos de la temporada, gracias a la incesante charla de las elegantes y parleras mundanas que me rodeaban?

— «Lo que puede el *snobismo*» — decía a mi lado una interesante dama que no acostumbra disimular sus impresiones... «Ha habido sinceridad y entusiasmo en las recientes expansiones, pero convengamos en que la moda soberana que rige hoy nuestro destino, dicta sus leyes desde el Norte... Y así hemos visto cómo, personalidades que nos consta pertenecen al núcleo que admira sin restricciones a los adversarios de La Unión, agasajaban calurosamente a los representantes de su armada... Francamente: no estoy de acuerdo con tanta obsequiosidad cuando se han manifestado en reiteradas ocasiones tendencias fundamentalmente opuestas... y es por eso que digo: *lo que puede el snobismo*... debe ser muy difícil, sin embargo, el guardar discretamente el término medio, en ciertas y determinadas situaciones... ya ve usted: la censura social, que ha criticado esa obsequiosidad, ha desaprobado altamente, la intransigencia con que pretendió proceder la suprema autoridad de uno de nuestros más importantes clubs... ¿A qué atenerse entonces?

— Es verdad; ambas actitudes se han prestado al comentario... ¿pero quién puede verse libre de él? No hay que prestar importancia a los cuchicheos de entretelones... lo esencial era que nuestros visitantes se hallaran en un ambiente lleno de sincera cordialidad... No deja de preocuparme, sin embargo, el temor de que la franca y simpática liberalidad de sus maneras, *precipite* la evolución de nuestras prácticas sociales... ¿Se enteraron ustedes, de las invitaciones recibidas por algunas de nuestras jovencitas? Hubo oficial que las instó para tomar el té en el centro, — sin chaperon, se entiende — ... Debió sorprenderles mucho el no ver aceptadas sus invitaciones: pero no dejará de entrañar grave riesgo para nuestra vida social, el que ciertos círculos decreten esta modalidad del «Uncle Sam» como una nota de snobismo, y la adopten con el mismo entusiasmo con que acatan ciertas niñas, los bailes propios de music-hall, y los... *vaporosos* e indiscretos atavíos permitidos a las estrellas de la escena.»

Aquí hubo que dar lugar a las enérgicas protestas de algunas de las mamás, presentes, mientras no faltó quien conviniera en que muchas de las jovencitas de hoy, acatan sólo los consejos de las amigas que se jactan de ser independientes... Hubo quien asegurara que un conocido clubman comentaba en rueda de amigos, que al invitar a una de las más encantadoras jovencitas, concurrente al baile de gala del Colón, pasó un momento de turbación muy explicable; para tomar el talle de su compañera no había más remedio que apoyar la mano, — no cabe otro término, — sobre la aterciopelada espalda de la frágil estatuilla... lo que resolvió hacer, sin que ello causara la menor extrañeza en su derredor...

— Mucho ha dado que decir el famoso baile... resentimientos a granel, puesto que la restricción de invitaciones llegó hasta eliminar a muchas personalidades de primera fila, sin que dejaran de fistrarse «quand-même» muchos elementos que restaron lucimiento a la suntuosa fiesta: todas protestaron contra la mezcla... Habría que convenir, que para una solemnidad de esa clase, resulta estrecho el recinto elegido para un baile que debe asumir extraordinarias proporciones: si se hubiera habilitado la sala del teatro, para realizar en ella la suntuosa fiesta, la comisión organizadora habría podido invitar ampliamente a toda nuestra sociedad distinguida, y se habrían disimulado ciertos elementos poco, o tal vez *demasiado* decorativos, en medio de la legión de hermosas y elegantes mujeres que dan realce con su presencia, a todo acontecimiento mundano: muchas habrían optado por presenciar la fiesta desde los palcos, y entonces hubiera podido servirse la cena que correspondía, en el foyer del teatro: las que no bailamos, y nos privamos de ver la fiesta de temor a la inevitable aglomeración, podíamos haber observado, y criticado, con toda comodidad...

— Puedo asegurarles, que a pesar de hallarme arrinconada, contra la rampa de la escalera, tuve oportunidad de ver y oir criticar la excesiva expresión con que charlaba alguna elegante y distinguida jovencita, con su prometido... esas expansiones en público, son harto indiscretas...»

Viendo que me era imposible prescindir de aquella charla que dominaba las más delicadas frases de Massenet y de Duparc, pregunté resignadamente: ¿pero no había nada digno de elogio, en fiesta tan concurrida? ¿Supongo, que se podría admirar a alguna de las figuras femeninas que asistieron a ella?

— «Qué duda cabe. Luché, por conservar el lugarcito al lado de la rampa de la escalera, para poder ver el desfile del cortejo de honor, y ese fué en realidad, un espectáculo soberbio: se destacaba en aquel brillante núcleo, la aristocrática figura de Elisa Alvear de Bosch, que vestía traje y manto de lama de plata y tul, combinación que evocaba las maravillas legendarias de los trajes con que vistiera la tradición a las luminosas figuras de las hadas... soberbia diadema de brillantes completaba la suntuosidad de su atavío; luego, la delicada belleza de Enriqueta Salas Martínez de Anchorena, realzada por elegantísimo traje negro, y los sombríos y airosos «Paradis» que adornaban su peinado: a su lado, Inés González Guerrico de Sastre, luciendo elegantísimo y rico vestido de lama de plata, adornado únicamente, por una nívea flor de loto: la sobria sencillez de su peinado liso, sin joyas ni penachos, hacía destacarse sus delicados rasgos, con el solo y poderoso encanto, de la gracia y de la juventud. Victoria Ocampo de Estrada, era la regia figura que encarnaba toda la arrogancia de la belleza criolla: entre las más lindas, María Correa Morales de Saguier, Magdalena Bengolea de Sánchez Elía, y Josefina Soto de Udaondo: entre las más elegantes, Agustina Constanzó de Malaver, Mercedes Pirovano de Rodríguez, Mercedes Elizalde de Blaquier...

¿Y entre las niñas?

— Las señoritas de Salas Martínez y de Peña Unzué, fueron las más admiradas: luego, conquistaba entusiastas homenajes la deliciosa juventud de María Teresa Alvarez Calderón, de las señoritas de Flores Pirán, y de Lagos García...

La dama duende.

ENVOI DE ROSES...

Les fleurs dans cette vie, vont dire toujours
Aux ames, ce qu'on voudrait leur dire,
Elles cachent dans leurs pétales "L'amour"
Et bien des fois: De lourds soupirs..
Ce sont toujours des fleurs quand la jeunesse
A senti la douce emotion du coeur...
Helas! quand c'est l'adieu et la détresse
Ce sont toujours des fleurs... des fleurs.

CARLOS MORLA LYNCH.

Santiago de Chile.

EL ASUNTO DEL CABO RODRIGUEZ

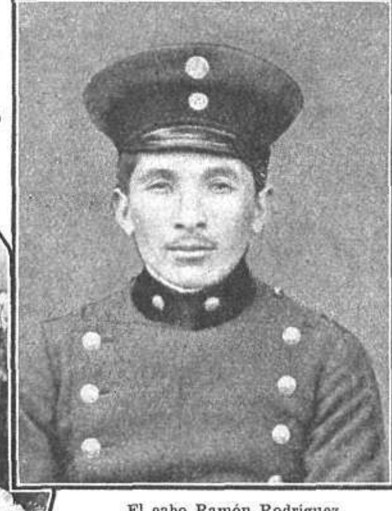
La muerte del ex cabo Rodríguez ha impresionado hondamente a la opinión por la forma en que se supone ha acaecido; pero es de esperar que la justicia aclare este asunto para condenar a los culpables, o disipar la mala atmósfera que se ha hecho a su alrededor.

El hecho incriminado se denunció a los diputados Zaccagnini y Bunge por un amigo de la víctima, el señor Laite, y éstos, acompañados del doctor Alfredo Spinetto, se trasladaron al cuartel y a casa de la viuda de Rodríguez, y después de confirmarse en sus sospechas, iniciaron una investigación para conocer en la forma en que tuvo lugar el fallecimiento del cabo Rodríguez.

Después del examen médico realizado por los doctores Arana, Caballero, Dickmann y Spinetto, se levantó un acta haciendo constar que la muerte del cabo no obedeció a causas naturales; esto es lo que debe aclarar la justicia, y suponemos que el mismo Ministro de la Guerra ayudará a ello para satisfacer a la opinión pública.

La señora Rosa Batmoski, viuda del ex cabo Rodríguez, ha entablado querella criminal, por intermedio del doctor Mario Bravo, para que el juez del crimen esclarezca las causas que motivaron la muerte de su esposo.

Pocos días más, y se pondrá en claro lo que haya de cierto en tal asunto, que tanto ha dado que hablar a los diarios, y que ha preocupado de veras a los poderes públicos, dándose así satisfacción a la sociedad, por hechos que, de ser ciertos, serían reprobables.



El cabo Ramón Rodríguez.



Señora Rosa Batmoski, esposa de la víctima.



El chauffeur Félix J. Laite, amigo del cabo Rodríguez, que comunicó sus sospechas a los diputados socialistas.



Doctor Mario Bravo.



Doctor Alfredo L. Spinetto.



Doctor Augusto Bunge.



Señor Antonio Zaccagnini.



Doctor Adolfo Dickmann.

De Rosario



Fiesta suiza, conmemorativa del aniversario de la Confederación Helvética. Apadrinada por la señora del cónsul, señor Reitman, y el señor San Martín, fué bendecida la bandera de la sociedad.



La banda municipal de Buenos Aires, durante el concierto que dió en la plaza 25 de Mayo, ante la municipalidad, en honor del intendente.



Precioso aspecto que presentaba el comedor donde tomaron el «chocolate» ofrecido por el señor Luis Delfino a los 800 alumnos de la escuela superior alterna de niños «General Belgrano».

De Montevideo



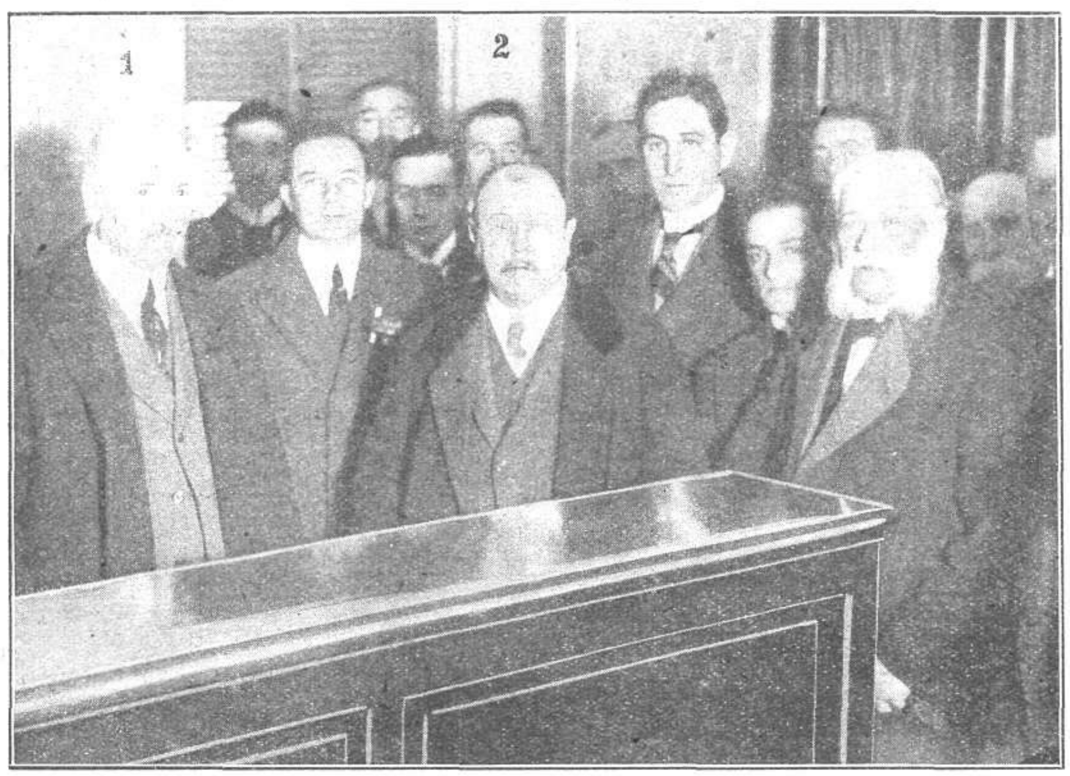
La señora Sofía Platero de Idiarte Borda, con parte de los concurrentes al espléndido baile en el cual fué presentada en sociedad su hija Margarita.



Julio Dubont, primer maquinista; Francisco San Marcos, primer capitán, y José Munes Castillo, segundo capitán; náufragos del vapor «Lapa», brasileño, hundido por un submarino alemán.


REFINERIA DE ACEITES
PUROS DE OLIVA
BAU
CALIDAD EXTRA-FINA
IMPORTADORES EXCLUSIVOS
PARA LA REPUBLICA ARGENTINA
FREIXAS y Cª Buenos Aires

Intervención de la provincia



El comisionado, señor José Augusto Otamendi (1), y el secretario, doctor Severo Soria, en el acto de hacerse cargo de la municipalidad de Quilmes.

Enlaces




Fierro-Gómez — Rosario. Tiscornia-Quintana — Rosario.



AVELLANEDA. — Los novios Pardini-Arroyuelo y asistentes a la ceremonia del enlace.






Mittino-García — Rufino. Velurta-García — General Villegas.



Spinetta-Semino — Paz. Luques-Rozzolo — Cruz del Eje.



ROSARIO. — Fiesta que se celebró con motivo del enlace de la señorita María Esther Chiodi, con el doctor José M. Cafferatta.

Juan Sebastián de Elcano

El insigne navegante y descubridor español que dió antes que nadie la vuelta al mundo, nació en Guetaria, Guipúzcua, el 1476. Marino desde la niñez, tomó parte en la expedición al Africa, que organizó el Cardenal Cisneros, mandando una nave de 200 toneladas, prestando señalados servicios.

Con el cargo de contramaestre en la nao *Concepción*, partió a las órdenes de Magallanes, en busca de un camino que permitiese llegar a las Indias por Occidente. Cinco eran los barcos que componían la escuadra: la que el día 27 de septiembre de 1519 zarpó del puerto de Sanlucar de Barrameda. *La Trinidad*, mandada por Magallanes; *La Concepción, La San Antonio, La Victoria* y *La Santiago*, mandadas, respectivamente, por Gaspar de Quesada, Juan de Cartagena, Luis Mendoza y Juan Serrano; siendo 237 hombres los individuos que componían la tripulación de toda la armada. Sin novedad atravesaron el Atlántico y llegaron al golfo de San Julián en la Costa Patagónica el 31 de marzo de 1520; allí invernaron, después de grandes peripecias, en las que se perdió la nao *Santiago*, y desertó sublevada la *San Antonio*, pasó la escuadra el estrecho al que Magallanes dió su nombre, penetrando en el Pacífico el 27 de noviembre de 1520. Siguiendo viaje descubrieron las islas Marianas y las Filipinas, en donde pereció el insigne portugués en un combate con los indígenas. Muerto también Duarte de Mendoza, que había sucedido en el mando a Magallanes, así como el capitán de la *Victoria*, tomó Elcano el mando de esta nao y de la escuadra, reducida ya a sólo dos naves y 115 hombres, pues la *Concepción* hubo de ser quemada por inútil.

Elcano dirigió el rumbo hacia las Molucas, pasando por Joló, Siam y otros parajes hasta entonces desconocidos. La *Trinidad* se hallaba en tan mal estado que debió ser dejada en las Molucas. Sólo ya con la *Victoria* y 50 hombres, navegó cinco meses por los mares índicos, sorteando temporales y los buques portugueses, enemigos a la sazón; dobló el cabo de Buena Esperanza, el 19 de mayo de 1522, y después de tres años de navegación en los que recorrió 14.000 leguas, divisó tierra española el 4 de septiembre y el 8 de dicho mes del 1522 entró en Sanlucar de Barrameda, rindiendo viaje los primeros hombres que dieron la vuelta al mundo. De los 237 que salieron volvían 18, flacos, extenuados, los cuales se dirigieron en solemne procesión a las iglesias de Nuestra Señora de la Victoria y de la Antigua, cumpliendo el voto que hicieran en la travesía.

El emperador Carlos V premió al intrépido navegante con varios privilegios y le concedió el uso de un escudo de armas especial, en el que figura un globo terráqueo con esta inscripción: *Primus circundisti me.* Fué comisionado por el emperador para arreglar con los delegados del rey de Portugal diferencias de límites en la línea demarcada por el Papa Alejandro VI. Organizada una segunda expedición a las Molucas, fué nombrado segundo jefe de ella y el 24 de julio de 1525 salieron de La Coruña 7 naves con 700 marinos, rumbo al estrecho de Magallanes.

El 20 de octubre un temporal separó las naves; Loaisa, el jefe, desapareció con la *Santa María de la Victoria* y otras dos naos, quedando sólo Elcano con cuatro buques, tratando de pasar el estrecho de Magallanes, sin conseguirlo, a causa de las tempestades: en ellas perdió la *Sancti Spiritus*, lo que le obligó a trasladarse a la *Anunciada*. Otra tormenta empujó a la *San Lesmes* con dirección al Sur, llegando hasta el *acabamiento de la tierra*. Habían descubierto el cabo de Hornos. En 24 de enero de 1526 se encontraron Loaisa y Elcano, y éste se transbordó a la *Santa María de la Victoria*, y después de cincuenta y un días de grandes trabajos pudieron embocar el Pacífico, donde les persiguieron las tempestades.

Enfermó Elcano, y temiendo el fin, hizo testamento ante Iñigo Artés de Perea; mientras esto ocurría, murió Loaisa; Elcano se hizo cargo del mando, que no ejerció más que cinco días, pues el 4 de agosto de 1526 falleció, y su cuerpo, tras breves murmullos de rezos, fué arrojado al agua; tales fueron los funerales y entierro del primer marino que dió la vuelta al mundo.





N.° 104 bis, completo, $ 395.- CEDRO CAOBA

N.° 104 bis. — DORMITORIO REFORM, en cedro caoba, con **bronces.** Ropero de desarme, con 3 lunas. Cama de matrimonio. Cómoda, toilette, mesa de luz, 1 silla de estilo .... $ **395**

N.° 104. — Modelo para una persona, $ **225**

Con lavatorio o con toilette......... ,, **210**

SECCION PEDIDOS PARA EL CAMPO

Catálogo gratis, C. C.

CORRIENTES, 1145 FUNDADA EN EL 1853 **CORRIENTES, 1145**

COMPRAR NUESTROS MUEBLES ES REALIZAR UNA ECONOMIA BIEN ENTENDIDA




Señora Carlota I. de Juliani — Venado Tuerto.

Señora Carmen C. de Crisco — Capital.

Señorita Evelina Marraccini — La Plata.




Señorita Dora F. de la Fuente — Rosario.

Señorita Magdalena Lacroix — Ayacucho

Señorita Carmen Emmanuelli - Lomas de Zamora.





Señora Encarnación G. de Brihuega — Rosario.

Señor Ignacio Zubillaga — Olavarría.

Señor Pedro Gusmerini — Paz.



VILLAGUAY. — Placa colocada en la tumba del señor Ergasto. Montiel; homenaje de sus amigos.



Placa que los compañeros de estudios del Colegio Nacional de Paraná dedican a la memoria del joven Ergasto Montiel.

DICE JESS WILLARD, CAMPEON MUNDIAL DEL PUGILATO, TOMEN "HIERRO NUXADO"

"Si quieren tener abundancia de Fuerza, Resistencia, Salud y Músculos como yo tengo."

Un Secreto inédito hasta ahora de sus Grandes Victorias sobre Jack Johnson y Frank Moran.

Hierro Nuxado ordinario acrecienta a menudo las fuerzas y resistencia de personas delicadas, nerviosas, en un 200 por ciento en el término de dos semanas.

La abundancia de hierro en mi sangre es lo que yo considero el secreto de mi gran fuerza, vigor y resistencia. — JESS WILLARD.

NOTA ESPECIAL. — El doctor Bourgey, de París, que ha efectuado extensos estudios tanto en Europa como en América, ha sido comisionado especialmente para hacer una completa investigación acerca del verdadero secreto de la gran fuerza, vigor y resistencia de Jess Willard, y el valor prodigioso del hierro nuxado como constructor de energías.

NUEVA YORK.— Durante una entrevista en su habitación del Hotel Colonial, dijo Mr. Willard: «Así es; tengo un químico conmigo para estudiar el valor de los distintos alimentos y productos y su virtud para producir aquella fuerza y resistencia que tanto se necesitan en la arena pugilística. Por recomendación suya he tomado hierro nuxado con frecuencia y he abogado particularmente por el libre uso de hierro en todos los que quieran obtener gran energía física y mental. Seguro estoy de que sin esto nunca hubiera podido derrotar a Jack Johnson de la manera tan completa y fácil que lo hice, y mientras me ponía en condición para mi combate con Frank Moran tomé regularmente hierro nuxado, y estoy seguro de que fué factor importantísimo en aquel fácil triunfo mío». A continuación, dijo el doctor Bourgey: «El caso de Mr. Willard es sólo uno de centenares que yo podría citar por experiencia personal, demostrando conclusivamente la asombrosa virtud del hierro nuxado para restaurar fuerzas y vitalidad, aun en las condiciones crónicas más complicadas.»

« No hace mucho tiempo me visitó un individuo de casi medio siglo de edad, con el fin de que lo sometiera a un examen, porque deseaba asegurarse la vida, y cuál no sería mi sorpresa al descubrir que su presión de sangre era igual a la de un muchacho de 20 años y que estaba tan lleno de vigor, potencia y vitalidad como un hombre en plena juventud; para mejor decir, el hombre a que me refiero, era en realidad un joven a pesar de sus 50 años. Al interrogarlo sobre este hecho tan extraordinario, me confió su secreto: «Tomando hierro», me dijo, «hierro nuxado me ha llenado de nueva vida. A los 30 años me encontraba en mala salud; a los 46 angustiado y cansado de vivir y ahora a los 50, después de tomar hierro nuxado, un milagro de vitalidad y con mi fisonomía radiante de salud». Como ya he dicho más de un centenar de veces, hierro es el más poderoso de todos los reconstituyentes. Si el público se decidiese a abandonar las medicinas de patente y composiciones nauseabundas y a tomar en su lugar hierro nuxado, tengo el convencimiento de que miles de personas que mueren todos los años de pulmonía, la grippe, tuberculosis y enfermedades de los riñones, hígado y el corazón podrían ser salvadas. La causa real y verdadera del origen de estas enfermedades fué ni más ni menos que una condición debilitada del organismo por falta de hierro en la sangre. Hierro en cantidad suficiente es absolutamente necesario para poner a la sangre en condiciones de llevar a cabo la indispensable transformación y asimilación de los alimentos. Careciendo la sangre de hierro, no importa lo que se coma ni lo mucho que se coma, los alimentos sólo pasan a través del individuo sin dejar huella, sin hacer bien. No se deriva de ellos la vitalidad nenesaria y en consecuencia la persona se debilita, palidece y enferma, exactamente igual que le sucede a una planta que está tratando de crecer en un terreno deficiente en hierro. Si usted, estimado lector, no se siente bien y fuerte, debe someterse en el acto a la siguiente prueba: Vea primero qué distancia puede caminar sin cansarse; tome después dos comprimidos o pastillas de hierro nuxado tres veces al día durante dos semanas; pruebe entonces nuevamente sus fuerzas y poder de resistencia y vea por sí mismo si ha ganado o no. He visto infinidad de personas nerviosas, anémicas y faltas de energía, siempre con alguna dolencia, duplicar sus fuerzas y poder de resistencia y librarse por completo de síntomas de dispepsia, desarreglos del hígado y otros malestares en un período de 10 a 14 días, simplemente tomando hierro en la debida forma; y esto después de haber estado tomando medicinas por muchos meses sin derivar beneficio. Pero debe tenerse cuidado de no tomar hierro concentrado o tintura de hierro, por aquello de economizar algunos centavos, sino que se debe tomar en forma que pueda ser absorbido y asimilado con facilidad, como el hierro nuxado, si es que se quiere derivar beneficio, pues en otra forma puede hacer más mal que bien. Más de un atleta y campeón norteamericano ha ganado sus laureles porque reconociendo el secreto de la fuerza y poder de resistencia ha provisto su sangre de suficiente cantidad de hierro.» — (Firmado): Bourgey, Doctor en Medicina.

NOTA. — El hierro nuxado que recomienda más arriba el doctor Bourgey, no es una medicina patentada ni un remedio secreto, sino que en Francia y Estados Unidos es bien conocido de los señores farmacéuticos y recetado por los médicos. Es asimilado con facilidad, no ennegrece la dentadura ni revuelve el estómago y es un remedio poderoso en casi todas las formas de indigestión, nerviosidad, anemia, desarreglos del hígado, pobreza de sangre y otras enfermedades. Se vende en las principales farmacias y droguerías.

Unico importador: Luis F. Milanta, Moreno, 927, Buenos Aires.

Lotería Nacional

Agosto 17, de $ 100.000. Billete, $ 21; quinto, $ 4.20
» 17 » » 120.000. Combinación, $ 27 m/n.
» 14 » » 20.000. Billete, $ 5; quinto, $ 1.—
Añádase a cada pedido, $ 1 m/n. Giros y órdenes, a:

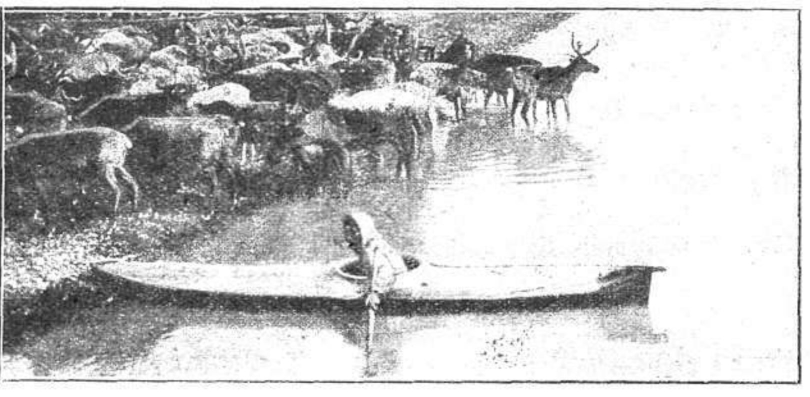
BELLIZZI Hnos., Chacabuco, 131. Bs. As.



SUS CANAS desaparecen en pocos días, sin ninguna molestia, con el procedimiento moderno de la Loción **KO-DOL**. Usela cada ocho días una vez y su cabello reaparecerá hermoso y sin canas. Da todos los tonos desde el rubio al negro. Exacto al natural. Inofensiva completamente. En venta: **THE KO-DOL HOUSE, Alsina, 1194**, Buenos Aires
Precio: $ m/n 5. Encomienda: $ m/n 0.50



La industria del reno



Entre los problemas más importantes que se han enfrentado a los naturales árticos, merece principal atención el relativo a la provisión de alimentos y vestidos. Hasta que se introdujo en Alaska la industria del reno; la vida era allí pobre e incierta para los pocos pescadores y cazadores que habitaban el país.

En 1892 el gobierno de los Estados Unidos logró poner en práctica la importación de renos de Siberia, importación que, aumentando progresivamente, alcanzó en junio a 47.266 animales.

Los esquimales reciben cuatro renos hembras y dos machos, y se les entrega provisiones para los tres primeros años, al cabo de los cuales, si se han comportado bien, quedan dueños absolutos de sus animales.

Gracias a esta bien entendida protección, la población indígena entra en el sendero de la civilización y progresa material y moralmente.

Cuando se mata el reno para los fines de la alimentación, los mercados locales consumen toda la provisión y la carne se vende a razón de 50 centavos por kilo. En el caso de que esta industria continúe desarrollándose como hasta ahora, está dentro de los límites de lo posible que la carne de reno se envíe a los Estados Unidos a competir con la de cordero y ganado vacuno. Un reno macho de tres años, bien formado, pesa unos 75 kilos por término medio. En toda la extensión del lomo tiene un gordo de una pulgada de espesor que los esquimales se comen crudo y consideran un plato muy delicado.

Además de proporcionar alimento, el reno surte a los esquimales de vestiduras. El secreto de resguardarse contra el tiempo extremadamente frío de Alaska depende de conservar el calor natural del cuerpo y para estos fines los vestidos de pieles de reno son admirables; son muy livianos y casi impenetrables al aire.

Antes de que su carne sirva de alimento y su piel se utilice para vestidos, el reno puede haber servido a su dueño de bestia de tiro por muchos años. Se le doma cuando tiene dos años y, a los siete u ocho, se le mata porque empieza a envejecerse y a ser muy despacioso. El peso equitativo que puede cargar un reno para una jira de todo un día, es aproximadamente de 80 kilos sin contar la persona que lo maneja y con un peso ligero y buen camino puede recorrerse en él de 40 a 50 millas por día.

El reno es de constitución fuerte y poco propenso a enfermedades. La única de éstas que causa su pérdida material es una afección en los cascos, parecida a la que sufre el ganado lanar.

GUIA MEDICA PROFESIONAL

ESTOMAGO E INTESTINOS
Dr. COLECCHIA, médico especialista en vías digestivas (Dispepsias, Colitis, etc.) Rayos X. De 1 a 5. **Bartolomé Mitre, 1130.**

Dr. PEDRO A. GUERRERO
jefe de sala hospital Tornú. Pulmones, Corazón, Vías digestivas. Tratamiento específico de la tuberculosis. — **Uruguay, 83,** de 4 a 6.

Dr. ZINGONI
SECRETAS E INTERNAS
De 3 a 5 p. m.
SANTIAGO DEL ESTERO, 137

Dr. MACKINTOSH Jefe del servicio de enfermedades del riñón, vejiga, próstata, uretra, del Hosp. Fiorito. **Entre Ríos, 258.** De 4 a 7. U. T., 2633, Lib.

Dr. BERUTI Profesor supl. de Clínica Obstétrica. **Señoras y Partos. — Santa Fe, 1414.** — U. T., 323, Juncal. De 3 a 5 p. m.

Dr. RODOLFO ENRIQUEZ
Profesor de la Facultad, jefe del servicio de nariz, garganta y oídos del hosp. T. Alvarez. Reeducación auditiva. **Talcahuano, 727.** U. T., 3271, Juncal. De 2 a 4 p.m.

Dr. Amoretti Enfermedades de los **OJOS, ANTEOJOS,** Operaciones, etc. Jefe de clínica de la Facultad de Medicina. Servicio del Hospital de Clínicas, sala VII. De 3 a 6 p. m. **Córdoba, 879.**

SANATORIO Estados Unidos, 1038
T., 493. B. Orden
Directores: **Dres. Althabe, Crispo y Manson.** Admite enfermos de Cirugía, Obstetricia y Clínica, que podrán ser operados y asistidos por médicos extraños al Establecimiento. — Aplicaciones de RADIUM.

ESTOMAGO

Dispepsia, Dilatación, Colitis, Estreñimiento, Enfermedades del vientre en general. Cura radical de las Hemorroides.

Dr. C. SANCHEZ AIZCORBE
Director del Instituto de Fisioterapia.
AV. DE MAYO, 1157 - De 8 a. m. a 6 p. m.

SECRETAS VIAS URINARIAS PIEL

Dr. R. CACERES
De los Hospitales Saint Louis y Cochin de París.
Curaciones rápidas y sin dolor.
606-914-1116
Exámenes gratuitos por los Rayos X. Abonos económicos.
RIVADAVIA, 1158, De 8 a. m. a 8 p. m.

Enfermedades, Cirugía de Señoras y Partos
Dr. ANIBAL VILLAR
Ex primer asistente del servicio Ginecológico del profesor Latzko, de Viena. De regreso de Europa. **Talcahuano, 475.** U. T., 7684, Libertad. De 3 1/2 a 6 1/2 p. m.

Dr. David J. Fernández Jefe de Clínica de la Facultad (Servicio del Hospital de Clínicas): Riñón, Vejiga, Uretra, Próstata, etcétera. — **SARMIENTO, 1411.** De 2 a 6.

DIABETES (Sin régimen)
Asma, avariosis, reumatismo, nefritis crónicas, anemia, neurastenia.
Tratamiento propio, radical y rápido.
Dr. Cav. F. F. GARZIA
Se remiten prospectos gratis. Lavalle, 1672

Dr. CORTI Especialista en enfermedades del corazón y nerviosas, Asma, Diabetes. — Consultas: de 2 a 5 p. m. — **Bartolomé Mitre, 1736.**

Dr. A. C. Rebuffo
Enfermedades de los ojos
Director del servicio de enfermedades de los ojos, en el Patronato de la Infancia y en el Hospital Muñiz.
BARTOLOME MITRE, 1038
Consultas: de 10 a 11 a. m. y de 2 a 6 p. m.

TUBERCULOSIS PULMONAR únicamente. **Dr. Francisco Destefano.** Profesor suplente de la Facultad de Medicina. Jefe de sala del Hospital Tornú. **Córdoba, 2037.** De 3 a 5.

TUBERCULOSIS

Dr. Samuel de Madrid **A. Profesor en la Facultad de Ciencias Médicas.** Tratamiento curativo y profiláctico. Análisis de orinas, esputos, sangre, etc. Enfermedades de señoras y genitourinarias.
SARMIENTO, 2210. De 4 a 6 p. m.

Dr. P. Molla Villanueva Enfermedades y cirugía de señoras, únicamente martes, jueves y sábados, de 2 a 5 p. m. — **Lavalle, 975.**

Dr. Pacífico Díaz
Especialista en enfermedades de la piel. Consultas de 2 a 5 p. m. **Bmé. Mitre, 1342.**

OIDO, NARIZ, GARGANTA, SORDERA: Nuevo tratamiento. **Dr. Degiovanangelo.** Especialista. — **Viamonte, 1848.** De 2 a 5 p. m. Domingos, 9 a 11 a. m.

Dr. José Solari Internas (corazón, pulmones, estómago, vientre, sangre). Señoras y secretas. Rayos X. **Rivadavia, 2509.** — De 3 a 5 p. m.

Dr. RAPOPORT
Especialista en piel y secretas, Uretroscopia. Comisionado a Europa para estudiar el
606-914. Corrientes, 2070, de 1 a 4. Obreros, de 6 a 8.

Dr. LOUSTALET
PULMON
REUMATISMO CIATICAS
SECRETAS PIEL
RAYOS X. 9 a 11 y 2 a 8. CALLAO 158

Dr. Genaro Sisto Profesor sup. de clínica infantil de la Facultad de Medicina. Jefe del servicio de niños del Hospital Alvear. **Talcahuano 1042.** De 2 a 4 p. m. U. T., 3283, Juncal.

Dr. MUÑOZ DEL SOLAR, Maipú, 812. — Tratamientos modernos de las clínicas de París, Londres y Berlín. Pulmón, Estómago, Intestino, Hígado, Riñón, Reumatismo, Secretas. Electricidad médica, de 3 a 5.

Dr. PEDRO F. ARIAS
Señoras y Vías Urinarias

Dr. FERNANDO POZZO
Niños y Cirugía
Médico del Instituto Modelo.—**Rivadavia, 1017.** De 3 a 5. U. Tel., 6910, Libertad.

ESTOMAGO, Intestinos, Hígado, Corazón, Pulmones, **Dr. POLITI** Rayos X.
Jefe de Consultorio del Hospital de Clínicas. **Pueyrredón, 865.** Consultas de 2 a 5 p. m. Domingos, de 10 a 12 m.

Dr. Rinaldi Ghimenti Especialista. Señoras, Partos, Urinarias, Secretas. **606-914. — Sarmiento, 1011.** De 2 a 4.

Dr. ERNESTO TRIVISONNO
Médico-oculista del Hospital Oftalmológico «Santa Lucía». **Enfermedades de los ojos. Uruguay, 1027.** — Consultas de 2 a 4.

Dr. Bullrich Profesor suplente de Clínica Médica. Médico del Hospital Alvear. Enfermedades internas. Rayos X. **R. Peña, 1284.** Consultas de 2 a 4.

Sanatorio GUTIERREZ
DE CIRUGIA — RIVADAVIA, 5611
Atendido por los doctores Avelino Gutiérrez, profesor de la Facultad; Angel Gutiérrez, cirujano del Hospital Español. Consultorio: Dr. Avelino Gutiérrez, **Bmé. Mitre, 1548;** Dr. Angel Gutiérrez, **Maipú, 459.**

Partera BALBINA S. de AGUILAR
Recibida en las facultades de Madrid y Buenos Aires. **Uruguay, 214.** U. T., 610, Lib.



CONSULTORIO DENTAL
E. y T. Améndola
Cirujanos-Dentistas
Especialistas en dientes fijos, sin paladar. Operaciones sin dolor. — Consultas: de 9 a 12 a. m. y de 2 a 6 p. m. U. T., 1468, Libertad. **SOLIS, 306. DE NOCHE:** lunes, miércoles y viernes, de 8 a 10.

Dr. MARIO J. DEL CARRIL
Médico de los Hospitales de Niños y Alvear. Enfermedades de niños. Consultas de 2 a 4. **Corrientes, 1847.** U. T., 487, Libertad. Particular: **Av. Alvear, 1565,** U. T., 3249, Juncal.

Dr. VAGNI
Especialista en **OIDO, NARIZ y GARGANTA.** — De 4 a 6 p. m. — **Alsina, 1761.**

Dr. Dionisio N. Solari Especialista en Enfermedades Nerviosas, Electricidad Médica, Rayos X. **Callao, 649.** De 1 a 5 p. m. U.T., 2863, Lib.

HERNIA Reducción garantida sin **operación y sin molestias,** con el New Elastic Truss. Eficacia y seguridad absoluta. **S. BAER.** Especialista. **Sarmiento, 673** (1r. p.) De 9 a 11 y 1 a 7.

Dr. M. Kutyn Dentista norteamericano Se mudó a la **Avenida de Mayo, 1411.** Consultas de 10 a 11 1/2 y de 2 a 5 p. m. Unión Telef., 1283 (Libertad).



DIENTES FIJOS,
sin molestias ni dolor, especialistas **F. S. INSUA y P. TORRENT.** 8 a. m. a 6 p. m. **A. de Mayo, 1012**



J. BONANSEA
Cirujano-Dentista
de las Facultades de Boloña y Buenos Aires. — MORENO, 990.

Dr. CANTARELL
Especialista en **Piel, Secretas, Vías urinarias.** Cura garantida de la **debilidad vital y esterilidad.** De 2 a 5 p. m. — **Lavalle, 910.**



CASSULLO Hnos.
DENTISTAS-CIRUJANOS
Av. de MAYO, 1111 - Bs. Aires



JOSE ITZCOVICH, diplomado en Europa y Buenos Aires. **ADELA SCHUSTER DE ITZCOVICH,** Cirujanos-dentistas. **Avenida de Mayo, 1239.** U. T., 4015 (Lib.)



Armando Allocati
Cirujano-Dentista
Consultas: de 9 a 11 y de 2 a 6. — **MAIPU, 208.**

En este momento, se entera Vd. del purgante que le conviene:

SACARO - CACAO
AGRADABLE - EFICAZ - INOFENSIVO
40 centavos. En las farmacias.



GENERAL LAMADRID. — Los esposos Aredes-Suárez acompañados de sus hijos, el día de la celebración de sus bodas de plata.

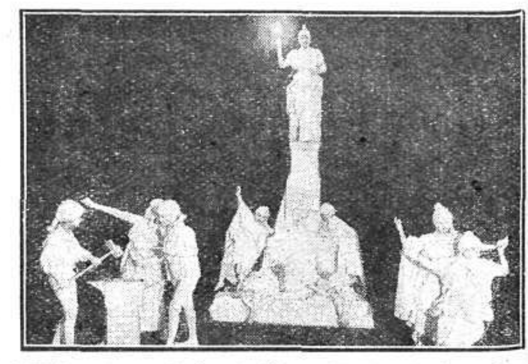
RIVERA. — La copiosa nevada del 20 de julio, dió ocasión a que artistas improvisados lucieran sus aptitudes escultóricas.

ZARATE. — Comisión de damas y parte de la concurrencia que asistió a la inauguración de la sala de operaciones del hospital.



Me amará o me ha hecho el cuento
La dama del otro día?
Si me ama ¿por qué reía?
¡Qué pena atroz la que siento!
OCURRENCIAS
DE
CARLITOS
Remítanos 5 de los *Cupones* Canje de Mercaderías, numerados, que se encuentran en las latas de GALLETITAS "BAGLEY", y le enviaremos por vuelta de correo, *un librito* titulado: "Ocurrencias de Carlitos", lleno de poses y versos chistosos del graciosísimo "CARLITOS".
Escriba con claridad su nombre y dirección
M. S. BAGLEY y Cía. Ltda.
SECCION RECLAME
Montes de Oca, 199
— BUENOS AIRES —

Provincia de Buenos Aires



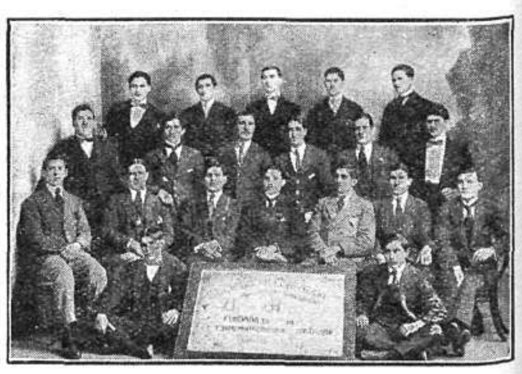
JUNIN. — Cuadro plástico «La libertad iluminando al mundo», representado en las fiestas de la Revolución Francesa.



JUNIN. — Comisión de damas, señoritas y jóvenes, que tuvieron a su cargo la organización y realización de las fiestas.



LOBERIA. — Los esposos Catalá-Isasa, rodeados de sus hijos, en el cumpleaños de sus bodas de plata.



LA PLATA. — Comisión directiva y socios de la sociedad «Unión y Alegría», conmemorando su tercer aniversario.

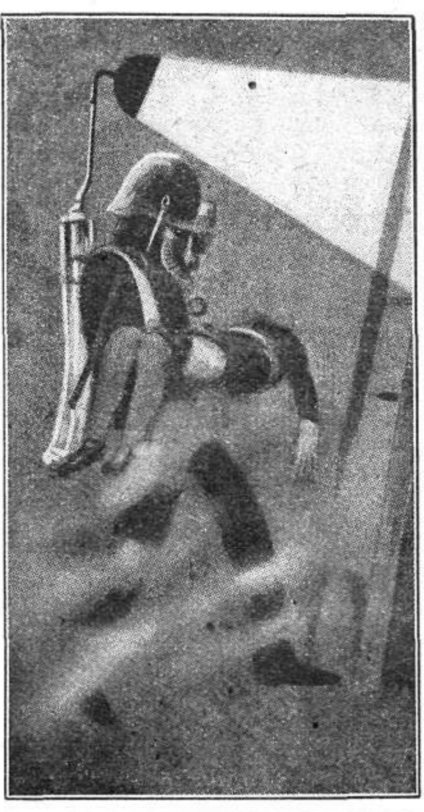
Nueva lámpara para bomberos

Cada día se perfecciona más el arte de combatir los incendios. Lo último que en este sentido conocíamos eran las máscaras de seguridad para poder penetrar en locales incendiados llenos de humo o de gases nocivos. Ahora, el servcio de incendios de Cincinnati acaba de ensayar, con excelente resultado, otro invento no menos útil; una lámpara para poder orientarse en medio de la atmósfera de humo sin necesidad de llevar, como hasta aquí ocurría, una mano ocupada con la luz de petróleo o de acetileno.

El aparato, que parece estar inspirado en los que emplea la guerra actual para proyectar gases asfixiantes, no puede ser más sencillo ni más ingenioso. Un depósito de combustible, colgado a la espalda por medio de recios tirantes, lleva encima un brazo articulado con una lámpara que, saliendo por encima de la cabeza del bombero lanza un haz de rayos luminosos suficiente para iluminar las más densas tinieblas.

El bombero, mientras tiene los brazos libres, puede orientar la luz en el sentido que le convenga, y luego, libres ya las manos, hace de ellas el uso que quiera, sin cuidarse de la iluminación.

En el grabado adjunto, por ejemplo, vemos uno de estos heroicos funcionarios disponiéndose a subir una escala llevando en brazos a una criatura desvanecida. Sin la nueva lámpara, esto sería un imposible, pues el bombero, ocupada una mano con el niño y necesitando la otra para sostener una luz, no podría agarrarse a la escala, o bien se vería obligado a prescindir de la luz, exponiéndose a dar un mal paso que, a la vez que le impediría realizar el salvamento del niño, pondría en peligro su propia vida.



Como nada hay perfecto en este mundo, la lámpara a que nos referimos tiene también sus defectos. Uno de ellos es que, por su mucha altura, puede resultar molesta cuando se trata de penetrar en una cueva o una bohardilla de techo muy bajo, y otro, la facilidad con que un objeto que caiga, tal como un ladrillo o un madero, puede romper el brazo articulado.

El otro, y a nuestro modo de ver de mayor importancia, es el de ser posible la explosión del depósito de combustible, que el bombero lleva a la espalda, defecto tal vez subsanable, cambiando el sistema de alumbrado por eléctrico con pilas o acumuladores.

Así y todo, el invento es realmente útil, y es de esperar que no tardará en perfeccionarse hasta reducir en lo posible sus inconvenientes que, con ser muchos, no son tantos como las dificultades que supone una lámpara de mano.



Tercer aniversario del club sportivo «Correos y Telégrafos».



Comisión de fiestas pro Cruz Roja Aliada, en Ingeniero Giagnoni.

Temblor de tierra en Mendoza



La hermosa ciudad andina ha vuelto a sufrir los rigores de los movimientos sísmicos; el fenómeno, aunque importante, no revistió los terribles caracteres del ocurrido en 1861, terremoto que destruyó la ciudad casi en su totalidad, calculándose en 15.000 las víctimas.

El dormitorio de una casa de la calle de San Martín, cerca del límite de la capital con Las Heras. La cama estaba ocupada cuando se produjo el fenómeno.



El edificio del juzgado de paz, en la calle San Martín. Se ve la cornisa caída sobre la vereda en toda su extensión. Muchas son las casas que han sufrido idéntica pérdida.



Estado en que quedó la casa situada frente a la estación Panquehua (Las Heras), del F. C. P. La misma estación sufrió serios perjuicios, a pesar de la solidez de su construcción.



Eduardo de Bary y C.o
ESMERALDA, 916 - BUENOS AIRES

Inventos, recetas y procedimientos útiles

La seda se limpia con agua donde se hayan cocido patatas, pasada previamente por una bayeta para quitarla toda clase de impurezas. Se aplica con una esponja sobre las partes manchadas.

Para suavizar el calzado endurecido por la humedad o las lluvias, basta untarlo con parafina o sea vaselina líquida.

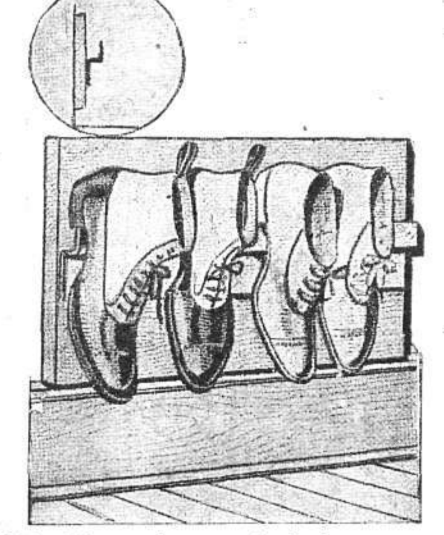
Las manchas de huevo en las mantelerías se quitan fácilmente con agua fría. El agua caliente no se debe emplear nunca, porque en vez de quitar las manchas, las pone casi indelebles.

Los arañazos de los muebles de roble desaparecen trotándolos con paño mojado en aceite de parafina.

El mismo procedimiento se puede emplear para pulimentar la madera.

El hierro evita que el agua se pudra. — Para que no adquiera mal olor el agua de los floreros, basta echar en ellos unos clavitos de hierro.

APARADOR PARA EL CALZADO



Este útil aparador para el calzado se compone sencillamente de una tabla que cuelga o se atornilla en la pared o detrás de la puerta. Esta tabla lleva a lo largo de su centro una tira de metal doblada en la forma que se ve en el dibujo del círculo, y sirve de soporte para colgar el calzado por el tacón. Si el soporte de metal es dorado o niquelado, resulta mucho más bonito el aparador.

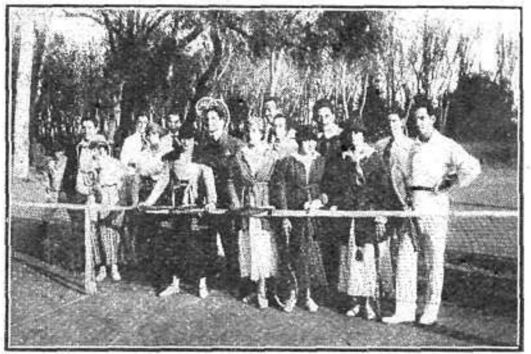
Tostadas de queso.— En una cacerola pequeña se echan unas cuantas rebanadas finas de queso con sal, manteca y pimienta de Cayena, y se pone a la lumbre, donde el queso se reblandece lentamente, y cuando la mezcla de los ingredientes citados está hecha bien, se sirve en tostadas.

Curación de las verrugas. — Se recomienda este procedimiento por sus buenos resultados. Se hace un agujero en la mitad de una zanahoria y se llena de sal, que se disuelve al cabo de algún tiempo. Entonces se exprime bien la zanahoria para sacarla el jugo, con el cual se frotan las verrugas por la mañana y por la noche.

Las medias, cortas o largas, no deben ponerse en seguida de lavarlas, porque se estropean muy pronto.

También debe tener presente toda ama de casa que estas prendas deben mudarse tres veces a la semana, porque de lo contrario se les hacen agujeros al lavarlas.


PARTIDO CONSERVADOR
SOCIALISMO
PARTIDO RADICAL
GOBERNACION DE LA PROVINCIA DE Bs AIRES
NOTA COMICA DEL
GLAUDA
VERMOUTH ARGENTINO
PROXIMAS ELECCIONES
PREPARANDOSE AL ATAQUE



CAPITAL. — Señoritas y caballeros que disputaron el match de tennis, organizado por el «Social Sport Club».



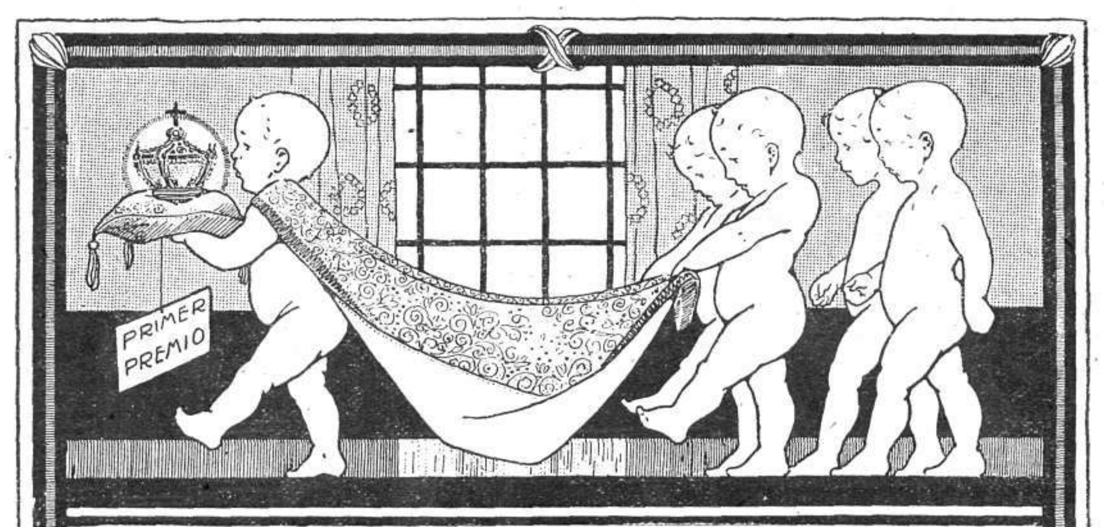
CAPITAL. — Comisión de damas que tuvieron a su cargo la repartición de ropa y víveres, donados a los presos de la cárcel provincial.



CAPITAL. — Altas personalidades de las colectividades extranjeras, que pasaron a saludar al cónsul francés, M. Flanden.



VILLA MARIA. — Parejas de jóvenes que bailaron el «Gato», en la fiesta escolar organizada por la escuela fiscal de niñas.



Los mejores Bebés de la República

Gran Concurso de Belleza Física Infantil, para bebés de ambos sexos, organizado por la



EL EXTRACTO PREFERIBLE A TODOS

Todas las fotografías de los bebés que resulten premiados en este Concurso, serán publicadas en las principales revistas de Buenos Aires, como un justo homenaje a sus respectivas madres.

SE ADJUDICARAN LOS SIGUIENTES PREMIOS:

1 Primer premio de	$ 500.—
1 Segundo premio de	„ 200.—
1 Tercer premio de	„ 100.—
1 Cuarto premio de	„ 50.—
6 Premios de $ 25 cada uno	„ 150.—

Se adjudicarán, además, otros 15 premios consistentes en hermosas ampliaciones al bromuro, formato 24 x 30, de las fotografías de los bebés premiados, llevando cada una su correspondiente elegante marco, de calidad muy fina.

El jurado para la adjudicación de los premios, será presidido por el Dr. Horacio Amante, médico del Hospital de Niños de Buenos Aires.

Pida a su almacenero un folleto explicativo de este Concurso.

CERVECERIA PALERMO S. A.

SANTA FE, 3253 — BUENOS AIRES | SALTA, 1980 — ROSARIO



En Montevideo: JUAN MUSANTE, 25 de Mayo, 701

CONCURSO DE POSTALES

CARAS Y CARETAS ha establecido un concurso permanente de colaboración popular, en el que podrán tomar parte todos los lectores. En esta página se insertarán las postales que, a juicio de la redacción, sean admisibles, abonándose por cada una de las que se publiquen CINCO PESOS. No se devuelven originales, ni se sostiene correspondencia referente a las mismas.



—¿Crees que el uso constante del sombrero provoca la calvicie?
— Lo único que creo es lo contrario: que la calvicie provoca el uso constante del sombrero.

MAX.

El médico. — ¿Es aquí dónde un hombre se ha roto una pierna?
El pibe. — ¡Ah! ¿Usted es el carpintero? Tiene que componerle la pierna de palo...

RÍOS.

— ¿Termina la luna de miel cuando la esposa pide plata?
— No, cuando el esposo deja de ofrecérsela.

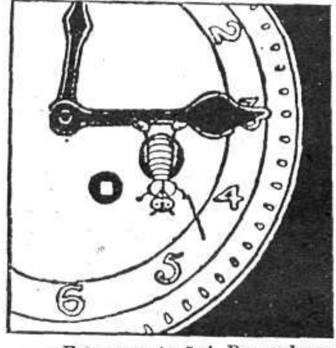
P. G.

El actor. — Anoche arranqué hasta lágrimas a mi auditorio.
El buen amigo. — ¿Lloraban porqué no les devolvieron la plata?

L. F. A.

— Vea, albañil, me ha dejado caer un ladrillo encima de la cabeza.
— No importa que se haya roto; aquí tengo otro de repuesto.

M. B.



— ¡Esto es extraño! Recuerdo que cuando me fuí a dormir, a las nueve de la noche, no estaba cabeza abajo.

LIDIA.

— Vea que a la sirvienta la eché por afilar con los vigilantes.
— Pues no se aflija el señor. Yo los odio. Mis novios son L. C. de apellido.

TULA.

En el tranvía.
Una señora muy nerviosa, dice al guarda:
— ¡Guarda, guarda! ¿Por qué lado debo bajarme?
— Por cualquiera, señora; los dos están parados.

CARLITOS.

Las bandas más célebres del mundo desfilan ante Vd. si posee una

Victor

Vd. se detendría gustoso en la esquina de la calle o se asomaría a la ventana de su casa para poder oir una banda. La Victor y la Victrola hacen desfilar ante Vd. las primeras bandas del mundo sin necesidad de que se levante de su sillón favorito.

La Banda Municipal de Barcelona, la Banda Municipal de Milán, la Banda del Real Cuerpo de Alabarderos de Madrid, la Banda de Policía de México, la Banda de la Guardia Republicana de París, la Banda de Sousa, son únicamente algunas de las agrupaciones musicales de gran celebridad que impresionan discos para la Victor y la Victrola.

Estos instrumentos también ponen a su disposición las voces de oro de los artistas de mayor renombre, y al oirlos imaginará que se halla en la platea de uno de los grandes teatros de ópera o en un salón de conciertos, escuchando con profundo recogimiento las dulcísimas e inspirantes notas de la lengua universal de Orfeo. Además, la Victor y la Victrola ofrecen la inestimable ventaja de que Vd. mismo puede escoger las piezas musicales que sean de su predilección y tocarlas con tanta frecuencia como lo desee.

Todo comerciante en el ramo Victor se complacerá en hacerle oir su música favorita, así como en enseñarle los diferentes modelos de la Victor y la Victrola.

Victor Talking Machine Co., Camden, N. J., E. U. de A.

La famosa marca de fábrica de la Victor, "La Voz del Amo," es una firme garantía de la superioridad de nuestro producto, y la misma aparece estampada en todos los instrumentos Victor, Victrola y Discos Victor legítimos. Para evitar imitaciones, exíjase siempre esta marca de fábrica.

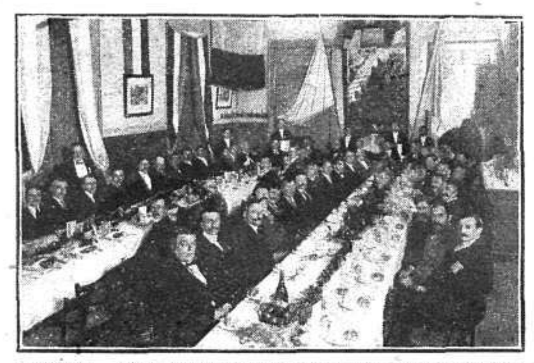


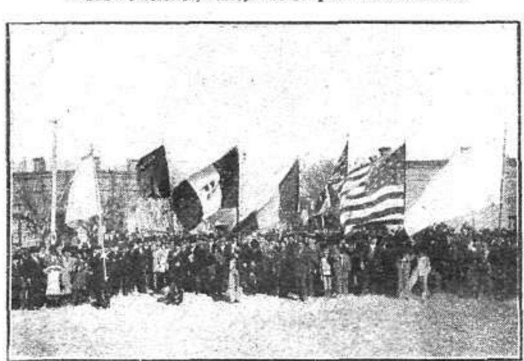
PRATT & CÍA.
205 Calle San Martin 217 — **Buenos Aires**
Calle Córdoba esquina Maipu — **Rosario**

DELLAZOPPA & MORIXE
729/733 Plaza Independencia 729/733 (Costado Norte)
Sucursal Sarandi 614 — **Montevideo, Uruguay**


CAPITAL. — Baile de percal, organizado por la Sociedad de Beneficencia, en los salones de la Casa de Gobierno.


CAPITAL. — Té ofrecido por la niña Aidé del Carmen Bonazzola a sus relaciones, festejando su primera comunión.


RUFINO. — Gran banquete organizado por la colectividad francesa, en ocasión de la fiesta nacional.


SERODINO. — Manifestación pro Aliados, realizada el 14 de julio, en homenaje a Francia.





ESCONDE SU TESORO

En el arca de hierro, la señora, ¿qué esconde?
¿Es dinero contante o es quizás una alhaja?
Su mirar cauteloso, ¿a recelos responde?
¿Es valioso tesoro lo que oculta en la caja?

Más valor que una joya, mucho más que el dinero
lo que encierra en el arca representa para ella,
porque siempre ha tenido por cuidado primero
conservar de su cutis la tersura tan bella.

Y por eso, con miedo, con su andar de puntillas,
va a ocultar lo que estima más valioso que el oro:
del JABON REUTER lleva las sublimes pastillas,
que en su esencia contiene de salud un tesoro.

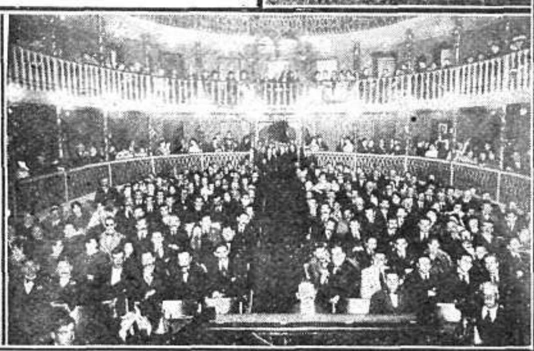
De Entre Ríos



PARANA. — Grupo de tiradores, que tomaron parte en los grandes concursos de tiro, organizados recientemente por el Tiro Federal.



PARANA.—Paseo campestre, realizado por los funcionarios de la Cámara Federal, en honor de los doctores Díaz de Vivar y Fierro.



CONCEPCION DEL URUGUAY. — Concurrentes al teatro Primero de Mayo, en la velada realizada por la colectividad francesa.


PRECIOS
SIN COMPETENCIA
CARLOS RASETTI
CASA
IMPORTADORA DE ARMAS,
MUNICIONES y CUCHILLERIA
526, RIVADAVIA, 526 - Buenos Aires
LA CASA MAS ANTIGUA EN EL PAIS
FUNDADA EN 1857
El 14 de Mayo, y en ocasión del 60 aniversario de su fundación, esta casa abrió un gran anexo y exposición en SU EDIFICIO PROPIO
Calle SARMIENTO
esquina MAIPU
ESCOPETAS de las principales fábricas de Francia, Bélgica e Inglaterra, fabricadas especialmente para la casa.
RIFLES y CARABINAS de guerra y de Stand.
REVOLVERES y PISTOLAS automáticas, de todos los modelos y sistemas.
Remito al interior Catálogo



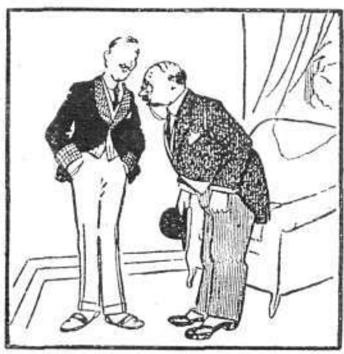
— ¿Qué haces, Carlitos?
— Anoche soñé que me mordía un perro... y estoy buscando la señal, pues.

Las Antillas Dinamarquesas son tres: Santo Tomás, San Juan y Santa Cruz, y están situadas a unas cincuenta millas al Este de Puerto Rico. Tienen una extensión territorial de unas 142 millas cuadradas y una población de 27.000 habitantes, la mayor parte de los cuales son de raza negra. El principal producto de tales islas es la caña de azúcar, a cuyo cultivo se dedican casi con exclusión de toda otra industria, los habitantes del territorio.

Las declaraciones hechas por los funcionarios interesados en este asunto indican que los aludidos habitantes están en favor de la venta a los Estados Unidos, y, además, para evitar futuras complicaciones, en el contrato de cesión se establece que los habitantes de las islas no pierden su carácter de súbditos dinamarqueses, a no ser que renuncien voluntariamente a dicho carácter, sin que eso quiera decir que no tengan, al mismo tiempo, todas las ventajas y concesiones inherentes a las transacciones comerciales que allí inicien los Estados Unidos, al tomar posesión del territorio.

Los peritos estrategas norteamericanos han declarado que las tres islas tienen excepcionales ventajas desde el punto de vista militar y que pueden ser usadas como bases navales y carboneras, constituyendo al mismo tiempo una forma de dominar el tráfico naviero con la América del Sur.

El primer mapa de América fué hecho por Juan de la Cosa, en el año 1500. La primera Geografía fué escrita por Enciso, en el 1517. El primer libro impreso lo fué en Méjico, en el 1539, y en el mismo Méjico fué fundada la primer Universidad en el 1545 y levantada la primera Catedral en el 1573.



— ¿Y cómo encuentra usted a mi suegra, doctor?
— Vea, señor; no me gusta nada, tiene la lengua feísima.
— Doctor, siempre la tuvo muy mala.





UN-HOMBRE-EXACTO.

POR HENRI FALK.



Un HOMBRE EXACTO

POR **HENRI FALK**

A tiempo que el reloj daba las siete, Chominay saltó fuera de la cama.

— ¡De pie! ¡De pie! — dijo sacudiendo a su mujer. Despierta en sobresalto, ésta refunfuñó:

— ¡Oh! ¡Tiempo tenemos! ¡Ay, mi cabeza!...

Chominay comenzó a gritar:

— ¡Siempre lo mismo! ¡Remolona! ¡Vamos, levántate, levántate! ¡No quiero perder el tren! ¡Yo soy un hombre exacto!

Quitaba las sábanas cuando la señora Chominay se sentó, doliente y pesada, cerrados aún los párpados por el sueño.

«¡Yo soy un hombre exacto!» Bien conocía la frase. Su marido tenía, en efecto, la manía de la exactitud. No la debía, ciertamente, a su antigua profesión de corredor de puntillas; hasta podía presumirse que un trabajo que exigía tal puntualidad hubiese arraigado en él esa cualidad hasta degenerar en idea fija. Pero es que se había hecho puntual a todo trance una vez «retirado de los negocios» y por pura despreocupación de rentista. Burgués sin hijos, como tantos otros, y que había amasado sus ocho mil francos de renta, suficientes a su ambición, desdeñaba a los cincuenta años la iniciación de un estudio cualquiera, y llenaba el vacío de su existencia con el cuidado de la hora. Desde el día en que Chominay, de pie delante de un espejo, observó su alta talla, su magrura recta, sus bigotes escasos y su color terroso, y descubrió en sí el garbo de un oficial de caballería retirado, ese tic había adquirido la gravedad de un deber. Así todas las mañanas se levantaba a las siete. A las siete y cinco, el gua caliente en el lavatorio; a las siete y cuarto sus medias lunas y su café sobre la mesa; a las siete y veinte, en una bandeja, el diario y la bolsa del tabaco... Sus exigencias ahuyentaban a las criadas, que no hacían más que desfilar por esa casa imposible, y enloquecían a su mujer, criatura gruesa y dulce, fácilmente sofocable. El menor atraso era pretexto para las más rudas amonestaciones. El índice levantado, fijo el ojo en su reloj, Chominay maldecía la inexactitud: madre de los fracasos, a ella se debían los vencidos en la vida. ¡La suerte sólo sonreía a los exactos, que no dejan pasar ninguna ocasión propicia!

Irritados los nervios por la falta de sueño, esa mañana la mujer se sintió capaz de una resistencia desusada, tanto más cuanto que la idea de ir a almorzar ese domingo de agosto, que se anunciaba tórrido, a casa de unos parientes que tenía en Poissy, la perspectiva de una jornada en el ambiente sofocante del vagón y en el jardín quemado de un jardincito sin sombra, la hacían transformar por adelantado.

Fuera del lecho sus cortas pantorrillas, se resistían desesperadamente.

— ¡Vamos! ¡Vamos! — ordenó Chominay.

— ¡No! ¡Te digo que no! ¡Levantarse a las siete para tomar el tren de las nueve cuando se vive en la calle de Navarin!... ¡Es una locura!...

El le cortó el hilo de su discurso con gesto amenazador y pasó al cuarto de «toilette». Una vez sola la mujer reflexionó y volvió a acostarse, segura de que, invitado a causa de ella, no se atrevería a partir solo. A las siete y media, Chominay entró luciendo un pantalón de piqué blanco. Estupefacto, cruzó los brazos:

— Pero, ¿qué piensas?

— Tengo dolor de estómago.

— Déjame que vea. ¡Pero si no hay hinchazón alguna! Partiremos dentro de media hora: el tren irá repleto y quiero hallar un rinconcito.

— No estaré lista.
— Lo estarás. Arréglate.
La dejó y concluyó de vestirse. Al dar las ocho, ya puesto el sombrero, volvió al dormitorio y encontró a su mujer en camisa:
— Pero, ¿es que no me has comprendido?
— Estoy transpirando.
— ¿Te burlas?
— No me burlo. Me tomo el tiempo necesario.
— Te prevengo que si dentro de cinco minutos no estás lista nos quedaremos.
— No deseo otra cosa...
— ¡Entonces partiremos!
Salió dando un portazo y comenzó andar a grandes pasos por la habitación contigua. Su mujer, en corsé, exploraba una cómoda. El le puso su reloj delante de la nariz:
— Entonces, quiere decir que persistes en tu testuradez... ¿Te propones hacer que perdamos el tren?
— Es que no encuentro mi bata...
El revolvió con gesto airado los cajones junto con ella, la vistió casi a la fuerza, la empujó hasta la escalera, después hasta la calle y, finalmente, hasta un coche de punto...
Pero una aglomeración de vehículos les detuvo. Una calle atestada de tráfico les exigió una contramarcha. Chominay maldecía de cólera... En la estación corrió a la ventanilla de venta de boletas y luego, al andén, donde, con un pie en el estribo, esperó a su mujer. Esta apareció a tiempo que el tren partía.
El señor Chominay fué hacia ella con los puños cerrados:
— ¡Cabezuda del demonio! ¡Lo has hecho ex profeso!
La mujer no contestó nada, pero su cara mofletuda se hinchó de alegría contenida. Demasiado orgulloso para tomar el convoy siguiente, el señor Chominay dirigió a sus parientes de Poissy un telegrama aplastador para la «señora». Regresaron a casa y, mientras caminaba al lado de su esposa, muy derecho, repetía con voz sorda y entrecortada:
— ¡Me la pagarás!... ¡Me la pagarás!...
La obesa culpable, lamentando su audacia, mostraba ojos espantados.
Llegaron al rellano de su departamento y vieron la puerta abierta: su nueva sirvienta, suponiendo que estarían ausentes todo el día, había prevenido a su amante, un ladronzuelo que estaba en tren de operar. Gritaron. El ladrón, sorprendido, huyó con las manos vacías y fué detenido por el portero. Una vez repuestos de su emoción, y sentados en su casa uno frente al otro, se miraron... Y entonces, bruscamente, la señora Chominay advirtió que tenía un argumento poderoso. Como su marido callaba, dijo sarcásticamente:
— ¡Ah, tu exactitud! ¡Si no hubiéramos perdido el tren nos habrían desvalijado!
Chominay, atrapado, se mordió los labios. Sí, incontestablemente, era una suerte que hubiesen llegado tarde. Pero, ¡qué rabia deberla a esa gordiflona imbécil!... Hasta habría habido motivos para enfurecerse. Al anochecer, desierta la calle, resonaron en ella gritos estentóreos:
— ¡La horrible catástrofe de esta mañana! ¡Lista completa de las víctimas!
El tren de las nueve había sido embestido por un expreso. Cuando ambos esposos hubieron devorado, sien contra sien, la relación del accidente, se separaron hostiles, con rabia... Chominay habría querido salir. Pero la salida en esas circunstancias equivalía a la derrota. La señora guardó silencio por un instante, segura del efecto de sus palabras, y luego, en el silencio profundo de la habitación, envió, cortante, esta reflexión:
— ¡Ah, tu exactitud! ¡Si no hubiésemos perdido el tren estaríamos aplastados!
Chominay pensó en estrangularla... Con voz ronca intentó contestarle:
— Nos habríamos salvado... Los coches de segunda van a la cola...
Miserable escapatoria a la cual hizo justicia con una sonrisa despreciativa. Tan manifiesto era el doble servicio prestado por la feliz lentitud de su mujer, que Chominay sentía subírsele hasta la cabeza la bilis que se le revolvía en su estómago. Pasó una noche atroz...
Al día siguiente recibieron una carta de Poissy: sus parientes estaban en peligro de muerte por haber comido el día antes hongos venenosos en el almuerzo.
Fué el golpe de gracia. Olvidando en la embriaguez del triunfo a sus parientes enfermos, exultante, sacudiendo en alto el papel, la señora Chominay le enrostró:
— ¡Ah, tu exactitud!... ¡Si no hubiésemos perdido el tren, si nos hubiéramos salvado en el coche de cola, nos habríamos envenenado! ¡Envenenado! ¡Envenenado!
Trompeteaba esa palabra sonora, como achispada. Ante el triple azar, gracias al cual una falta detestable se convertía en triple beneficio, Chominay calló abatido, aniquilado.
Por la noche tenía ictericia.
Después de ese día su manía no turba ya la paz del hogar. La señora Chominay se ostenta en la inexactitud y en la felicidad. A veces, cuando, cansado de esperar, su marido hace gesto de tirar su reloj, ella le dardea una mirada que le recuerda algo. Entonces, tascando el freno en silencio, baja la cabeza, furioso y domado.

LA HIJA DEL LÍBANO

Cierta noche en que uno de los cuatro evangelistas vagaba al azar por las calles de Damasco, vió de improviso, en la puerta de una mansión equívoca, a una joven de sobrenatural hermosura que parecía irradiar de todo su cuerpo hermosa claridad. Era visible que la joven esperaba allí la llegada de un amante.
— Pobre flor mancillada, — exclamó el evangelista. — ¿Acaso te fué dada la belleza para que ofendieras a Dios?
La mujer, toda temblorosa, repuso:
— Rabí, ¿qué debo hacer? Todo el mundo me ha abandonado.
— Escucha, — dijo el profeta: — soy el Enviado del Señor, a quien tú no conoces; del Señor que ha hecho con sus manos divinas los cedros del Líbano y los lirios del Sarón; el azul de los mares y el ejército de las estrellas... Pide lo que quieras y, por mi intercesión, lo obtendrás de Dios.
La hija del Líbano prosternóse de hinojos, juntó las manos y exclamó:
— Señor, recondúceme a la casa de mi padre.
— Hija mía, tu súplica ha sido escuchada en el cielo. El sol no se habrá puesto treinta veces detrás del Líbano sin que yo te haya llevado a la casa de tu padre.
Desde aquel instante, el profeta se puso a instruir a la cortesana en las excelsas verdades de la fe y, en la mañana del trigésimo día, purificóla con las aguas del bautismo; luego, cuando el sol se hubo puesto en el horizonte, tomó paternalmente entre sus manos la diestra de la joven y le dijo:
— Hija del Líbano: ha llegado el momento de cumplir mi promesa. ¿Quieres que Dios la realice en un sentido más alto y en un mundo más dichoso?
La joven ensombrecióse al escuchar aquellas palabras, pues anhelaba tornar a ver sus colinas natales y estrechar otra vez en sus brazos a una hermana gemela a quien amaba tiernamente. Los vapores del delirio, sin embargo, obscurecieron su cerebro y espesas nubes le ocultaron el Líbano. El apóstol entonces tocóle las sienes con su báculo pastoral y disipó las brumas de su cerebro; en seguida dirigió su bastón hacia el Líbano y apartó las nubes que lo velaban. Entonces la joven columbró la mansión paterna, pero en ella no estaba su hermana gemela. Compadecido de su pena, el evangelista clavó los ojos en el cielo, el cual se abrió dejando ver sus divinos misterios, que sólo pueden vislumbrar los moribundos. La joven vió entonces que desde la altura le sonreía la hermana muy amada, que había muerto durante su ausencia y que la esperaba en el paraíso,
— ¿Quieres ahora? — interrogóla de nuevo el profeta.
— Sí, sí, — respondió la cortesana,
Un instante después, la hija del Líbano dormía para siempre bajo su cándida veste bautismal, emblema de pureza. El sol se ocultaba en el horizonte, y el evangelista, con los ojos arrasados en lágrimas, dióle gracias a Dios por haber permitido que, antes de terminar el trigésimo día, él, pobre pecador, recondujese la Magdalena del Líbano a la casa de su Padre...

TOMÁS DE QUINCEY.



El Rey de los cabellos rubios

Por Francisco Figueras Pacheco

Hace más de seiscientos años, vivía un rey de gallarda figura, férreo brazo y voluntad de acero. Los franceses del Mediodía y los españoles de Aragón y Cataluña le tenían por compatriota. Llamábase Jaime, fué el primero de su dinastía que llevó este nombre, y las magnas empresas a que dió cima luchando con los moros le hicieron pasar a la historia con el dictado de Conquistador. Sus cualidades corporales y las de su espíritu estaban en admirable relación de semejanza y eran verdaderamente singulares, pues el cielo le había prodigado sus dones como a ningún otro hombre de su época, de modo que la sola presencia del monarca bastaba para atestiguar su preclara condición y primacía. Era alto como nadie, corpulento y vigoroso como pocos, y en la expresión de su rostro, de extremada belleza varonil, hallábanse confundidas y hermanadas notas de ternura y energía. Sus negros ojos, de que partían intensas miradas luminosas, recordaban la majestad de la noche, mientras sus rubios cabellos parecían madejas del sol que dora las tierras de Levante, salvadas del yugo islamita por el esfuerzo de su pecho. Proporcionado éste al resto del cuerpo, era ancho y espacioso, que no de otra manera hubiera podido encerrar un corazón tan grande como el suyo. Toda su persona, en fin, acusaba una extraordinaria y abrumadora aristocracia natural que le habría llevado a empuñar un cetro si, en vez de nacer de regia estirpe en el siglo XIII, hubiera sido coetáneo de aquellos hombres que espontánea y libremente nombraban régulo y tomaban por caudillo al que, dando mayores pruebas de valor y fortaleza, pudiera mejor que ningún otro guiarles en el combate y conducir sus huestes a la victoria.

Como la savia de los árboles movida por el calor

de la primavera se muestra en yemas y brotes de que después surgirán la flor y el fruto, los alientos del monarca, al impulso vital de la juventud, condensábanse en concebir y acometer empresas dignas de héroes fabulosos que, corriendo los años, redundasen en pro de su pueblo y de su Dios, a par que en esplendor de su propio nombre. Ocupar el trono de Navarra y enriquecer con este reino la corona aragonesa era tarea sin encanto a los ojos de un príncipe valiente y animoso, pues sólo requería el cumplimiento del convenio celebrado entre Jaime el de Aragón y Sancho el de Navarra, por el cual debería regir ambos Estados el rey que sobreviviese. Muerto Sancho, Jaime no quiso hacer valer sus derechos y dejó que el regio manto de la vecina monarquía ciñera los hombros de Teobaldo, conde de Champaña, mientras él ponía todas sus energías al servicio de mayores y más costosos ideales.

Lindando con sus estados de Aragón y Cataluña extendíase uno de los territorios más bellos de la Península, besado por las olas de un remoroso mar azul y constituído por variadas comarcas: unas, fértiles vegas anchurosas que mil azarbes y canales llenaban de frescura, verdor y vida; otras, enormes macizos de montañas cuyas cumbres cristalizaba la distancia y en cuyas raíces se escondían pequeños valles polícromos y feraces; todas pintorescas, todas espléndidas, todas cobijadas bajo el fanal de un cielo pródigo de luz. Este territorio, por donde el día entraba en tierras españolas, había sido también una de las puertas de la cultura de la patria, y en sus costas se abatieron las velas y descansaron los remos de muchas gentes que cruzaban el Mediterráneo buscando una ribera de suelo fecundo, mar apacible y suave clima, donde fijar de nuevo su morada y erigir altares a sus dioses. Limitando con los establecimientos fenicios y coexistiendo a veces con los primitivos núcleos ibéricos hubo aquí florecientes colonias griegas, y más tarde opulentas urbes romanas, cuyos templos y palacios, convertidos ya en montones de ruinas, dejaron entre sus escombros columnas, estatuas y mosaicos que fueron testigos de su grandeza y que en algún tiempo pudieron dar fe de su pasado esplendor. Las mismas playas estaban ahora ocupadas por una raza de heterogéneos elementos de Africa y Oriente, ligados por el vínculo del mahometismo, raza tan valerosa como estacionaria, que había penetrado en Iberia para retrasar ocho centurias la consolidación de su genuina y definitiva personalidad. Aquellas tribus feroces y groseras, que tenían siempre teñido en sangre fratricida el filo de sus alfanjes, que escarnecían la dignidad de la mujer, que soñaban un paraíso de sensuales placeres y que eran refractarios a todo progreso moral, no podían nunca fundirse con los pueblos de las montañas de Asturias y de las vertientes meridionales de los Pirineos, pueblos tan bravos como generosos, que influídos por un santo principio espiritualista estaban dispuestos a sacrificarse en cualquier momento por una idea elevada. Alzábase la religión entre ambas civilizaciones con más fuerza que las olas del estrecho se habían opuesto a la irrupción agarena. Si no se quería renunciar indefinidamente a constituir una gran nación era, pues, preciso combatir sin descanso hasta librar la Península de la barbarie islamita. ¿Y qué mejor empresa para un príncipe de Aragón y Cataluña, creyente, fuerte y valeroso que volver su espada contra los usurpadores de las bellas comarcas levantinas y reintegrarlas a los dominios del cristianismo? Honrar a su Dios y a su pueblo eran los ideales supremos del monarca, que de manera singular encarnaban ahora en la reconquista de este reino fronterizo de sus Estados. Y el rey de los cabellos rubios, venciendo innumerables obstáculos y confiando la suerte de sus armas a la protección divina, organizó sus huestes y entró por tierras de Valencia.

No lejos de la capital y coronando una colina, erguíase un castillo que dominaba la vega de la ciudad del Cid. Desde aquella altura, que los árabes llamaban Enesa y que los cristianos apellidaron el Puig de Santa María, veíase un hermoso paisaje, entre cuyas manchas de verdor brillaba el encendido fruto de los naranjos, y en cuyo fondo se destacaban las gallardas torres de la población islamita. Siendo el castillo de Enesa lugar adecuado para servir de base a las huestes sitiadoras, el monarca aragonés decidió fijar en él el centro de sus operaciones militares, y fué en vano que Aben-Zeyan, conocedor de sus designios, hiciera demoler la fortaleza, porque el rey Jaime la habría reedificado cien veces, si ello fuera preciso, para la consecución de su propósito. Poseer la capital equivalía a asegurar la conquista del reino deseado, pues con la clueca tendría los polluelos, según acertada frase del propio rey; y era de suponer que una fortaleza tan útil a sus planes tardase poco en resurgir de sus escombros bajo la influencia de la voluntad del soberano. Dos meses consumieron las principales obras de fortificación, y cuando el castillo del Puig estuvo en condiciones de defensa, el rey, juzgando más necesaria su actividad en otros lugares, se dispuso a partir y ordenó levantar el campamento. Mas a punto de desarmar las tiendas, el rey de los ojos negros los hubo de fijar en la que fué su albergue en la colina de Enesa, y allí vió algo que, a más de conmover todas las fibras de su pecho, le cautivó la atención obligándole a meditar hondamente. ¿Y qué causa podía ser bastante para sumir el espíritu de un príncipe guerrero en el abismo de las reflexiones? Ello, sin duda, debía estar ligado estrechamente con el curso de la campaña, tal vez con el término mismo de la empresa, o al menos con algún problema de relativa trascendencia para la corona de Aragón y Cataluña, que no de otro modo se explicaba la impresión producida en el ánimo del Conquistador. No obstante, lo que éste descubriera no guardaba relación alguna con la suerte de sus armas ni con los intereses de sus Estados; lo que el monarca había visto en lo alto de su tienda no era más que un nido de golondrinas.

Aquellas aves, libres de todo recelo, ajenas a las luchas de los hombres, buscaron asilo en un campamento de combatientes para erigir el santuario de su amor, y en él esperaban criar a sus hijuelos y enseñarles a tender las alas por el espacio, sin sospechar que de allí a poco las tiendas quedarían desarmadas, el nido hecho pedazos y hecho pedazos también el pecho de las amantes avecillas. ¿Y qué importaba la existencia de unos pájaros al ejército conquistador? Lo que la hoja del árbol al huracán que arrasa la campiña. Nada, en efecto, representaba el sacrificio de tales víctimas frente a la sangre que, como estela rojiza, sigue siempre las pisadas de los guerreros, y sin embargo, el caudillo aragonés miraba el nido de golondrinas con amor extrahumano, con religiosa emoción. Ligábale a él un lazo misterioso, leve acaso para muchos corazones, pero fuerte y poderoso para el del monarca, que en la debilidad y desamparo de las avecillas reconocía sus guardianes más fieles e invencibles. De otra parte, el hecho de buscar refugio en aquel sitio equivalía a declarar que ningún daño se esperaba de sus moradores, y en tal supuesto, ¿cómo destruir el nido sin dar un mentís a la creencia en la bondad del rey? Y el soberano de Aragón y Cataluña, vasallo entonces de un reino sin fronteras, se sintió hombre y niño como nadie y dió orden de subordinar la suerte de su tienda a la del nido. He aquí las palabras con que él mismo nos refiere hecho tan pueril y grande al mismo tiempo: «Al levantar el campo vimos que una golondrina había construído su nido encima de nuestra tienda, por cuyo motivo dimos orden para que ésta no se quitase hasta que el avecilla hubiera desanidado con sus hijuelos, ya que fiada en Nos se había establecido allí». Y cuando el rey atleta de ojos negros y cabellos rubios partió del Puig de Santa María dejando tras sí la fortaleza que levantaron sus soldados y el nido que había salvado su clemencia, le pareció que los polícromos y alegres campos levantinos sonreían a su paso. Era la ofrenda de amor y gratitud que la naturaleza y la vida daban a su aliado.

¡Misterios de la realidad! El mismo príncipe, que carecía de ánimo para destruir un nido, tuvo energías suficientes para ganar con la espada las islas Baleares y el reino de Valencia, y aun le quedaron alientos para someter de nuevo el de Murcia, como le sobró generosidad para entregarlo al monarca de Castilla. Es que los sentimientos más delicados del humano corazón, lejos de ser valladares de las grandes empresas, serán siempre sus raíces más robustas, aunque por un efímero y triste retroceso de la cultura haya todavía sobre la tierra caudillos y soldados incapaces de sentir por los pueblos o los individuos débiles e indefensos la ternura que el nido de golondrinas despertó en el pecho de aquel monarca, fuerte y generoso, que tuvieron por compatriota los franceses del Mediodía y los españoles de Aragón y Cataluña.

LA LECCION HUMANA

POR MICHEL PROVINS



En el castillo de Urepel, mansión señorial del siglo XVI, destinado por su propietario actual a la convalecencia de los oficiales franceses heridos. La vista sobre los Pirineos es espléndida de la terraza. Un parque de hayas seculares enmarca el castillo maravillosamente, y a la alegría de los ojos se agrega el bienestar que produce el aire puro. La hechicería de los tonos es de una incomparable belleza en los comienzos del otoño.

Es en un día de octubre, a esa hora fugitiva en la que el sol, antes de morir, prodiga su último calor, evocando una ilusión de primavera. Las flores se reaniman, y de sus cálices próximos a cerrarse se exhala un supremo perfume. Para aquellos heridos que acaban de escapar a la muerte, que están como renaciendo, el sitio es delicioso.

La enfermera mayor. (*A una de sus jóvenes ayudantes.*) — ¿Quiere, señorita de Novailles, acompañar al teniente de Montcalde? ¡Pero mucha atención, que ésta es su primera salida!

Giselle. (*Muy turbada.*) — ¿No podría darme otra comisión en la que fuera yo más útil?

La enfermera. — No hay nada más útil que el vigilar los primeros pasos del teniente, a quien se acaba de quitar el vendaje de los ojos. Es necesario irlo acostumbrando a la luz. Durante los primeros pasos verá muy poco, como al través de un velo. El asunto es delicado y exige algo más que precauciones materiales. Usted que ha asistido al señor de Montcalde con tanta solicitud, es la llamada a desempeñar, mejor que nadie, la comisión que le encargo.

Giselle. (*Inclinándose.*) — Obedeceré, señora.

La joven, gravemente bella bajo su cofia sagrada de enfermera, se aleja, turbada por no sé qué emoción, y va en busca de «su herido».

Desde los primeros pasos la luz deslumbra al enfermo, y vacila, incierto de la dirección.

René de Montcalde. — Es necesario volverse a acostumbrar al sol; pero es delicioso percibirlo... aun al través de la bruma.

Giselle. — La que se va a disipar en sus ojos, como la de la pradera bajo los rayos ardientes. Pero no trate de distinguir tan pronto. No se fatigue.

René. — ¿Me permite entonces que le pida un poco de ayuda?... Todavía no estoy bien seguro...

Giselle. (*Vivamente.*) — Deme su brazo. ¡No seré su Antígona por mucho tiempo!

René. — ¡Cómo me ha cuidado usted de bien, cómo es usted de buena, hermana!...

Giselle vacila en sacarlo del error en que está él, tomándola a ella por una religiosa. ¿Pero para qué? Dentro de algunas horas o algunos días sus ojos verán mejor y no harán ya esta fácil confusión de vestidos. La señorita de Novailles prefiere dejarlo en el error.

Giselle. — ¿Quiere que caminemos un poco?

René. — ¡Ya lo creo que sí!... ¡Qué alegría salir de la noche y encontrar la naturaleza magnífica! ¡Qué tarde tan adorable!... ¿Usted no responde? Tiene razón, hermana; las bellezas de este mundo no sabrían conmoverla.

GISELLE. — ¡Qué horror! ¿No se debe admirar siempre la obra divina?

RENÉ. (*Sonriendo.*) — ¿Hasta en sus criaturas?... ¡Ah, yo le digo unas cosas, hermana!... (*Deteniéndose.*) ¿No vamos del lado de la terraza?

GISELLE. (*Inquieta.*) — ¿Cómo lo sabe?

RENÉ. — ¡No es esta la primera vez que estoy en el castillo de Urepel! ¡Cómo es de singular el destino! Me ha traído para una convalecencia a este castillo en donde estuve algunas semanas antes de la guerra, y de lo cual guardo una impresión profunda. ¡Déjeme contarle eso, hermana!

GISELLE. (*Muy agitada.*) — ¡Más tarde, más tarde!... Yo no sé si esa historia será apropiada para mí. (*Ella quiere llevarlo por otro lado, pero él insiste.*) Decididamente usted tiene la idea de conducirme.

RENÉ. — Sí, allá abajo, sobre un banco que conozco, abrigado por una vieja haya y como aislado en un rincón de follaje, desde donde se descubre un inmenso horizonte! (*En llegando al banco continúa él como en una evocación.*) Sí, fué aquí... en el mes de junio de 1914, en una tarde más bella que ésta, en las primeras horas de una noche ardiente, cargada de perfumes, y bajo un cielo florecido de estrellas. (*Engañándose por un movimiento de Gisselle.*) No se escape, hermana, que le aseguro que la historia no es mala para usted. Es hasta edificante. Va a verlo.

GISELLE. — Por hoy tiene usted algo mejor que hacer, que eso de revivir el pasado.

RENÉ. — ¡Es que ha habido para mí en ese pasado un encuentro tan decisivo! (*Comenzando a contar.*) Eramos unas cuantas personas las que estábamos veraneando en la casa de nuestros amigos de Urepel, quienes se preocupaban encantadoramente por la alegría de todos sus huéspedes, festejándonos sin interrupción en este rincón incomparable; entre los invitados se encontraban la marquesa de Novailles y su hija... ¿No las conoce usted? (*Silencio de Gisselle.*) ¿No?... ¡Qué las va a conocer viviendo tan alejada del mundo! (*Continuando la narración.*) La señorita Giselle de Novailles era soberanamente bella, de una belleza tal, que para calificarla no se atrevería uno a servirse de la palabra adorable. Su gravedad, el reflejo casi divino que la iluminaba, dábanle una expresión ultraterrestre. Sus sentimientos estaban ya por encima de los de toda la humanidad. A pesar del dolor de su padre, pues ella era su único hijo, a pesar de todas las seducciones que la vida le brindaba, la señorita de Novailles había tomado la irrevocable decisión de profesar en la orden más austera que existe, la de las carmelitas. Y usted sabe sin duda, hermanita, que en esa orden es de regla, para las que van a encerrarse en ella hasta la muerte, mezclarse por última vez a las alegrías mundanas, con el fin de experimentar las tentaciones...

GISELLE. (*Conmovida y como para decir alguna cosa.*) — Prueba de prudencia muy encomiable.

RENÉ. — Sí; pero yo, ignorante de ese secreto, yo que jamás había amado verdaderamente, sentía en el fondo de mi alma un sentimiento único, total, por esa admirable joven, esa mujer ideal, tal como la había soñado, creyendo que la realización de ese sueño, que la encarnación de ese ser era un imposible.

GISELLE. — Habría sido mejor no...

RENÉ. — ¡Ah! ¿Usted ha adivinado que?... Sí; yo le confesé mi pasión, pero solamente después de haber conocido su secreto, solamente en un instante en que mis palabras no podían causarle daño. ¡Y mi confesión no me dejó sino un dolor incurable! Le hablé en esta hora suprema del anochecer, sobre este mismo banco, cerca de ella, que estaba radiante de una belleza sobrehumana con su último vestido de baile, respirando esa tarde las últimas flores de la vida. Lo que fué ese instante, de una dolorosa intensidad, puede usted juzgarlo por la emoción que me produce su solo recuerdo. (*Pasando una de sus manos sobre la de Gisselle.*) ¡Vea, hermanita, cómo tiemblo!... ¡Pero usted está helada!

GISELLE. — Es que usted tiene fiebre. ¡Cálmese!

RENÉ. (*Exaltado.*) — Yo revivo esa escena que dominará toda mi vida. Me oigo los pobres argumentos de pasión, de felicidad que le hacía para tratar de retenerla en el mundo. Oigo todavía mejor lo que ella me respondió, sin tristeza, sin rigor, dulcemente, simplemente, con una fe ardiente: que no creía en la ventura de este mundo, que ya estaba ella por encima de su vanidad, y hasta por encima de mi amor, por grande que era el que yo le brindaba. ¡Querida y santa imagen que nunca desaparecerá y cuya espléndida forma viviente, quién sabe en dónde, detrás de qué reja se consume y se apaga!

GISELLE. — ¿Para qué pensar en eso?... ¡Giselle no existe ya! Y felizmente para la paz de su corazón la guerra ha venido. El heroísmo ha reemplazado ese sentimiento.

RENÉ. (*Vivamente.*) — ¡Jamás, hermanita! ¡No la olvidaré jamás! Y si he tenido alguna valentía ha sido por ella. La muerte me habría aproximado un poco a Giselle.

GISELLE. (*Conteniéndose difícilmente.*) — No hable así.

RENÉ. — Esa es toda la verdad mía. He perdido la única mujer que me ha hecho entrever que la felicidad no habría sido un imposible para mí. ¡Déjeme adorar su recuerdo, como se va a rezar sobre una tumba!

GISELLE. (*Incapaz de dominarse.*) — ¿Por qué? ¿Y si Giselle estuviera viva, fuera del claustro?

RENÉ. — ¿Qué es lo que dice, hermanita? ¿De qué manera me habla?

GISELLE. — Iba usted a desesperar de la bondad divina, y yo tengo el deber de decirle la verdad. Conozco a la señorita de Novailles. Ella no ha entrado al convento de las carmelitas.

RENÉ. (*Turbado violentamente.*) — ¿Es posible? (*Pensando.*) ¿Pero cómo?... ¿Qué ha sucedido?

GISELLE. — La guerra simplemente. Como a usted, como a todos, su deber la ha llamado más alto que toda preocupación personal, más alto aún que una vocación. ¡Dios la llamó, la llamó en ese momento hacia los hombres!

RENÉ. — ¿Qué está de enfermera? ¿Qué está curando heridos? Ya comprendo... ¡Cómo me hace usted de bien, hermanita! ¡Y yo que estaba un poco celoso de Dios porque me la había quitado!

GISELLE. — ¿Y ahora no lo está de los hombres?

RENÉ. — ¡Ah, no, porque así ella se ha aproximado a mí!

GISELLE. (*Con la voz estrangulada.*) — ¡Es cierto!

RENÉ. — ¿Le parece, hermanita?

GISELLE. — Yo digo que delante de la inmensidad del dolor, le fué revelado el sentido de la humanidad, su belleza, su grandeza! La misión de todo ser, hermano o hermana de tantos otros seres del mismo destino, no es la de separarse de ellos por un éxtasis quizás egoísta, sino la de dar todo su corazón, todas sus fuerzas a los que sufren y aman. ¡Amar y sufrir! ¡La misma cosa siempre!

RENÉ. — ¿Pero es usted la que habla así, hermana? ¿Es usted? ¡Pero es verdad que una hija de la caridad, que usted también, como Giselle, ha comprendido el único amor!... ¡Ah, si me fuera dado volverla a ver! Ella, ella encontrada, ella oyendo en este momento el lenguaje de este mundo!... ¡No haber sido yo uno de sus heridos!

GISELLE. — ¿Y qué habría hecho?

RENÉ. — Me habría puesto de rodillas delante de ella y le habría dicho:

«Permítame que la venere como a una santa siempre, si no consiente en ser mi mujer.»

GISELLE. — Y ella le habría respondido indudablemente: «Soy una mujer puesto que amo a mi hermano que sufre»... ¿Pero qué tiene usted? ¿Sus ojos?...

RENÉ. — Mis ojos se aclaran. ¡Esto es un prodigio!... Una cortina se levanta... ¿Veo... o es una visión? (*Reconociéndola.*) ¡Giselle!

GISELLE. — ¡René!...

La emoción de los dos es tan profunda, que, impotentes para encontrar una sola palabra, se miran, se hablan con el pensamiento, se comprenden. El, temiendo todavía un engaño de sus ojos, tiende las manos hacia las de Giselle. Quiere estrecharlas; ella no es una religiosa, es una enfermera, y hasta como ella misma acaba de decirlo: una mujer! Giselle, comprendiendo que René quiere convencerse de que no es una visión, acepta el apretón de manos que ella desea tanto como él.

GISELLE. (*Conquistada, en un derroche de feminilidad, sonriente.*) — ¿Ahora que ya ve, no tiene necesidad de mí?

RENÉ. (*Cerrándole las manos más fuertemente.*) — ¡Si es necesario estar ciego para conservarla, ciérreme los ojos!: ¡ya ellos la verán siempre!



Entre tantas bellas

Por CARLOS G. AMEZAGA

Lo que yo siento por ti
decírtelo no sabré;
es algo extraño que hallé
lo más adentro de mí.

De tus ojos percibí
muy cerca ya el resplandor,
y pregunto con temor
juzgando por tu bondad,
si es este afecto amistad
o esta amistad es amor.

Anoche, entre tantas bellas;
entre seducciones tantas,
estuve sólo a tus plantas
y sólo seguí tus huellas.

¡Qué importaban las estrellas
del baile, viéndote a ti,
astro que lejano vi
y envuelto en sombras amé
hasta que en su órbita entré
y todo en luz me encendí?

Tú no puedes sospechar
lo que hay en mi alma... Ella es buena,
pero su amor no refrena;
indómita es como el mar.

Yo no podré renunciar
a ti que eres mi ilusión,
pues subordino mi acción
a superior elemento:
yo soy el mar y tú el viento,
el viento de la pasión.

De despótica manera,
cuando se fijan y agrandan
tus negros ojos, me mandan
y mándanme que te quiera...
Si obedezco a una quimera,
a ti el desengaño toca;
pero no, mi duda es loca,
y pienso con mayor calma
que si hay amargura en mi alma
hay mucha miel en tu boca.